



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avelleda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Barvall, Barzallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cabeto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chesie (Londe de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Coeto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrele, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarry, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Rentié, Gólviz, Guercero, Insuenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Loezozana, Liorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Madiel y Flaquer, Merino, Montesinos, Molina (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olaverria, Ordaz, Ortiz de Pinedo, Olágoa, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdás, Perez Lino, Pi y Margall, Post, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rívero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Saromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. semellos línea.—Reclamios y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Diciembre de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en librazas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Advertencias.—Revista general, por D. Miguel Moya.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—Una mártir del fanatismo, por D. Eusebio Asquerino.—El trabajo en Cuba, por D. Bernardo Portuondo.—Doña Carolina Coronado, por D. Emilio Castelar.—El cantor del amor, Frauenlob, por don Juan Fastenrath.—Del comercio y de la industria pesquera en la costa occidental de Africa, por D. Joaquin Baeza.—Pensamientos cojidos al vuelo, por D. José Selgas.—A la memoria de D. José Marugán, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Las Compañías de ferro-carriles ante la opinion pública, por D. P. Calvo y Martín.—Bibliografía, por D. Luis Barthe.—Salomé, (pequeña tragedia vulgar) (conclusion), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Anuncios.

ADVERTENCIAS.

- 1.ª Con el número del día 8 de Enero próximo recibirán nuestros suscritores la portada y el indice correspondientes al tomo que acaba de terminar.
- 2.ª Rogamos a los señores suscritores que no han renovado directamente su abono, se sirvan satisfacer el giro que con esta fecha les será presentado por conducto del Sr. D. Emilio Fernandez, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

REVISTA GENERAL.

El marcial tambor, la destemplada pandereta, la chillona chicharra, los alegres villancicos, y el prosaico pero nutritivo mazapan, símbolo de las aspiraciones del partido conservador en España, se pusieron de acuerdo dias pasados para anunciarnos que la Noche-Buena queria hacernos una visita.

Ya se sabe. Como la Noche-Buena camina sin cesar en el peor mes del año, llega siempre a Madrid muertecita de frio y tan cansada que es una lástima verla. Unas veces, sin duda porque hizo estacion a la orilla de algun rio, viene tan mojada que cualquiera creería que quiere ofrecernos un baño; otras, deseosa de ocultarse a nuestra curiosidad porque algun dolor la atormenta, se tapa la cara, pues no se vé la luna y la luna es la cara de la noche; casi siempre, para que no la llamemos descortés, detiénese un momento en el Guadarrama, oculta con cuidado la presa de que le despojó, y al llegar aquí vierte menudos copos de nieve, blanqueando calles y plazas de tal modo que parecen inmensos ramilletes de chantilly.

Cansada de viaje tan largo y difícil, más gustaria del reposo que del bullicio; pero no puede

impedir que se manifiesten las extraordinarias simpatías de que goza. Bien quisieran los madrileños obsequiarla con un espléndido almuerzo ó mejor con una comida, que es lo más natural y corriente; pero la Noche-Buena no puede detenerse más de lo justo, trae su itinerario marcado, está comprometida a dejar la entrada libre a las Pascuas, tambien como ella deseosa de descansar, y hay que contentarse con preparar en su obsequio una cena. A ella asiste sin cumplimiento, gozosa con presidir la más alegre y patriarcal fiesta de familia. Despues se aleja de nosotros sin despedirse para evitar sensiblerías, y ¡adios Noche-Buena! Trescientos sesenta y cinco dias han de pasar para que nuevamente la volvamos a ver. ¿Pero qué es eso? El año inclina la cabeza y cae como herido de muerte... ¡y se va sin habernos dado la dicha prometida!... ¡Cómo ha mentido! Esperemos que el nuevo año sea más generoso.

Esperar es la dicha de los que no han sido dichos nunca.

\*\*

La ley acerca de la instruccion primaria obligatoria y laica, que impone a los padres el deber de llevar a sus hijos a la escuela, y al Estado el de levantar una escuela en todos los lugares del territorio donde la poblacion lo haga necesario; que siendo gratuita ofrece la ventaja de no dividir a los niños en clases desde su edad más tierna; que fundada en el principio de que en la escuela debe enseñarse solo la ciencia, deja a cada uno de los niños que aprendan en sus casas esas reglas de moral eterna que solo tienen el hogar por templo, y las madres por sacerdotes, es sabia, racional y digna de un país que rinde culto ferviente a los principios de la democracia. Por eso hemos aplaudido que Francia la aprobase. Pero el Gobierno francés, al tratar de aplicarla, ha ido demasiado lejos, justo es decirlo, obligando a los maestros a que quitasen de las escuelas todos los símbolos religiosos que en ellas habia. Esta determinacion, y aún más que ella, los abusos que al ponerla en práctica han cometido los agentes del Gobierno, ha producido una acalorada discusion en la Alta Cámara, de la cual ha resultado la derrota del Gobierno.

Es de creer, aunque el deseo lleva a muchos a decir que el ministerio francés tal cual está hoy constituido no puede continuar, que esta derrota no producirá por de pronto consecuencias para el Gobierno. Lo positivo es que la actitud del Senado ha exasperado a los periódicos radicales de tal modo, que piden su supresion, considerándole co-

mo una rémora para el planteamiento de ciertas medidas liberales. En el caso de que a la derrota del Senado opusiera la Cámara de diputados un voto de confianza, el conflicto político seria laborioso. Adivinar su solucion no es fácil.

Respecto a la cuestion de Oriente no falta quien asegure que Francia, tomando la iniciativa diplomática en este punto, ha dirigido una nota a las grandes potencias, proponiéndolas que, de comun acuerdo, vuelvan a tratar la cuestion griega. Si esto fuese así, probaria que Gladstone ha logrado convencer al Gobierno francés de que Francia es la que debe aparecer en la vanguardia.

Este movimiento podrá ser beneficioso y comenzar pronto; pero lo que espera de él Grecia lo dicen estas declaraciones de un periódico griego, conformes con el espíritu de los discursos pronunciados por el Gobierno de Atenas.

«La última mistificacion europea ejercerá, así lo esperamos al ménos, una influencia sobre nuestro desarrollo moral y sobre nuestro porvenir. La leccion es de tal manera dura, que no necesitamos de otro estímulo para despertar de la pesadilla que nos sofoca desde la existencia del reino. ¡Felices las naciones que no necesitan la ayuda de nadie para reconquistar su independencia!

Sabiendo, además, lo que nos espera si reclamamos el apoyo de las grandes potencias, debemos preferir todos los males y vicisitudes de una guerra contra Turquía a las humillaciones con que nos abruman las grandes potencias desde el principio de la crisis oriental. Acordémonos de nuestro origen y seamos dignos y grandes como corresponde a los hijos de los héroes de la independencia, y mostremos a la Europa mercantil y egoista que podemos prescindir de ella y que sabemos morir por la libertad.»

Porque saben morir es por lo que deseamos que aprendan a triunfar.

\*\*

Ningun acto político de trascendencia, ninguna reforma emprendida, ninguna libertad respetada; las inmorales y las denuncias como el pan nuestro de cada dia de esta desdichada política conservadora que ha consagrado al personalismo un altar, ha hecho de la continuacion en el poder su único ideal de gobierno, y olvida lo que debe al engrandecimiento del país y a la situacion angustiosa de las oposiciones dinásticas.

Es lástima que en este largo desierto de la política canovista no se encuentre ni un sólo árbol a cuya sombra descansar. El país quiere reformas y se le contesta con evasivas. Necesita problemas



políticos resueltos y se le ofrecen cuestiones personales inacabables. No se habla más que de personalidades y de exigencias. Son temas eternos de las discusiones periodísticas, saber si el general Valmaseda estrecha con efusión la mano al señor Cánovas del Castillo; si el Sr. Silvela (D. Francisco), habla de Sor María de Agreda para deducir que el Conde-Duque de Olivares fué un Cisneros comparado con el actual presidente del Consejo de Ministros; si el Sr. Romero Robledo se resigna gustoso a ver en la Presidencia del Congreso al señor conde de Tornera; si el ministro de la Guerra queda en situación de reemplazo ó si sigue con la cartera. En medio de todas estas figuras, más alta que ellas, la primera del cuadro se vé al señor Cánovas del Castillo repartiendo dones y mercedes, llamando á gritos á las honradas masas carlistas, incensado como un ídolo, soñando con la inmortalidad... en la tierra y en el Ministerio.

Proyectos, esperanzas, adivinaciones, á esto está reducida la política en ciertas esferas; la conservadora, más que bizantina, es una política de calendario profético.

El calendario de los ministeriales reza buen tiempo para todo el año. Vendrán las elecciones municipales en Mayo, en el mes de las flores, habrá elecciones concejiles, y como es seguro que darán á los ayuntamientos mayorías formadas por liberales conservadores, un cambio político será imposible. Hasta que Mayo llegue, los conservadores cuentan con salir victoriosos de todas las batallas que en el Parlamento les presenten sus adversarios.

En el almanaque de los fusionistas el nuevo año trae, lluvias, tempestades, granizo, inundaciones, un nuevo Decaulion. La guerra será incesante y sin cuartel. Votos de censura, interpellaciones terribles, el ángel de la discordia presidiendo desde lo alto todas las sesiones, un apocalipsis parlamentario.

Los demócratas no hemos hecho juicio del año. Nos contentamos con decir como algunos astrónomos. ¡Dios sobre todo!

El banquete celebrado en Fornos por los jóvenes demócratas, ha sido, según las declaraciones de los periódicos ministeriales, prueba elocuente del adelantamiento de nuestras costumbres políticas, y tendrá, no lo dudamos, una trascendencia extraordinaria. Ni significaba una protesta contra los jefes históricos de la democracia, ni se estableció al organizarle exclusión alguna. Era una protesta; la protesta del sentimiento liberal del país contra la política presente. Se quería manifestar por medio de un acto de adhesión á las ideas y á las soluciones de la democracia, que á pesar de las tristes condiciones en que se encuentra nuestra política, se ha venido formando en el país una juventud inmensa y entusiasta, cuyo ideal está formado por los principios generales de la democracia europea, y que esta juventud está resuelta á propagarlos y á defenderlos y á procurar su triunfo, luchando sin trégua contra la política conservadora, y los Gobiernos que la representen y practiquen.

Asistieron seis catedráticos, doce doctores en facultad, cuarenta y siete abogados, veinte médicos, ocho autores dramáticos, un maestro compositor, veintidos periodistas, quince comerciantes, diez industriales, un ingeniero, cuatro jefes de administración y tres estudiantes.

¡Qué orden tan admirable! ¡Qué respeto para todas las opiniones! ¡Qué elocuencia en todos los brindis! Habló el entusiasmo, sí, el cariño perdurable por la redención de la democracia, pero no el entusiasmo irreflexivo y ciego que en nada repara ni nada teme; el entusiasmo ferviente que se aconseja de la verdad y de la lógica y hace una religión del respeto á todas las creencias.

La libertad de enseñanza, que no puede consentir que los ministros de Fomento se pongan de acuerdo con los rectores de las Universidades para hacer que no haya diferencias entre el Génesis y la geografía; la democracia como organismo, como idea que á todos abraza y comprende y se mantiene viva y constante en todas sus afirmaciones y propositos, aun cuando los partidos cambien y perezan; el deber de ejercitar los derechos políticos, en que todos estamos para desterrar el indiferentismo que mata con la vida política la esperanza de días venturosos para la patria; la política de alianzas impremeditadas que lleva en sus entrañas la ruina; la historia del partido democrático y de sus grandes hombres; la prensa que impulsa con ardimiento y valentía ese movimiento político que se observa en la juventud; la política aventurera que impone un calvario de la independencia humana que no consintieron nunca Washington, ni Cavour, ni Peel; la moralidad administrativa, los derechos individuales, la soberanía, la libertad de comercio, la libertad de sufragio, la de Cuba dentro de la integridad de la patria y otros muchos puntos de los que en el programa democrático se aceptan con gozo ó se destierran con energía, fueron en los brindis objeto de aplauso ruidoso y de censuras valientes é inspiradas.

También se brindó por los demócratas que en estos últimos años han muerto, como Moisés, viéndose la tierra de promisión, pero sin poder tocar en ella; por los demócratas que en el Parlamento vemos diciendo que no están arrepentidos ni desengañados, luchando y trabajando como buenos; por los que lejos de la patria, en el destierro, en la no-

che eterna sienten y quieren y aman lo que nosotros sentimos y queremos y amamos aquí.

Que el movimiento iniciado por los jóvenes demócratas de Madrid, tenga eco en las provincias, y ¡adelante! Todo nos permite esperar. Un escritor ilustre lo ha dicho: «Los partidos condenados al destierro son como los santos durmientes de las Cuevas de Antioquía. Podrán despertar para morir; pero no mueren nunca sin haber despertado.»

García Gutierrez, el patriarca de los autores dramáticos; el maestro cuyas obras ofrecen siempre ejemplo admirable de originalidad y de elegancia; el poeta inspirado en cuya lira hay notas para todos los sentimientos, desde el más trágico y sublime hasta el más delicado y tierno; el anciano venerable; la modestia y el génio con cabellos blancos, gafas azules y cánticos de trovador, que resonarán en nuestro teatro eternamente, ha vuelto á estrenar.

Cuando el teatro Español estaba en una situación triste y penosa, él le puso á la altura de los más adelantados de Europa; hoy que la crítica pide enmienda para ciertos pecados, ha querido sin duda coadyuvar á la obra redentora felizmente emprendida. Su modestia, sin embargo, no le ha permitido decir sino que ponía en ella *Un grano de arena*. Es un drama que el público va á aplaudir con entusiasmo muchas noches.

A la gloria de García Gutierrez conviene, más que el título de su último drama, el de una comedia de Tamayo:

*La bola de nieve.*

Un *diletta*nti ateo lo decía leyendo el cartel del teatro Real, en que se anunciaba la presentación de la Patti. «Yo hago por oír á la marquesa tiple el mayor de todos los sacrificios.»

—¿Dá Vd. cien duros por una butaca?—le respondieron.

—No. Rezo todas las noches porque la libre Dios de una ronquera.

Esta devoción en un ateo se explicaba. Había tanto deseo por oír cantar á la Patti como miedo de haber á oír la trompeta del Juicio Final. Desde dos meses ántes no se hablaba en Madrid de otra cosa. Sé de una muchacha que firmó una carta para su novio, «La Patti», en vez de firmar «Lucrecia.» Muchos maestros de escuela llevaron á sus discípulos á las puertas del teatro Real, para enseñarlos á multiplicar por el sistema real-objetivo, viendo vender billetes á los revendedores. Hasta hubo empleados de la Deuda á quienes pensaron sus jefes dejar cesantes, porque en algunas carpetas habían puesto el nombre de la célebre *diva*.

Cantó al fin, y el entusiasmo que produjo en el público fué grande, inmenso, indescriptible.

Es morena, de expresivo rostro, lijera, delicada, flexible, elegantísima; tiene los ojos negros, de mirar ardiente, y el pelo negro también como la endrina; anda con gracia y desenvoltura inimitables; su sonrisa seduce; su talento de actriz admirada; su voz despierta en el alma sensaciones dulcísimas; canta como deben cantar los ángeles cuando haya ópera en el cielo y se anuncie en los carteles... que es fuera de abono la función.

¡La Noche-Buena! Ganancia segura para los comerciantes que pagan derechos de consumos, es decir, que negocian con artículos de comer, beber y arder; la dicha para los que creen que puede hacerse más caso de la lotería que de las palabras de las mujeres, y la desesperación de los padres de familia que tienen que comprar rabeos y tambores á media docena de chiquillos, con gran menoscabo de su capital y no poca pérdida de su sosiego; extraordinario regocijo para los mil pescaderos improvisados que con una banasta de besugos y un peso que la diosa Themis miraría con horror, vocear sin cesar su mercancía, y aunque no tienen el poder de Jesucristo, no le envidian el milagro de multiplicar el pescado; verdadero Agosto para los que fabrican en Madrid el legítimo turrón de Gijón; la impunidad para los rateros que hacen de la Plaza Mayor escenario de sus ejercicios de prestidigitación y escamoteo; el culto de la gula y la consagración de la lotería.

En todas las épocas del año se juega á la lotería, pero en Navidad, la pasión antes tranquila y sosegada, presentase arrebatadora y toca en el delirio.

Por eso el día señalado para el sorteo casi todos los madrileños dan cuatro cuartos por la lista grande, se paran breve rato en el sitio donde la compraron, procuran sobreponerse á la sensación que les embarga, restrénganse los ojos para ver mejor, recorren con avidez creciente las casillas de los números premiados, y... ¡Oh cielos! exclaman. No me ha caído ni un céntimo.

La zarzuela fué en sus buenos tiempos el espectáculo favorito de la clase media.

Después se echó de ver que no parecía bien que el bajo dijese que le iban á matar, cantando, ni que se hiciera el amor delante del coro, y el público de la zarzuela fué restandose.

Hoy, por lo visto, no cuenta simpatías más que en el pueblo.

Estos títulos de las dos últimas obras estrena-

das en el teatro de Apolo, nos dán motivo para presumirlo.

«*La mendiga del Manzanares.*»

«*El sacristán de San Justo.*»

Por este camino vamos á ver puestas en escena, antes de que la temporada termine, *La vendedora de décimos* y *El centinela de la garita del diablo*.

La música de esta última zarzuela será... de regimiento.

Vivimos en los días de la prodigalidad y del derroche.

El sereno, el cartero, y hasta el barrendero de la Villa, nos piden aguinaldo, como si no pagásemos sellos para que las cartas se pierdan, y contribuciones municipales para que estén las calles sucias, y abonos á los serenos para que duerman sosegados.

Un amigo mío que vive en cuarto tercero con entresuelo, recibió de manos de su criada unos versos en que los individuos de la ronda de alcantarillas le pedían el aguinaldo.

—Diles,—contestó mi amigo—que yo sólo debo dar aguinaldo á la ronda de los tejados.

MIGUEL MORA.

## ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

(Continuacion.)

### ARTÍCULO XII

Era Carlos III un hombre de no alta capacidad, pero de buen sentido y gran deseo de hacer el bien de la nación; y como todas las inteligencias que no son muy vastas, cuando se posesionaba de una idea, la percibía con gran claridad y no era fácil hacerle desistir. Dadas estas condiciones y su firmeza de carácter, era muy de esperar que no se contentara con lo hecho y no dejase en paz á los jesuitas, y por si algo faltaba, la excitación vino también de fuera, y el célebre Pombal, á consecuencia de unas contestaciones habidas entre el rey José y Clemente XIII, en que éste declaraba que no volvería á entablar relaciones con Portugal si no se volvía á recibir á los jesuitas en aquellos reinos, propuso á las córtes de España, Francia y las Dos Sicilias que se unieran las cuatro para determinar la manera de obligar al Papa á que extinguiera la Orden; y en caso necesario unieran sus fuerzas para emplear medios coercitivos y saludables. Como los malos ejemplos se siguen con facilidad, los Parlamentos de Francia animáronse de nuevo en vista de la actitud de España y Portugal, y uno de ellos, el de Aix, propuso sencillamente que si el Papa se negaba á echarlos de los Estados suyos fronterizos á Francia, el ejército de esta nación los invadiese y se declarasen anexionados por derecho de conquista, ofreciéndole al sumo Pontífice, sin embargo, que se le devolverían cuando disolviese la Orden en todo el orbe cristiano.

Gozaba Carlos III gran prestigio en todas las córtes de Europa, no sólo por lo que aún pesaba España en la política europea, sino porque se sabía cuánto se hacía querer del pueblo español, y por cualidades de éste anteriormente apuntadas, se deduce que es capaz de cualquier esfuerzo, por desgracia más que cuando le guía la madurez y reflexión, cuando sigue á un soberano ó caudillo que ha sabido adquirirse una sólida popularidad. Era mayor aún que el prestigio que gozaba Carlos III, el respeto por sus condiciones personales, su carácter suave á la par que firme, y su religiosidad en el cumplimiento de la palabra empeñada. Fuera por estas razones ó por que la tempestad contra los jesuitas venía de todas las partes del horizonte, ó porque los motivos que inspiraban tal antipatía fueran semejantes en todos los países, ello es lo cierto que, no solo sus enemigos en Francia se animaron en vista de la actitud de España, como ya hemos dicho, sino que el rey de las Dos Sicilias echó en 1767 á los jesuitas de sus Estados de aquende y allende el Faro, é hizo conducir á su ministro Tanucci á los Estados de la Iglesia.

A las doce de la noche del 3 de Noviembre, las casas de los jesuitas de aquel reino fueron rodeadas por oficiales y empleados del rey; las puertas derribadas; los padres vigilados en sus celdas, y sin permitirles llevar más que la ropa que tenían puesta, fueron conducidos inmediatamente al puerto más próximo, teniendo los buques orden terminante de darse á la vela en el momento que estuvieran embarcados, y añadiendo, además, que los jefes serían personalmente responsables si alguno lograba evadirse. Se habían dejado en las casas ó conventos, vigilados de cerca, á los ancianos y enfermos que estuviesen absolutamente incapacitados de moverse, pero con la resolución de unirlos á sus compañeros tan pronto como el estado de su salud les permitiera ponerse en camino. Los amigos de la Orden, que no estaban completamente obcecados, comprendieron que era imposible sostenerla tal como estaba, y que la única manera de salvar algo de ella, era que el Papa diese un breve relevándoles de sus votos y secularizándoles. Resueltamente se verificaba aquello de que Dios ciega al que quiere perder.—El general Ricci presentó una Memoria al Papa, en la cual trataba de probar que éste no tenía autoridad para disolver la Orden ni para relevarlos de sus votos. Los



individuos de la curia romana más allegados al Pontífice, que sin duda veían clara la tempestad que se venía encima, trabajaron mucho á fin de que se adoptara aquel *modus vivendi*; pero lo único que pudieron conseguir de Ricci fue que retirara su Memoria, no sin advertir antes, y con gran insistencia, á Clemente XIII, que si tomaba tal medida tenía perdida su alma sin remedio. Este, que obedecía, como ya hemos dicho, con gran sumisión las intimaciones de la Orden, tenía, además, las cualidades adherentes á todo carácter débil y cobarde, sér inquieto, perturbador é intransigente cuando cree el peligro lejano, gastando así la poca energía que tiene, y reservando, para los momentos de apuro, una sumisión vergonzosa y unas lágrimas de mujerzuela. Fuera por estas razones, ó porque el destino hubiera condenado á todos aquellos que se interesaban por la causa de la Orden, ello es que Clemente XIII vino á dar el paso fatal que obligó á Carlos III á hacer *cassus belli* la disolución de la Compañía.

Quiso el duque de Parma reformar la Hacienda de sus Estados, para lo cual creyó necesario limitar al clero la facultad de adquirir bienes inmuebles, sujetando además á los que los poseían á pagar contribución. Entendió Clemente XIII que esto lesionaba las inmunidades de la Iglesia; alegó antiguos derechos de soberanía sobre el ducado de Parma; declaró anulados todos los decretos del duque, prohibiendo su ejecución, restableciendo la jurisdicción eclesiástica, y amenazando á aquel y á sus ministros con ser excomulgados.

Tan estemporáneo rasgo de audacia produjo cierta emoción en todas las cortes de Europa, mayor, como era natural, en aquellas donde reinaban los Borbones, y fué para Carlos III la gota de agua que hizo derramar el vaso y acabar con su paciencia. Reunió una junta de teólogos y les pidió su opinión preguntándoles si le era lícito declarar la guerra al Papa, y opinaron el mayor número por la afirmativa, haciéndose notar por su entusiasmo bélico un antiguo jesuita. Exigió Carlos III, de Francia y las Dos Sicilias, el cumplimiento del pacto de familia, y escribió á María Teresa, emperatriz de Austria, manifestándole el deseo de que se uniera á las tres cortes borbónicas para proponer al Papa la extinción de la Orden de Jesús, contestando aquella, que no tenía motivo para pedirla, pero que si se llevaba á cabo, no se opondría. Más tarde, un abate, *sin duda amigo de la Orden*, presentó un papel á María Teresa, en el cual estaban detallados los escrúpulos que ella había manifestado en el tribunal de la penitencia á su confesor, que era un padre jesuita. Este paso produjo su efecto, y la soberana austriaca cambió su indiferencia, respecto á la Orden, por un resentimiento motivado, pues, según ella decía al Papa, tenía en su mano las pruebas de que abusaban del secreto de la confesión.

Tampoco los Padres anduvieron en esta ocasión muy acertados en sus habilidades; hicieron correr el rumor de que las cortes de Prusia, Rusia, el Piamonte, Toscana, y aun añadían á veces que Inglaterra, si la lucha se declaraba, sostenían al Papa contra las fuerzas de España, Portugal, Francia y las Dos Sicilias. Así respecto á este rumor, como á otra noticia que dieron más adelante relativa á una carta escrita por el Papa al obispo del Perú, probaron, en un caso los hechos, y en el otro el obispo aludido, que las noticias propaladas por los Padres, eran completamente inexactas. Tampoco estuvieron más acertados en su conducta, atacando cada día con más violencia en folletos y libelos á Carlos III. Este se puso al frente de la coalición y resuelto á ponerse al de la lucha si era necesario llegar á ella. Todas las cortes católicas prohibieron la publicación del breve contra el duque de Parma. En cuanto á éste, arrojó de sus Estados y confiscó todos sus bienes á 150 jesuitas: no había más en aquel ducado. Los reyes de España, Francia y las Dos Sicilias intimaron al Papa para que anulara el breve y extinguiese la Sociedad de Jesús, añadiendo que, caso de negativa, tomarían las represalias que creyesen convenientes. Los jesuitas tenían amigos que rodeaban al Pontífice ocultándole, hasta cierto punto, la actitud de las cortes católicas. Estas, á la amenaza hicieron seguir su realización, apoderándose de los Estados de Ponte-Corvo, de Benevento, de Avignon y del condado Venesiano. El Papa trató de ganar tiempo y quiso entablar negociaciones con los embajadores de las tres cortes borbónicas. Estos le remitieron, en Enero de 1769, una nueva Memoria para intimarle, á nombre de sus soberanos, la disolución de la Compañía de Jesús. En tal situación, comprendió el Sumo Pontífice que no había salvación para la Compañía y no encontró otro recurso más que el de las almas débiles: llorar y desear la muerte. Sea por este cúmulo de disgustos, sea por lo que lastimaba su corazón el ver la pérdida segura de la Compañía, ó bien por que la Providencia, compadecida de sus sufrimientos, atendió á sus votos y deseos, lo llamó á sí en la noche del 1.º al 2 de Febrero.

Esto, como era natural, traía otra complicación; la elección de un nuevo Papa. Los Padres, como se comprende bien, no fueron perezosos ni perdonaron ningún medio, ni se espantaron ante las humillaciones, implorando con lágrimas en los ojos la ayuda de los cardenales y suplicándoles que por todos los medios evitasen el nombramiento de un nuevo Papa enemigo de la Orden. Y como quiera que los embajadores de España y Francia hubiesen declarado, de una manera más categórica que

diplomática, que era de todo punto indispensable que el nuevo Papa fuese del agrado de sus soberanos, sin lo cual vendría una rutura completa entre Roma y toda la familia borbónica, los jesuitas trabajaron sin descanso para que se reuniera el Cónclave antes que llegaran los cardenales españoles y franceses. Aseguran los escritos del tiempo, que el general de la Orden, Ricci, no economizó los valiosos regalos á las esposas é hijas de los nobles romanos que podían influir en el ánimo de los cardenales. El Cónclave se reunió y eligió por unanimidad á Lorenzo Ganganelli, de la Orden de franciscanos, al cual consagraron obispo, porque no era más que cardenal sacerdote, y tomó el nombre de Clemente XIV. Pasaba éste por ser un amigo disfrazado de la Compañía; y en efecto había alabado y se había mostrado entusiasta, en más de una ocasión, de Ignacio de Loyola. Sea de esto lo que quiera, subió á aquel elevado puesto sin pretenderlo, más bien con pesar que con entusiasmo, según lo manifestaba en una carta dirigida á un amigo, y debió su elevación, en primer término, á su piedad no desmentida, á las buenas condiciones de su carácter y á su aplicación al estudio, por haberse dedicado á varios ramos del saber humano. Así en los escritos de Ganganelli, como en sus propósitos y conversaciones después de haber subido al pontificado, había motivo para tranquilizar á los jesuitas y también para alarmarlos. Creía de gran necesidad para la Iglesia, que se declarase dogmático el misterio de la Concepción y estaba dispuesto á trabajar para conseguirlo; desconfiaba del misticismo exagerado, le eran poco simpáticas las congregaciones exclusivamente contemplativas, y decía que el mejor culto que podía tributarse á Dios era el trabajo.

Dolióse mucho del abuso milagrero y del culto de las reliquias, que, según él, había dado lugar á que un solo santo hubiera tenido 20 cabezas y 40 brazos, y que la cruz del Calvario alcanzara un peso de muchas toneladas. Sostenía que todo el que era buen cristiano debía buscar la paz y la armonía como lo había hecho el Redentor, pero no aspirar á la dominación; que la gracia se tenía por el amor divino y no por la exageración de penitencias ó por un misticismo sombrío y feroz; que las Congregaciones en especial, y aun todo el clero, debían cuidarse de las cosas de la fé y no inmiscuirse en los asuntos temporales; que ningún buen cristiano debía transigir ni tratar con los extraviados, pero que tampoco debía odiarlos ni perseguirlos; y por último, que creía necesaria una reforma en la Iglesia para remediar tantos males como la corrupción de los tiempos había traído. Por esta ligera enumeración de los pensamientos y propósitos de Clemente XIV, queda plenamente confirmado lo que acabamos de sentar. En efecto, si había algunas cosas en que parecía de acuerdo con las tendencias de la Compañía, tales como el misterio de la Inmaculada, (del cual decía Goett, más tarde, que era más difícil de comprender que la afirmación de que lo blanco era negro, y que los cuerpos graves ascienden en lugar de descender), el no dedicarse exclusivamente á la vida contemplativa etc., había otras que, seguramente, debieron ser poco de su agrado, como lo que se refería al culto de las reliquias, de que tan largamente había abusado y abusaba la Compañía, la rabia y persecución á los herejes y el excesivo, desmoralizador y ridículo uso de las profecías.

Precisamente en aquellos momentos tuvieron la desgraciada ocurrencia de apoderarse de una pobre ilusa, María Teresa, monja dominicana del convento de Valentano, que se dió á tener visiones y á profetizar; y los Padres lo tomaron con tal entusiasmo que fueron muchísimos en peregrinación á visitar aquella pobre iluminada, y aun uno de ellos, el padre Benzi, se dió también á imaginar que tenía aquellas apariciones que tan caramante había pagado el pobre Malagrida; y para colmo de infortunio ocurrió que en una de las visiones de la monja ésta presenció un espectáculo raro: el signo de la redención cristiana, rodeado de un humo que quería ocultarla sin poder conseguirlo, y que salía de Portugal, viniendo en auxilio de aquel maldecido humo otro de más fuerza é intensidad que partía de Madrid. Este ocultaba una parte mayor del signo sacrosanto, pero tampoco pudo hacerlo por completo; pero al fin partió otro de la misma persona de Ganganelli que lo ocultaba en su totalidad, si bien, después de un tiempo dado, concluyó aquel extraño eclipse, y el sagrado leño apareció más grandioso y resplandeciente que lo había sido antes.

No creemos necesario esforzarnos para probar que la visión no fué del agrado de Clemente XIV, de Pombal, Aranda y compañeros; pero el que salió más maltrecho fué Carlos III, porque la monja *santa* dejó esta visión y pasó á otra, en la cual vió con igual claridad el juicio final, y á la izquierda, y en tierra, se encontraba Carlos III, es decir, entre los réprobos. Encantáranle poco ó mucho á Clemente XIV la relación de estas visiones, hijas, no diremos de una superchería, pero sí de una imaginación enferma y calenturienta, no por eso se dormía en el alto puesto á que había llegado. Escribió al rey de Portugal con el fin de cortar el entredicho y comenzar relaciones amistosas; dió el capelo cardenalicio á un pariente de Pombal; confirmó el nombramiento de obispo del portugués Pereira, cuyas obras habían sido puestas en el Índice; mandó cantar un *Te Deum* por que el rey José había salido con vida de un segundo atentado con-

tra su persona, y que Pombal atribuyó por completo á los jesuitas; dió las órdenes oportunas para proceder á la beatificación de Palafox, que sabía era del agrado de Carlos III; hizo avances no menos amistosos al rey de Francia, pero las cortes de ésta, España, Portugal, las Dos Sicilias y el ducado de Parma no cedieron por esto y le significaron, de una manera categórica, que los territorios tomados del Estado de la Iglesia no se los devolverían hasta que no disolvieran la Orden; y Carlos III le hizo comprender, por medio de su embajador, con un lenguaje que daba poco lugar á duda, que era de todo punto indispensable proceder inmediatamente á la disolución de la Compañía, y en contestación escribió una carta al rey tranquilizándole y afirmándole que estaba resuelto á disolver la Orden.

A todo esto había separado á los jesuitas que desempeñaban cátedras en los colegios romanos y había dado comisión á los obispos para que en los Estados de la Iglesia examinaran la administración de los jesuitas. Los informes fueron poco favorables, y por último, la mayoría de los obispos españoles se dirigió á su jefe, el sumo sacerdote, exponiéndole que era de todo punto necesario para conservar la paz de la Iglesia disolver la Sociedad de Jesús. Por último, después de varias peripecias que sería largo enumerar, el Papa tuvo varios días de retiro, sin duda para pedir que el Espíritu Santo le iluminara; aunque, ménos mística y más positivamente hablando, á juzgar por el resultado de aquellas soledades, era simplemente para redactar, en compañía de un amigo de confianza, el Breve que declaraba extinguida la Orden en todo el orbe católico. En efecto, este salió el 21 de Julio de 1773, y se titulaba *Dominus ac Redemptor noster*, y el cual empezaba por declarar que Jesucristo había venido al mundo para traer la paz. Hablaba después de las supresiones de Ordenes religiosas que habían decretado sus antecesores; hacía la historia de la Sociedad de Jesús, sosteniendo que desde su creación había dado lugar á una porción de querellas intestinas; pues había hecho la guerra á las otras Ordenes religiosas, al clero secular, á las Academias, á las Universidades, á las escuelas públicas, á los príncipes que los habían admitido en sus Estados, y que, algunos de sus miembros habían llevado la perturbación y alterado la paz de la Iglesia cristiana; y finalmente, que Portugal, España, Francia y las Dos Sicilias se habían visto precisadas á echarla de sus territorios para conservar la paz de sus reinos. Este Breve produjo en toda Europa la sensación que era consiguiente. Levantáronse de parte de algunos obispos y eclesiásticos, y aun de particulares, protestas en favor de los jesuitas. Estos se sometieron con dificultad al decreto del Papa, y en los países en los cuales encontraron apoyo en los soberanos, negaron rotundamente que el Pontífice tuviera derecho para disolver la Orden. En algunos puntos de Alemania, debido á la protección de Federico II, que había prohibido la publicación del Breve de Clemente XIV, y admitido en ellos á los jesuitas, convocaron una congregación y determinaron nombrar un Vicario general que estuviese al frente de la Compañía, por encontrarse preso en Roma su general Ricci. En Rusia formaron casas de novicios, y cuando el Papa quiso castigar la desobediencia manifiesta de unos y otros, Federico II declaró que él era un hereje y nada tenía que ver con el Papa, y que los mejores curas que había encontrado eran precisamente los jesuitas; añadiendo, además, que no pensaba desprenderse de ellos, porque los necesitaba, y que les había dado su palabra de honor de no permitir que nadie les molestase. Este respeto á la palabra empeñada era muy de aplaudir en el rey filósofo, pero la caballerosidad no queda tan alta en el pontificado de Pablo VI, avisando á Carlos III de lo que este Papa les había ofrecido y ellos habían confiado en secreto al amigo de Voltaire. La cismática Catalina de Rusia declaró que si de alguna manera se molestaba á los jesuitas, refugiados dentro de sus Estados, tomaría venganza y medidas contra los católicos.

En Polonia habían tenido los jesuitas, como ya hemos dicho, una protección decisiva, con poca ventaja para aquel reino; pero sin duda el rey y la nobleza conocían aquel proverbio español, «del árbol caído todos hacen leña», y se apresuraron á confiscar todos los bienes muebles é inmuebles pertenecientes á la Orden y repartírselos honradamente. Los Padres existentes en Bale y Zuri no se quedaron atrás en sus predicaciones contra el Papa, dándose á defender las máximas de la Iglesia galicana con el mismo furor y entusiasmo con que antes las habían atacado. Los de Heidelberg sostuvieron, contra lo que hasta entonces había hecho la Orden, que los príncipes no dependían para nada del Papa, directa ni indirectamente, y que podían imponer contribuciones al clero sin contar para nada con el Sumo Pontífice. Pero todos estos conatos de oposición, como no estaban protegidos por los soberanos, como sucedía á los que se hallaban en los dominios rusos y prusianos, no tuvieron más resultado que manifestar el natural disgusto de los individuos de la Orden.

Dadas las luchas de los jesuitas con las otras Ordenes monásticas y la enemistad no exenta de envidia, que estas sentían hacia ellos, y teniendo en cuenta sus choques anteriores con Academias y facultades, no escasearon los informes de estas intentando demostrar que en todas las Universidades donde la Compañía había tenido la dirección, se notaba un atraso y decadencia fuera de to-



da comparacion; por consiguiente, que era de toda urgencia separarlos de la direccion de los estudios.

No es nuestro objeto negar ni afirmar tal asercion, pero es indudable que hubiera hecho más honra á dichas corporaciones haber presentado estos informes cuando la Compañía era poderosa. Además, es innegable que en muchas de las Universidades y colegios en que ellos desempeñaban cátedras de las que fueron arrojados, no fué fácil, ni aun posible, el reemplazarlos inmediatamente.

Nada digimos del acto material ó la manera de verificar la expulsion de Roma, por creerlo inútil, pues se verificó de un modo semejante y no más suave, de como se llevó á cabo en Madrid y Lisboa. Por lo demás, allí buscaron el modo de salvar la tempestad de la manera que les fué dable; así es que en Roma misma, quedó una Congregacion de ellos que vivian bajo el régimen de sus constituciones y no habian cambiado más que el nombre; y en otros países se establecieron con el de Redentoristas, Predicadores de Jesús, etc., esperando que llegarán mejores tiempos para poderse dar el que les pertenecía. Pero en Portugal y España no les fué posible emplear esos medios, porque la policia estaba demasiado vigilante, cumpliendo las órdenes rigurosas del Gobierno. El general Ricci fué conducido al castillo de Santo Angelo despues de varias vicisitudes que no es del caso referir: allí fué tratado con tal dureza y falta de consideracion, que los mismos soldados encargados de su custodia, y que habian guardado á grandes criminales, afirmaban que jamás habian recibido órdenes tan rigurosas como las dictadas respecto al general. En su encierro escribió una bien sentida protesta en defensa suya y de la Orden, llevandose la crueldad hasta un punto tal, que á pesar de haber presentado varias peticiones á fin de que se le manifestase la causa de su encarcelamiento, murió sin haber obtenido respuesta.

Una vez más fueron acusados los jesuitas por los adversarios de alteracion de textos y documentos, concretándose á los Breves del Papa, segun los cuales se les autorizaba para sostener la integridad de la Orden en Rusia y Prusia. En vano les amonestó Clemente XIV diciéndoles que con tales medios y los no ménos censurables empleados en Oriente, perdian la Iglesia. No hicieron caso ninguno ni retrocedieron ante ningun medio. El cansancio producido por esta lucha, la exacerbacion de antiguos padecimientos y las profecías que los adeptos á la Orden propalaban por todas partes sobre la próxima muerte de Clemente XIV, produjeron en éste una profunda melancolía. Venia padeciendo de tiempo atrás un sarpullido que aparecía con fuerza en la cara y en las manos; y por fin, el día 25 de Marzo de 1774 cojió en la iglesia un gran constipado, sus fuerzas empezaron á decaer de día en día de una manera muy visible, y, despues de una enfermedad dolorosa, sucumbió el 22 de Setiembre. La casualidad hizo que la agonia del Pontífice empezara al año justo de haber encerrado en el castillo de Santo Angelo al general Ricci, de lo cual dedujeron unos un castigo de la Providencia, y los otros una venganza de los jesuitas. El cadáver fué embalsamado por los dos cirujanos, La Bossier y Biagi, bajo la inspeccion de los médicos Adinolfi, Salicetti, Lolli y otros varios profesores de medicina. El rumor del envenenamiento, lejos de disminuir, seguia con más insistencia, y se ordenó, por tanto, que Salicetti, médico del palacio papal, escribiera sin idea preconcebida y con entera sinceridad, la historia de la enfermedad de Clemente XIV. En ella decia, entre otras cosas, «que la muerte habia sido determinada por una causa interna, que la enfermedad era crónica, pero que Clemente XIV la habia descuidado, segun su costumbre, y que aquella se habia manifestado hacia poco tiempo por síntomas claros y visibles; y que la autopsia se habia hecho en público, pudiendo todo observador imparcial observar lesiones naturales en las partes nobles y asegurando ser esta la verdad, pues no cargaria su conciencia con una mentira tan grave.» A pesar de esta declaracion, el embajador español, haciéndose eco de la opinion general, escribia á su corte que Clemente habia sido envenenado y que habia muerto en esa persuacion; y en efecto, se encontraron en sus habitaciones reservadas frascos conteniendo varios antidotos. En una carta del Cardenal Bernis, fecha 25 de Setiembre de 1774, decia: «el carácter de enfermedad y circunstancias de la muerte del Papa, hacen creer comunmente que esta no ha sido natural. Los médicos asistentes á la autopsia no se pronuncian netamente; los cirujanos se expresan de una manera más franca. Valdría más aceptar la version de los primeros que descubrir la triste verdad, cuya divulgacion pudiera ser muy perniciosa.»

El 26 de Octubre del mismo año, el cardenal habla de las dudas crueles que habia tenido Clemente XIV sobre el origen de su enfermedad. En 28 de Octubre de 1777, dice el mismo cardenal: «el sucesor de Clemente, Pío VI, tiene simpatías por los jesuitas, pero los teme más que los quiere, y se le han escapado delante de mí, en tres ó cuatro ocasiones, palabras que indican claramente que conoce los detalles del desgraciado fin de su antecesor, y que no desea correr el mismo peligro.» En suma, el misterio de la muerte de Clemente XIV no ha quedado en claro, encargándose al profesor Maschka el examinar todas las Memorias é informes de aquel tiempo, referentes al asunto. Declara éste «que las indicaciones, poco

precisas y sin carácter científico, de las Memorias de médicos y cirujanos, no permiten formar una opinion segura sobre el género de muerte del Papa; que Clemente XIV habia padecido largo tiempo erupciones en la piel, inflamaciones en la boca, ronquera, relajamientos en la encía y retencion de orina, dando esto motivo á sospechar que padecia una enfermedad crónica, y que para combatirla habia tomado mercurio en fuertes dosis; y que, al mismo tiempo, era posible hubiese padecido de un cáncer en el estómago; que los síntomas exteriores observados en el cadáver y su rápida descomposicion podia ser efecto de las enfermedades citadas y de la hidropesia; pero que no permitian afirmar cuáles eran las causas determinantes de la muerte.»

Como se vé, la cuestion tampoco queda tratada con toda la necesaria claridad; pero nuestro convencimiento es que la desgracia de los jesuitas, y lo numeroso de sus enemigos, han dado pábulo á esas criminales sospechas, y entre otras, tenemos una razon fundamental, que es: que por grande que fuera su antipatía ó enemistad hacia Clemente XIV, no era seguramente menor que la que debian tener al marqués de Pombal, iniciador de todas sus desgracias y catástrofes; y éste murió, como hemos dicho, á los ochenta y tres años de edad en su casa, y teniendo por enemigos el Gobierno y todo lo que figuraba á la cabeza de la nacion portuguesa; de suerte, que estaba expuesto, como otro mortal cualquiera, á todas las asechanzas que contra él se intentaran. Si los adeptos á la Compañía no quisieron ó no pudieron vengarse del hombre que tan cruelmente les habia tratado, no hay razon para suponer que lo hicieran con otro que, por ser jefe de la Iglesia, habia de inspirarles más respeto, y que, además, tenia infinitos medios de defensa.

MANUEL BECERRA.

#### UNA MÁRTIR DEL FANATISMO.

El magnífico drama de mi ilustre amigo D. José Echegaray, que ha pintado con su mágico pincel los monstruosos efectos del fanatismo, ha traído á mi memoria el martirio de una noble doncella, que fué discípula del profundo filósofo Juan Jacobo Rousseau, hijo tambien de Ginebra, la patria de Calvino, que ha inspirado la musa trágica del gran autor de *La muerte en los labios*.

Luis de Borbon-Conti, distinguido por su valor, que enalteció su glorioso triunfo en la batalla de Coni, era designado el príncipe ciudadano por ser el protector de los literatos y de los filósofos. Viudo de una hija del regente, el duque de Orleans, se enamoró despues de una belleza tan excepcional, que se la llamaba en la corte de Luis XV *la bella duquesa*, que asociaba á su gran nombre una inmensa riqueza.

Una hija fué el fruto de su recíproca ternura. Este nacimiento clandestino infundió regocijo en el alma del príncipe, que queria reconocer un día á su hija, echando un velo sobre el nombre de la madre, que vió con terror que pudiera ser pública su deshonra, por estar unida á otro hombre; pero al fin el padre logró vencer la resistencia desesperada de la madre, y con beneplácito del rey, dió á su hija el título de condesa de Mont-Cair-Zarin, anagrama del nombre del padre y del de la madre, Conti-Mazarin. La duquesa de Mazarino era hija del mariscal de Duras.

La jóven condesa fué confiada á una institutriz, que se llamaba *Delorme*, mujer astuta é intrigante, que llegó á ganar la confianza del padre, aparentando inmensa y tierna sollicitud por su hija.

La niña fué educada en una casa separada de los palacios del príncipe y de la duquesa, que iban muchas veces por semana á ver á su hija. El padre demostraba cada día más su vivísimo afecto, se prestaba dócilmente á todos sus caprichos, y obtuvo para ella de Luis XV el Cordon Azul que Luis XIV habia concedido antes á la madre del príncipe.

Rousseau habia sido amigo, consejero y guía del príncipe Conti, y éste confió al gran filósofo la educacion de su hija, que fué inspirada por los principios del *Emilio*, obra inmortal de Rousseau. Bajo su direccion, la niña aprendió las matemáticas, el griego, el latin y el italiano. A los once años escribia correctamente los dos últimos idiomas, y tocaba con esquisito primor la flauta, la viola y el arpa.

El padre decia á sus amigos más íntimos, que *la amaba como un loco*. Como viejo soldado, quiso que su hija cargase y descargase pistolas y fusiles, que conociera los nombres de todas las piezas de su arma, y la dió por compañero de sus estudios, un niño de su edad, que participaba de sus ejercicios y fatigas, y vestido de *húsar*, no era conocido en la casa sino con el nombre del *húsar de la Condesa*.

El príncipe habia tenido un hijo durante el matrimonio con su difunta esposa. Era el conde de la *Marche*, dominado, así como la duquesa, por la influencia del abate Aubry.

El príncipe presentó á su hija á todos los miembros de la familia, y al mismo rey; la recomendaba la prudencia, la advertía que tenia muchos enemigos, lo que la pobre niña no comprendia, respondiendo con su candor infantil que nada tenia que temer, porque no hacia daño á persona alguna.

Un día, al fin, la mostró el *acta firmada* por

Luis XV, por la cual era reconocida y legitimada por hija del príncipe de Conti con el título de *Alteza serenísima y princesa de la sangre*; insistiendo en que guardase el secreto de este título hasta el día muy cercano en que se verificaria su recepcion en la corte.

Es vana empresa pedir á una niña que guarde un secreto; lo guardó para Rousseau, pero no para la *Delorme*, *Rosseta*, doncella de la duquesa de Mazarino y del abate Aubry, limosnero, en el nombre, de la misma duquesa. Este abate estaba afiliado á la Compañía que jura el nombre de Jesús, y ejercia un influjo demasiado mundano sobre el espíritu de la *bella duquesa*.

Desde aquel momento se urdió un complot infame entre estas personas, auxiliadas por el conde de la *Marche*, hermano de la jóven condesa.

La *Delorme* promovió un viaje repentino, para el que obtuvo el permiso de la duquesa, le pidió igualmente á la condesa, rogándole que no lo revelara á su padre, y guardó entonces el secreto, que fué funesto para su porvenir, para su vida entera.

Todo estaba preparado para la ceremonia anunciada; el padre la habia comprado los trages y los diamantes, cuando la futura princesa de la sangre recibe una orden de su madre, despues de haber consultado á su *íntimo abate*, de marchar inmediatamente á una casa de campo; el *húsar* viene á anunciarla que el carruaje y los caballos están prontos, y la debil niña, pálida y trémula, se deja conducir, y las convulsiones, y la fatiga la sepultan en un letargo, del que se aprovechó la *Delorme* para arrancarla el cordon azul que contenia los retratos de su padre y de su madre.

El abate Aubry, protegido por la duquesa, habia pretendido dirigir la educacion de su hija, pero el príncipe rechazó sus demandas y prefirió á Rousseau, porque libre pensador él mismo, no aceptaba de buen grado la intrusion en la casa de la duquesa del hipócrita abate, que, con modesta apariencia de humilde resignacion cristiana, devoraba en su alma profunda la ambicion y el odio al ver frustrado el logro de sus avaros deseos y de su dominacion absoluta en el palacio del príncipe y en el ánimo de su hija, que manifestó siempre predileccion entusiasta por su maestro, que no cedió, á pesar de su infantil edad, á las insinuaciones perversas para que rogara á su padre que le despidiera y le reemplazara el insidioso abate. Pero la niña estimaba realmente á Rousseau.

La institutriz *Delorme* y *Rosseta* eran los instrumentos del abate, encarnizado enemigo por sus ideas ultramontanas y realistas de las doctrinas filosóficas y políticas del autor del *Contrato social*, del apóstol elocuente de la soberanía del pueblo. Habia tratado de hacerle sospechoso á la corte para que fuera desterrado ó preso, impulsado por el doble y maquiavélico objeto de desembarazarse de un rival poderoso y de reemplazarle en la direccion de los estudios de la condesa, á quien reprochaba con malicia en sus asiduas é íntimas confidencias con la madre, de profesar naturalmente las doctrinas nada *ortodoxas* y *autoritarias* que la enseñaba Rousseau. El abate excitaba además con refinada habilidad los celos del conde de la *Marche*, presentando ante sus ojos la perspectiva poco grata de no heredar la fortuna de su padre, que la donaria á su hermana ilegítima apenas la reconociera y legitimara públicamente. A la duquesa, poco escrupulosa en el cumplimiento de su deber, presentaba el cuadro recargado con sombríos colores, de su deshonra hecho público, porque el escándalo, insistía el voluptuoso abate, es el peor de los vicios, que no son perniciosos á la reputacion de tan ilustre dama, cuando los encubre el misterio; así satisfacía su amor propio, su egoismo y su aficion á los placeres, aguijoneando su orgullo para que no consintiera que su hija, reconocida por el príncipe, ocupara en la corte una posicion que eclipsaria la de la duquesa, porque resaltaria la inocencia de la hija y la impureza de la madre. Estos sentimientos, excitados con diabólico talento y constante perseverancia, ahogaron el afecto maternal, muy debilitado desde la lucha terrible emprendida con el príncipe para que permaneciera oculto el nacimiento de su hija, á lo que se opuso la voluntad firme del príncipe, que amaba á su hija con delirio, así como se habia entibiado en extremo en su corazon su afecto paternal al conde de la *Marche*, que no manifestó jamás filial ternura, ni aun respeto escésivo á las amonestaciones del príncipe, que censuraba sus costumbres poco dignas de su noble cuna, prodigando los bienes heredados de su madre en locos devaneos y en fastuoso lujo.

Su hermana se habia constituido siempre el defensor más vehemente, cerca de su padre comun, y lograba que perdonara, por su intervencion cariñosa, los enormes extravíos del conde de la *Marche*. Pero la gratitud fraternal no ejerció su imperio en su alma codiciosa de la riqueza paternal, que el buen abate le hacia entrever perdida para siempre, si el rey se dignaba acceder á las reiteradas instancias del padre, por reconocer á su hija solemnemente, como correspondia á su elevado rango y al apellido de Borbon que llevaba, y que consagraba su parentesco con la real familia. Así se vió ligada estrechamente á la duquesa de Mazarino con el conde de la *Marche*, por la mediacion del abate, apenas la imprudente niña confió el secreto recomendado por su padre, á su institutriz *Delorme*, que lo comunicó inmediatamente á *Rosseta*, y esta á su vez lo reveló á la duquesa. Se multiplicaron entonces las confidencias ocultas



entre todas estas personas, que se prevalieron de la ausencia forzosa del príncipe por algunos días de la corte, para arreglar sus asuntos particulares relativos á la presentación de su hija á la corte, señalada para el día de la *Trinidad*, ya muy próximo, y llevaron á cabo un plan infernal para arrebatar á un padre querido la hija adorada, destruir sus sueños de felicidad, decir el último adiós á la esperanza, á los honores, al porvenir brillante, y vivir condenada á las torturas más crueles, á los suplicios más infames, conducida secretamente por la *Delorme* y sus cómplices, á Lons-le-Saulnier, en el Franco Condado, país de la *Delorme*, que se atreve á declarar que es su hija, y que obra por órdenes superiores, pagada por supuesto con el oro de la duquesa de Mazarino y del conde de la Marche, para sepultar en el más oscuro retiro á la desgraciada víctima de esta trama diabólica, que no volvió de su desfallecimiento sino después que el cura de Viroflay anunció al infortunado padre la muerte y el entierro de su hija amada, con un certificado firmado por el mismo prelado, instrumento del abate, auxiliado por el cuñado de la *Delorme*, *Richard*, el hombre de negocios, administrador del conde de la Marche.

Nada faltaba á la autenticidad aparente de este certificado, que condujo á la tumba precipitadamente á su sensible y desesperado padre, que maldijo al morir á su hijo el conde de la Marche.

La maldad se había consumado. La condesa muerta para el mundo; no quedaba más que la pretendida hija de la *Delorme*, y este monstruo de mujer simuló en su rostro el dolor, para explicar á la pobre niña que su padre, había sido desterrado por el rey, por haber divulgado su secreto antes de la ceremonia. Entonces la infeliz se incorporaba en su lecho de tortura, y decía que deseaba ir á consolar á su padre, le escribía cartas que quedaban sin contestación, convencida al fin de que no llegaban á su poder, hasta que la misma furia del Averno, la *Delorme*, vino á anunciarla el horrible suceso, la muerte de su padre.

Tan dolorosa impresión excitó en la desgraciada convulsiones nerviosas, que la condujeron á las puertas de la muerte. En este estado de postración física y moral, la *Delorme* llega á vencer la última dificultad; la dice á su víctima que las autoridades superiores no se cansarían en sus rigores, sino con la condición de que la condesa perdiera su nombre, entrando en un convento, ó contrajera su enlace con un pariente de la *Delorme*. La infeliz muestra su horror, recuerda haber visto á este pariente repugnante por su deformidad fealdad, que revela también á la niña su alma monstruosa. Y sin embargo, la *Delorme* acumula los documentos falsos, sin temor á la justicia, alentada por la protección de auxiliares poderosos, por medio de un extracto, también falso, de nacimiento de una joven que se simuló llamar Ana-Luisa-Cormeo, nacida seis años antes que la condesa; con la ayuda de licores narcóticos, es arrastrada á la iglesia de Viroflay, y el indigno prelado que había firmado el registro mortuario de la condesa de Mont-Cair-Zain, aun bendice un casamiento sacrilego, fundado en la violencia, la perfidia y toda serie de actos inicuos que hemos relatado.

Pero una vez despierta la joven víctima, indignada jura que existe un muro de bronce entre su impuesto esposo y ella, que no le inspira más que repugnancia y horror, y cumplió su palabra, gracias á su educación militar, que la hizo recobrar la fuerza y la maña para hacer temblar al insensato que quisiera pasar á vías de hecho, y así logró quedar encerrada en su aposento, pero respetada, sufriendo todas las humillaciones y torturas que éstos dos monstruos quisieron imponer á esta noble mártir, para vencer sus resistencias, y el marido renegado por la joven princesa, temblando delante de ella, era su carcelero, indemnizándose por un refinamiento de astucias del desdén soberbio que le mostraba la condesa.

Después de mucho tiempo ella pedía por asilo un convento, que le era negado por órdenes superiores; al fin consintió á recibirla el de Gray, en el Franco Condado. Allí la aguardan los más crueles tormentos: tenía entonces diez y ocho años, y durante tres años fué sometida á privaciones de toda especie, que sólo podía imaginar el génio del mal.

Hemos llegado á 1786: Luis XV, Juan Jacobo Rousseau, y la duquesa de Mazarino han muerto, sin pensar en la hija de sus amores, cuyos infortunios conocía; la hija se había hecho una especie de culto religioso de respetar el secreto de su madre, temiendo herir las susceptibilidades de la duquesa de Valentinois, hija legítima de la duquesa de Mazarino. Esta había vendido el Ducado de la Meilleraie, que compró la reina María Antonieta, para gratificar á su amiga, madame Julia de Polignac, con gran escándalo de la Francia. Preveía el día en que su hija habría podido demandar sus derechos, en reparación de una injusticia tan monstruosa y contra la naturaleza.

Ninguna mano amiga recogía las lágrimas de la infortunada mártir, cuyo corazón venía á herir con frecuencia la noticia de estas defunciones; quedaba sola sobre la tierra, pero un día se armó de valor, y quiso confiar á un abogado la demanda ante los tribunales de la nulidad de su casamiento; basado en un cúmulo de falsificaciones, y que no se había llegado á consumir.

La superiora del convento, que era la soberana, había sepultado á la condesa en una celda espantosa, reducida, negra y llena de ratas y de escom-

bras; cayó enferma, y el médico aconsejó que se la sacara de aquel abismo; la superiora insistió en su inícuo voluntad, y la perseguida tan cruelmente tomó el partido de morir de hambre, rehusando toda clase de alimento; y las religiosas, extremadas de espanto, representaron á la superiora que esta conducta era horrorosa, y aterrada esta dió al fin libertad á la santa y digna víctima. Su más feroz enemiga, la *Delorme*, agobiada por el peso de feroces remordimientos, había dejado de existir, después de confiar á un amigo que la asistió hasta el último momento, las imposturas y maldades cometidas.

Después de tantas pruebas recogidas y de la deposición del testigo, á quien la *Delorme* hizo la última confidencia, la víctima fué separada del verdugo, los tribunales declararon rotos sus lazos y quedó libre, sin recursos, en verdad, pero armada de su valor y de su noble resignación.

Llegó á París y parecía un verdadero esqueleto; escribió á su hermano el conde de la Marche, que la devuelve sus cartas. El duque de Orleans no se mostró más generoso, aunque era su primo.

Al fin, Luis XVI la reconoció, así como la reina y madame Elisabeth, con quien había jugado en su niñez; y presentada á todas las damas de la corte fué socorrida, desde luego, y recibió después una pensión de 37.000 francos.

El rey la declaró públicamente hija del príncipe de Conti, con el nombre de Estefanía Luisa de Borbon, ante la presencia de su hermano, desnaturalizado, lleno de confusión y de vergüenza. Esto acaeció en Abril de 1790.

Luisa Estefanía creyó haber llegado al puerto. ¡Vana esperanza! Su ventura desaparece por los sucesos revolucionarios que se precipitaron en Francia con rapidez asombrosa.

Ella dirigió una petición á la Convención nacional, en recuerdo de Juan Jacobo Rousseau, su maestro, para que se le concediera una pensión alimenticia sobre los bienes confiscados de su padre. El secretario de la Convención leyó la petición, que fué acogida con interés en la sesión del 28 Floreal (17 de Mayo de 1795), la comisión reconoce la validez de los títulos presentados, cuando estalló la revolución de Fructidor, y toda la comisión, compuesta de Pichegrú, Couchen y Boissi d'Anglas, fué deportada.

Cuando María Teresa, hija de Luis XVI, fué detenida en el Temple, Estefanía, su prima, obtuvo el permiso de acompañarla. Después del 9 de Thermidor, encuentra cerrada la puerta de la prisión para ella. ¿Por qué? pregunta, y la responde el carcelero que por ser la más libertina de las mujeres.

Herida por el rayo de esta calumnia, hace investigaciones, y acaba por encontrar en Santa Pelagia una mujer pública que ostentaba su nombre y sus títulos, y cuyo verdadero nombre era *María Rosina Monand*. Requerida esta mujer porque usurpaba nombres y títulos que no la correspondían, declaró que había sido pagada para cometer esta perfidia, y que confesaría quiénes eran sus cómplices, si se le devolvía la libertad.

El autor de esta nueva infamia, fué su propio hermano, que se había convertido en un ardiente revolucionario. Pero á pesar de su disfraz, el conde de la Marche y príncipe de Conti fué desterrado de París, por la medida tomada contra todo hijo legítimo de la familia de los Borbones.

Nos falta recordar que el *húsar*, el compañero de la infancia de Luisa Estefanía, desapareció sin que su pobre madre pudiera adquirir noticias de su paradero. Había acompañado á la *Delorme*, pero al ver el indigno tratamiento que se empleaba contra la condesa, manifestó su reprobación, y este acto espontáneo de su conciencia, bastó para que se descargara sobre su cabeza la venganza poderosa de los que no retrocedían ante crimen alguno para realizar sus odiosos planes.

María Luisa Estefanía de Borbon escribió sus Memorias históricas, que terminó en 1798, y que hoy es una obra muy rara. Se cree que se dió satisfacción á su demanda bajo el Directorio y el Imperio, y que vivió modestamente, pero tranquila, abismada en el dolor de sus recuerdos, después de veinticuatro años de lucha. Pero lo que parece cierto, es que la Restauración no la perdonó su permanencia en Francia durante la República, y todavía menos por haber invocado ante la Convención la memoria de su maestro Juan Jacobo Rousseau, á quien siempre rindió culto afectuoso, del que jamás quiso abjurar, y murió en una edad avanzada, casi en la indigencia, en 1825, en que el jesuitismo predominaba en Francia.

Nada es tan peligroso, decía Voltaire, *qu' une société de fanatiques gouvernés par des fripons, et s'étendant de Rome á la Chine.* (Carta de Voltaire á Dupont, 23 de Diciembre de 1764).

Así han sido expulsados hoy de Francia, como lo fueron durante el Imperio, y el Gobierno de la misma Restauración y el de Luis Felipe. El prudente y sábio Carlos III los lanzó fuera de España. Portugal y casi todos los Estados de Europa han seguido igual ejemplo.

EUSEBIO ASQUERINO.

## EL TRABAJO EN CUBA.

### VIII

El estado de la propiedad en Cuba es, como hemos demostrado en nuestros artículos anteriores, verdaderamente grave. Dificultada, amenazada y

disminuida en progresión asombrosa la producción de azúcar, nervio de la riqueza antillana, se arrastra lánguida y vé ya cercana la hora de su muerte bajo los rudos golpes de una funesta alianza entre nuestra administración, el creciente desarrollo del cultivo extranjero, y las represalias de aranceles, que nos oprimen y pronto nos ahogarán sin remedio. Herida la producción del tabaco, así en la tierra en donde nace, como en la triste condición del infeliz veguero que lo cultiva y en la industria que lo elabora y exporta, por un concurso inconcebible de elementos sociales y económicos, y por las cargas abrumadoras que lo gravan, se vé con dolor llegado ya el momento de su decadencia, prevista y anunciada por nosotros. Muerta la producción pecuaria, es imposible que renazca en medio de la intranquilidad *material* y *moral* que á ella se oponen con invencible fuerza; *material*, porque los campos, en donde aun se esconden malhechores, no pueden inspirar cuando las fuerzas de que dispone el Gobierno no le permiten ejercer toda la protección que debe á la propiedad rural indefensa y abandonada; *moral*, porque el espíritu de las gentes está siempre sobresaltado á la vista y ante el temor de atropellos cometidos por ignaros gobernantes, que mantienen siempre viva la semilla de la discordia con sus procedimientos de persecución, con sus deportaciones sin término, y su omnipotencia al parecer incontrastable.

Anulada desde hace muchos años, ya casi está en olvido la producción del café, no por otras razones que por esa misma incorregible torpeza económica, que juntamente con los horrores sociales y los errores políticos, viene secando una á una, todas las fuentes de riqueza en aquella pobre tierra, no querida ciertamente por quienes así la maltratan.

Y en tanto, el hombre pensador y el español verdaderamente amante de su patria, más que de su conveniencia y de sus intereses personales, observan que el azúcar cubano, caro y cada día más escaso, vá encontrando por todas partes otros azúcares más baratos que lo excluyen y ahuyentan; observan que pronto hallará cerrada la puerta única, muy estrecha, que hoy le ofrece la república americana, como ha visto ya la de la Península; observan que no sale de la tierra que la produce sino en medio de inmensos trabajos y dificultades recargada con derechos de exportación exorbitantes; observan que ese azúcar así combatido, así perseguido, así acosado, por nuestra ciega y loca administración, vá retrocediendo al compás de las restricciones y de los obstáculos, y se replegará á su origen, y volverá á ser sólo jugo de caña; y sin brazos que la cultiven, y sin industria ni capitales que la elaboren, desaparecerá por completo, quedando no más que el recuerdo de una lucha insensata entre la naturaleza que nos ofreció generosa sus ricos dones, y nuestros Gobiernos todos que, ingratos y desatentados, se los devolvieron á sus entrañas por incapacidad de aprovecharlos.

Todo español verdaderamente amante de su patria observará también que el tabaco cubano, casi en la misma condición en que le recoge el veguero, no puede ser en Cuba elaborado, porque comprimida y perseguida con derechos crecidísimos la industria, y con ella los obreros y fabricantes exportadores, van á buscar en Cayo-Hueso, New-Orleans y New-York, nacionalidad extraña, á cuyo amparo puede el producto elaborado asegurarse rendimiento y ventajas que nuestros insensatos Gobiernos, con su lujo de opresión y restricciones, les niegan en el suelo patrio. Observará con vergüenza y con dolor profundo que está próximo ya el día en que la industria norte-americana sea la que provea al mundo y á España y á Cuba misma, del tabaco de nuestro suelo, necesario para su consumo... ¡De tal suerte se ahoga esta otra fuente de riqueza antillana, que se viene á convertir hasta en enemiga de nuestra nacionalidad!

Todo español verdaderamente amante de su patria, observará que esos mismos aranceles sostenidos y conservados por quienes no la aman en verdad, son los que mataron los cafetales de Cuba, los que arruinan y hacen perecer á los ingenios, los que originan la grande inmoralidad de la administración, los que producen la enorme carestía de las subsistencias, y con ella, por un lado, el hambre y la miseria para el pueblo, por otro el jornal altísimo para el productor, por otro la cuantía escandalosa de los sueldos y de los presupuestos que se imponen sin piedad al país, y por todos, en fin, el malestar, el descontento, la imposibilidad absoluta del trabajo y de la producción en la isla. Esos aranceles, en suma, no pueden mostrarse á los ojos del observador juicioso é imparcial, sino como los más eficaces aliados de los enemigos de la nacionalidad española...

Todo español verdaderamente amante de su patria, al contemplar que en nombre de ella hay gobiernos y partidos y personas que se atreven á mantener la esclavitud de los trabajadores en Cuba con horribles penas corporales, que en nombre de ella sostienen con loco empeño el régimen tiránico que la oprime, que en nombre de ella imposibilitan el trabajo, que aumentan la miseria, que arruinan las industrias, que promueven la emigración, que alimentan el separatismo, que favorecen la producción extranjera, que arrancan la vida del corazón de Cuba, y la llevan á otras antillas, á extrañas tierras, que hacen ruinosas operaciones de crédito, por las que se prosigue la pavorosa extracción de capitales, que ahuyentan la



inmigración, porque no hay hoy quien vaya á donde impera el despotismo, á donde se asienta la miseria, y á donde se arma el cepo y suena el grillete; que arrojan una deuda enorme sobre sus hombros y no la permiten siquiera disponer por sí los medios de pagarla; que en nombre de la patria tienen, en fin, la audacia de unir á la injusticia y á las inspiraciones del interés personal menguado, los alardes de una mentida rectitud, la hipócrita expresión de un cariño falso, y la sangrienta burla con que ponderan imaginarios beneficios y concesiones; todo español amante de su patria, al contemplar ese cuadro que hoy se desarrolla á sus ojos, los sentirá oscurecidos por el llanto, y en sus tristes reflexiones, pensará tal vez que alguna gran falta hemos cometido en la historia de nuestras relaciones coloniales, cuando su expiación es tan dura y tan cruel, y cuando viene precisamente de las mismas manos que la debieran aliviar, aplicando remedios no solo posibles, sino fáciles y seguros.

Y no hay duda; creer que en medio de las condiciones en que se arrastra, más que vive, aquel conjunto híbrido de razas, intereses y procedencias, es posible crear algo, fundar algo, sostener algo, que garantice un porvenir tranquilo, sin que se comience por reconocerle una como personalidad especial, dentro del organismo general del Estado, y sin que los armonice y concierte, resolviendo su variedad de naturaleza en unidad social y jurídica, lo único que hay capaz de producir esa armonía y concierto, es decir, la libertad en todas sus manifestaciones; creer que de otra suerte se resuelve el problema del trabajo, que para nosotros es el problema de la vida, ó mejor, de la nacionalidad española en Cuba, es tan absurdo como creer posible el quebrantamiento de las leyes físicas que rigen el universo, por el capricho ó voluntad de los hombres. Porque sin derechos civiles, el hombre no es trabajador productivo, es máquina inconsciente ó espíritu rebelde que nadie es capaz de dirigir ni gobernar. Porque, sin libertad comercial y económica, perece de hambre el pueblo, se retiran los capitales y se hace imposible la producción; faltará obrero y faltará trabajo. Porque, y sobre todo, sin derechos políticos que amparen la seguridad, la dignidad de los habitantes de Cuba, y los libren de las injusticias y violencias de los gobernantes, nadie que allí reside aspirará á otra cosa que á emigrar, como está hoy sucediendo, y llevar su actividad, su familia y sus recursos á otros pueblos, Jamaica, Santo Domingo, etc., que prosperan á expensas de Cuba; y ningún inmigrante llegará á pisar aquellas hermosas playas en donde se desconocen los sagrados derechos de la personalidad humana.... ¿Puede haber trabajo, puede haber vida, puede haber algo más que desolación y próxima muerte allí en donde se reúne como por obra de encantadores enemigos, toda suerte de servidumbres, desde la que maltrata al cuer o bajo el peso de las cadenas hasta la que ahoga el pensamiento y ataca la conciencia?

No es difícil predecir lo que por tan funesto camino encontraremos... Los habitantes de cierta comarca en la isla de Cuba recuerdan que no hace muchos años por entre gargantas sombrías cubiertas de árboles gigantes, y á través de quebrantadas y dislocadas rocas secundarias brotaban como hirviendo ricos manantiales, que serpenteando por el ancho valle, y tendiendo por él sus aguas puras y cristalinas, corrían y circulaban libres por aquellas hermosas y agradecidas tierras, las daban vida y frescura y alegría, las cubrían de bellísimas flores, y alimentaban deliciosos frutos en sus fértiles vertientes, derramando por todas partes la dicha y el contento... Los primeros rayos del sol naciente venían todos los días como enviados por Dios para esmaltar la venturosa campiña con los admirables colores del arco iris celestial, y los últimos resplandores de la tarde daban á aquel valle el aspecto tranquilo, sereno y augusto con que suelen mostrarse las armonías de la naturaleza cuando no las contraría la acción de los hombres... Pero el espectáculo de tanta belleza y la contemplación de tantos beneficios llevó á algunos en mal hora á creer que aquellas fuentes prodigiosas eran inagotables, y que obrarían maravillas y milagros cuando á su libre y natural salida se sustituyera mayor aprovechamiento de tan ricos raudales. La codicia, nunca satisfecha, apuró los límites de lo posible y real, y queriendo reunir para no perder todas las aguas y represándolas y conteniéndolas entre fuertes muros, las vió luego en muy breves días desaparecer, y dejar secas las fuentes, muerta la esperanza, burlada la ambición, árida y triste la llanura, empobrecida la comarca, marchitas las flores y perdidos los frutos... Allí ya no volvieron á ver los ojos del viajero las antes espléndidas plantaciones de caña ni de café, ni las vegas de tabaco, ni los inmensos tapices de verdura que daban alimento á los ganados; todo se había perdido; no había más que el miserable espartillo en el suelo ardiente, la soledad y el silencio en el espacio, la tristeza espantosa por todas partes... Y es que la excesiva presión cortó la corriente natural y espontánea de aquellos venenos que parecían inextinguibles, y que huyeron y se escaparon, perdiéndose en las capas subterráneas ó yendo á abrirse paso y á brotar en otros lugares libres de la carga que los comprimiera.

B. PORTUONDO.

## DOÑA CAROLINA CORONADO

### I

El arte como la naturaleza es un gran sistema enlazado y coordinado con leyes reales. Lo que en el mundo material llamamos seres ó objetos, en el mundo del arte se llama ideas ó creaciones; el arte se desenvuelve por medio de una serie de manifestaciones, que van siendo más adecuadas á nuestro espíritu conforme se van separando del mundo sensible y ascendiendo, á manera de misteriosa escala, al cielo de las eternas armonías. La poesía es la cúspide del arte, su última forma, la expresión más hermosa de lo ideal. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, componen una serie ascendente, en que se vé el espíritu desprenderse de las formas materiales y expresar su pensamiento con una forma invisible, que se asemeja á lo espiritual, el sonido, eco del sentimiento. Pero el arte, que resume y compendia todas las artes, sin duda es la poesía, pues como la música, expresa el sentimiento por medio de sonidos; como la pintura, refleja y reproduce la naturaleza; como la escultura, esculpe en la mente la idea del hombre espiritual, siendo, por todos estos títulos, la corona del arte. El pensamiento con todos sus colores, con todas sus bellezas, con todas sus formas, se encarna y manifiesta en la poesía. El fondo de las obras poéticas es el fondo mismo de las cosas; su esencia íntima las verdades universales y eternas; el principio de vida, que anima los seres, las leyes armónicas de esa misma vida, los eternos tipos, que así se manifiestan en la naturaleza como en el espíritu; es, en una palabra, lo verdadero, de que la hermosura no es sino la esplendorosa sensible forma.

El poeta, sacerdote del mundo, tenido siempre por sagrado en los pueblos primitivos, oráculo que interpretaba los secretos de la naturaleza, los misterios de los cielos; el poeta extendía las ideas guardadas en los murmullos de la creación; describía los libros sagrados; guardaba el tesoro de las tradiciones; recibía en su alma el rocío de las verdades celestes; prestaba cánticos á los pueblos, á los guerreros; y su voz se repetía como un divino eco de generación en generación, de siglo en siglo. ¿Y esta gran tradición del poeta se había perdido para la historia? No. La Grecia ha muerto, el mar se ha tragado sus colonias, el tiempo ha pulverizado sus ciudades y ha roído hasta sus campos; y en aquellas soledades, aún repiten los vientos, las ondas, las hojas de los bosques, el sacratísimo nombre de Homero, alma de Grecia, que ha sobrevivido á su ruina.

Pero hay un sér superior al poeta, más sensible, más inteligente, más poeta, si cabe hablar así; la poetisa. No extrañará el lector mi afirmación, si recuerda que el más profundo de los poetas modernos, Goethe, llamó al del arte, ideal femenino. No sé por qué el derecho de profetizar, de penetrar en el mundo de lo porvenir, que es nuestra patria (porque nosotros, pobres peregrinos, vivimos por el deseo y la esperanza), el derecho de profetizar, decía, pertenece á la mujer. En el mundo antiguo, allí donde el amor era el placer, una mujer, Saffo, anheló esa confusión de dos almas como dos rayos de un astro en un mismo cielo, como dos gotas de rocío caídas en una misma hoja, esa confusión purísima, espíritu del amor cristiano, que divino é infinito no vive sino del recuerdo del sér amado, prefiere los dolores de la desesperación y de la muerte á la sombría tranquilidad del olvido. El mundo antiguo, eminentemente psicólogo, atribuyó la ciencia poética de adivinar á las mujeres. Mirad sino la serie de sus grandes sacerdotisas desde la Pitonisa de Delfos hasta la Sibila de Cumas; aquella, que une el mundo oriental con el mundo clásico; ésta, que une el mundo clásico al mundo cristiano. Y la mujer, el entrar en el hogar doméstico cristiano, en este santuario, donde resplandece una luz más nueva, no ha perdido su carácter, antes lo ha santificado, y el cielo le ha confiado nuestra educación, obra maravillosa, cuya principal guía es el presentimiento, eterno oráculo guardado en el corazón de la mujer. Así, en el siglo xvi, cuando la teología ceñuda, sombría atiza el fuego de la Inquisición, una mujer, Santa Teresa, enciende las almas en las llamas purísimas, espirituales, de amor cristiano, y lleva á cabo una gran revolución teológica, reconciliando á los hombres empedernidos en las guerras religiosas; en el siglo décimo nono, cuando poseídos los hombres del sentimiento revolucionario, escribían con su propia sangre indeleblemente los derechos fundamentales en el espacio, sólo una mujer presintió la existencia del pensamiento que animaba la revolución, en otro pueblo distinto de Francia y lo libó allí, y después lo presentó matizado de mil varios colores para admiración del mundo y enseñanza de las gentes. La mujer, depositaria del sentimiento, ángel que guarda lágrimas para todos los dolores, tesoro de compasión para todos los doloridos, nuestra compañera más fiel en el infortunio, pronta siempre á la abnegación, amiga del sacrificio, presente con sublime presentimiento los males que nos amargan, ve la nube que empaña la frente, el pensamiento que cruza el alma, conoce todos los secretos que nos agitan, todas las dudas que nos suspenden, y como el iris, cuando nuestra alma cae en negra noche, descomponiéndose en seductores matices la luz purísima que viene del cielo y nos vuelve á la virtud y á la esperanza.

¿Y puede la poetisa desmentir ese carácter? No.

¿Cuál será la poetisa más perfecta? La que mejor conserve y refleje las cualidades de mujer en sus versos. Pues bien, esta poetisa vive entre nosotros, y se llama Carolina Coronado. No conozco poetisa que le aventaje en conocer la naturaleza de las pasiones, ni que le iguale en la delicadeza del sentimiento. Doña Carolina Coronado tiene el talento peculiar, íntimo de la poetisa. El artista, para levantarse á tan alto asiento, ha menester sentir en sí todas las bellezas de la naturaleza y volar hasta las regiones más elevadas del pensamiento. Estos dos caracteres profundamente poéticos, se encuentran en alto grado en doña Carolina Coronado. Si lo dudais, leed su divino canto *El amor de los amores*, en que todas las galas de la poesía meridional se unen á la profunda tristeza de la poesía del Norte.

Doña Carolina Coronado ama el arte por el arte. No le preguntéis por qué canta. No lo sabe. Sería lo mismo que preguntar al arroyo por qué murmura; al astro, por qué produce la armonía en las esferas; á la hoja del árbol, por qué susurra al dulce arrullo de las brisas, y al ruiseñor por qué en la callada noche interrumpe el silencio de la naturaleza con sus regalados arpegios. La señora doña Carolina Coronado resplandece por sencilla espontaneidad, carácter principal de las obras de arte. En las ciencias se necesita la reflexión profunda, el raciocinio laborioso, la comparación seduda; pero en las artes se necesita la inspiración, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí, como la misma naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora. La Biblia nos da en esto un gran ejemplo. «Y dijo Dios: habrá luz y hubo luz.» Las obras de arte son creaciones del espíritu humano; pero no son inferiores á las obras de la naturaleza. Las obras de arte narran como los cielos la gloria de Dios; porque son el resumen de todo cuanto hay de divino en el hombre. Pero preguntad á un verdadero poeta la causa que le obliga á cantar. La ignora. El arte nos enseña la verdad en su encarnación más perfecta, en la hermosura, la forma por excelencia. Por eso tiene virtud para remover el alma en sus más íntimos sentimientos, iluminar sus abismos y darle á gustar el néctar de la verdadera vida. El artista ha de reunir la sensibilidad al pensamiento. Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á las reglas preestablecidas; no crea el alma sacando de sí misma su virtud. El poeta necesita pensar é imaginar. La imaginación da forma sensible á la idea. Así es que la razón da el alma de la obra de arte, y la imaginación le da el cuerpo; la razón da la idea, la imaginación, la imagen.

Por eso los filósofos alemanes han pretendido que la estética ha de unir sintéticamente todos los sistemas filosóficos; union que el eclecticismo ha intentado con un procedimiento irracional, ó cuando menos empírico. Creo haber explicado así el secreto de la profunda impresión que producen las obras de arte de la poetisa que examino. Resplandece en ellas la idea, la verdad revestida con todos los resplandores de la hermosura, de la forma. No conozco en nuestro parnaso moderno cantor más fiel, más ingenuo de la naturaleza. En sus versos se oye el eco de los montes y de los bosques, se aspira el aroma de los campos. El perfume que exhalan; se parece al ambiente de una campiña del Mediodía, perfumada por el azahar, la zarza-rosa, el lirio del roble. Es su poesía la naturaleza misma transfigurada en su ardiente imaginación.

Cuando en medio de las fingidas pasiones de una civilización, entre este zumbido de ideas absurdas, de rumores que turban la mente, vuelvo los ojos á una de esas dulces composiciones de la sin par poetisa en que se retrata la celeste luz de esplendorosos horizontes, el serpentear de los arroyos que arrastran en sus ondas las hojas caídas de la zarza-mora, el vuelo misterioso de la golondrina, el dulce mecerse de la palma que parece huir de la tierra; el espectáculo de esa vida universal, en que nadan tantos seres; mi alma, amante de la libertad y amiga de la naturaleza, se goza en tan hermoso cuadro, como si desde estrecho recinto en que vive, contemplara renovarse la creación, cual una flor en la feliz y dulce primavera.

Así ha dejado en mi alma su poesía, como el cuadro del espacio en que nació. Me parece ver siempre la cabaña, el alto monte, el río precipitándose espumoso entre las peñas y formando esa gigante armonía del torrente, la tórtola anidando á la sombra de los arbustos, la blanca paloma, y sobre todos estos objetos cernerse, dándoles nueva vida, voz, pensamiento, el alma de la poetisa, pura como una ilusión, matizada de los átomos desprendidos de las flores, como las bellas alas de una pintada mariposa. Pero embellecer la bella naturaleza, obra grande es, mas no tan grande como embellecer el hogar doméstico, esa segunda naturaleza del hombre.

Hace ya algún tiempo, un gran poeta saludaba con júbilo el advenimiento á la poesía de una ignorada niña. Este poeta, romántico por excelencia, había anidado la duda en su mente, la desesperación en su pecho. Su imaginación era como una de esas grandes y hermosas flores del Trópico, que ocultan una serpiente. Recibió del cielo nacaradas alas de ángel, y las manchó revolotándose en el lodo de la tierra. Sentía esa sed de bien, que el mundo no puede saciar, y desconoció la fuente de donde baja el purísimo manantial que apaga la sed del alma. Y un día fijó sus ojos en la niña que cantaba la hermosura de la naturaleza y la saludó alborozado. Espronceda sabía que al salu-



dar á Carolina, saludaba una nueva poetisa; pero ignoraba que saludaba también una nueva poesía.

## II

Y en efecto; entonces el romanticismo, era poesía encendida en los hornos de fratricidas y tremendas guerras, había secado los corazones de los poetas, que destilaban algunas gotas de negra y emponzoñada sangre, pero no una lágrima, premio decretado sólo á la ternura y elevación del sentimiento. Carolina, joven inspirada por la lira de su corazón; humedecido su pensamiento, como flor en capullo, por el rocío de la naturaleza; pura su alma como un celaje del horizonte, que desde la niñez la cobijaba, vino á llorar cuando todos los ojos estaban secos; á suspirar cuando la duda había abrasado todos los labios; á sentir cuando todos los corazones eran como desiertos; á recordar el cielo á los que, pegados al terruño, siervos de sus pasiones, no se despertaban á presentir otra patria para esta alma aprisionada en su cárcel de barro, ni pedían consuelos á la dulce y santa esperanza, esa última gota del néctar de la vida que no es dada consumir al dolor. La poetisa cantaba desde sus montes, como el ruiseñor cuando pasa la tempestad canta desde su nido, sobre los árboles desgajados por el rayo ó tronchados por la corriente; y cantaba sin conocer que sus arpaos gorgoros eran la resurrección del sentimiento, del amor, de la fé que había huido del mundo entre el estruendo de ardientes maldiciones y escépticas carcajadas.

En aquella sazón había otra escuela que buscaba la vida en la muerte, y creía que la eterna musa del poeta es el génio de sus mayores, sin comprender que cuando las civilizaciones cambian, cuando nueva sávia circula por el eterno árbol de la vida, es huir la luz buscar en formas ya gastadas y rotas la centella de la inspiración. Carolina huía instintivamente de este segundo escollo. Confiando en su espíritu, oyendo ese canto interior que embelesa al feliz mortal nacido poeta, antes de que logre vaciarlo en la imperfecta nota que se llama palabra; la joven cantaba, no desordenadamente como los románticos, ni á la manera antigua como los clásicos, cantaba los mundos de ideas y de seres que el espíritu y la naturaleza, esos dos reflejos del eterno pensamiento, hacían brotar en su alma, estrella nacida para brillar sobre los sepulcros donde se habían refugiado los clásicos, y rielar en las mismas brumosas tempestades donde el arte romántico creía encontrar su vida y su alma.

Acuerde el lector la exaltación de las pasiones, el ruido que formaban aquellas orgías donde el crimen tenía tantos cantores, la ausencia de todo sentimiento tierno, la consagración de todo lo monstruoso. Byron, bebiendo vino bárbaramente en el cráneo de burlados maridos; Espronceda, mirando á Teresa morir maldicida por sus hijos; Víctor Hugo, partiendo como el anatómico los corazones vivos, palpitantes aún, para analizarlos; Larra, cerrando voluntariamente los ojos á la luz del día, por no ver el mundo; y Zorrilla, poniendo aquellas manos, que más tarde habían de pulsar el arpa de los poetas católicos, sobre un cadáver, y preguntarle por el no ser... Acuerde aquella embriaguez de pasiones que había hecho de la casta musa del arte cristiano una bacante, y se verá qué impresión tan honda, tan profunda, debía hacer en el ánimo de las gentes una poesía tierna, sencilla, pura; una poesía que lloraba, y que debía parecer á aquella sociedad, descreída y enferma, como un sueño de paz, como un ángel que descendía del cielo.

Siempre ha sido esta la condición de la mujer, pues en el mundo seca las lágrimas, consuela los dolores. Ya lo decíamos de la mujer que en el siglo XVI pasmó al mundo con su elocuencia.

Quizá creerán algunos que exageramos la importancia de la poetisa Carolina Coronado. Los que tal digan no comprenden cómo las artes influyen y dominan en la vida. No es posible medir su importancia, como no es posible medir el espíritu. En el mar insondable de la vida las lágrimas de un poeta endulzan muchas amargas ondas. ¡Cuántas almas cerradas á la esperanza, al amor, habrá consolado nuestra poetisa, cuando hace aparecer, sobre los varios fenómenos de la naturaleza, á Dios enlazando en la ley del amor lo mismo el astro que la luciérnaga, lo mismo las corrientes de los mares que la pequeña gota de lluvia que pende temblorosa de la hoja de un árbol, lo mismo el pobre insecto que al hombre, señor de la creación. La naturaleza parece rejuvenecerse en la imaginación de la poetisa, y el alma purificarse con la naturaleza. Esa mística armonía del mundo interior con el mundo exterior, del espíritu con la naturaleza, que pocos comprenden, se siente en todos sus versos.

Su alma, llena de creencias, de virtudes, impresionada dulcemente por esa renovación perpétua de la vida, que vé en torno suyo como una fuente eternamente manando cristalinas aguas, revolotea sobre todos los objetos, recoge los átomos que de ellos se desprenden, liba su miel, y después, transformándolos á la luz de su idea, nos presenta una nueva creación teñida con los destellos de candida inocencia, como ese paraíso cuyo recuerdo habita en nuestra memoria y cuya esperanza posee nuestro corazón. ¡En cuántos espectáculos de la naturaleza, que nosotros profanos á la poesía no entendemos, encuentra Carolina una fuente de inspiración! La rosa silvestre que se deshoja, la paloma que arrulla sus hijuelos en el oculto nido, la

bandada de gilguerrillos que comienza á cortar con sus nimias alas el aire, la primera estrella que nace entre las dudosas sombras del crepúsculo, el rumor de las hojas mecidas por el aire; todos esos varios cuadros de la naturaleza, todos esos rumores de la creación, notas del eterno canto que lo creado levanta á su Creador, se repiten, se hermanan en versos de la inspirada poetisa, que criada en el seno de la naturaleza, parece haberle arrancado su inspiración y haber recibido de ella en premio del amor que la profesa, la esencia de sus divinos aromas.

La poesía de Carolina Coronado tiene un fin; quizá la poetisa no se lo ha propuesto, pero el fin nace de sus mismos versos, que brotan con la espontaneidad con que brota en la mente el pensamiento. Y el centro de gravedad de todas sus ideas es la virtud. Embellecerla, hacerla amable, enseñar el camino que á ella conduce, poseer la virtud, eso enseña Carolina Coronado. Quizá conoce el corazón humano mucho mejor que los filósofos dados á su estudio. El hombre puede llamarse Kant, y escribir la Crítica de la Razon Pura. Sondará los abismos de la conciencia, descubrirá las facultades humanas, señalará sus leyes y hasta sus límites; ese espíritu, con toda su realidad, descenderá á sus investigaciones, y podrá con su mirada de águila llegar hasta el fondo de su medrosa profundidad. Pero el corazón, esa arpa célica que canta herida por todos los vientos, así los que descienden del cielo como los que se levantan de los abismos; el corazón, ese ciego que todo lo vé, ese oráculo que muchas veces hace con sus pensamientos enmudecer á la razón; el corazón, nuestro profeta, imán de todas nuestras acciones; el corazón, lámpara sagrada donde se guarda el fuego de la vida, sólo se revela á la mujer, y por eso Dios la ha destinado para educar el género humano, y por eso la mujer es madre. Fennelon, ese hombre que tiene tantos sentimientos femeniles y delicados, no hubiera podido nunca escribir el *Amor en el matrimonio* de Mme. Staël, esa mujer que tiene tantos sentimientos varoniles.

Así es que el rasgo característico de esta divina poetisa es el conocimiento del corazón humano. Yo no conozco delicadeza, si es permitida la expresión, más delicada. Cuando la poetisa se inclina como el ángel custodioso sobre la cuna de su tierna hija, se siente latir en sus versos el corazón de las madres. Así como repite el pajar de los pajarillos cuando imita los ruidos de la naturaleza, cuando dicta oraciones á su hija, Carolina escoge palabras que revelan el sentimiento de la inocencia, el recuerdo de la niñez. De esta suerte se puede decir que ha recorrido toda la escala de las grandes pasiones humanas, de esas pasiones que conducen nuestra vida á su verdadero puerto. La poesía de Carolina Coronado es una ofrenda en los altares de la virtud. Muchos poetas han puesto al servicio de la desesperación, de la duda, su génio; Carolina parece uno de aquellos místicos cantores que iban anunciando la buena nueva y prometiendo el cielo. Sólo así se concibe y se explica el poeta. Dios no le ha dado inspiración, no ha puesto en su mano esa lira de oro para que atormente al hombre; no, su fin es más alto, el arte es nuestra única consolación. Yo busco siempre en el corazón del poeta un santuario donde guarecerme, para huir de la sociedad y del mundo; le pido palabras para hablar á Dios, le ruego que me levante en sus alas sobre las tempestades y me lleve á mirar frente á frente el sol de la verdad. Para andar por este bajo suelo no le necesito. Yo quiero que el poeta apague la sed de lo infinito que me abraza. Por eso desde niño he amado al Dante, á Calderón, á Lamartine, á todos los que me hablan de mi patria, que yo, aunque pobre y miserable, conozco ser el cielo. Klopstock será por mí bendecido todos los días; si alguna vez la luz de mi fé temblara, la revivirían sus versos. Los ángeles del nuevo testamento han descendido del cielo, invocados por sus poderosos acentos. Pero vosotros, poetas de la duda, vosotros me parecéis siempre a ves nocturnas. Escondeis la luz en las cavernas, la luz que vuestras almas habían bebido en Dios. Yo no conozco poder más grande que el poder del poeta; por eso me duele que su voz se pierda en lo vacío, ó se consagre al mal. Hé aquí la razón principal de la profundísima admiración que me inspiran los cantares de la poetisa de que hablo. ¡Cuántas veces sus versos han secado las lágrimas de los infelices! ¡En cuántas ocasiones el alma dolorida y acongojada se levanta á la esperanza, al dulce son de esa lira que produce tan divinas armonías! ¡Oh! Carolina Coronado no ha perdido el canto, no. Antes cantaba la naturaleza, ahora enseña á orar á su hija. Pero siempre será poetisa. Podrá querer romper su lira, pero la inspiración será siempre el alma de su alma. Carolina, que señala una revolución del espíritu de nuestra poesía, volverá á pulsar su lira. Nosotros lo deseamos en bien de nuestra patria, en bien de las artes. Carolina ha dejado de sus cantares un eco que nunca se perderá.

## III

La poetisa de que tratamos ha cultivado con éxito singular la literatura en todos sus varios desenvolvimientos. Si sus versos respiran ese perfume del sentimiento, su prosa resplandece por su delicadeza y ternura. La lengua española, que tanto tiene de guerrera y fuerte, en las obras de esta poetisa cobra una dulzura indefinible. Indudable-

mente el español muestra en sus composiciones su vária flexibilidad, que es uno de sus más gloriosos timbres. Su prosa tiene también la armonía imitativa de sus versos. *Jarilla*, coronada de flores, vagando por los bosques, pura como el ensueño del primer amor, misteriosa como una de esas sombras que forman los rayos de la luna al quebrarse en la espesa enramada, mirándose bajo la zarza-rosa en el arroyo que lleva en sus ondas las hojas de los lirios del valle, embebida en su pensamiento, del cual sólo le distrae el arrullo de la tórtola, ó el vuelo de la blanca paloma que cruza sobre su cabeza; *Jarilla*, creación purísima de la poetisa, produce con sus sencillas y poéticas palabras cantares tan dulces como las eadechas del ruiseñor en callada noche de estío. La profundidad del pensamiento, la exaltación de las grandes pasiones, el vuelo majestuoso del espíritu sobre las grandes tempestades del mundo, todo lo que forma el género filosófico en la novela, se echa de ver en la *Exclaustrada*, composición capital de la poetisa, que el público aún no conoce, y que es sin duda nueva y desconocida faz de su privilegiado ingenio. Bien es verdad que el público no necesita de nuestros encarecimientos para comprender el sentido filosófico que preside á muchas de las composiciones de doña Carolina Coronado.

El público no ha olvidado, no ha podido olvidar su bellísimo paralelo en *Safo y Santa Teresa*, dos mujeres examinadas y descritas por la delicadísima pluma de una mujer. ¿Donde se encontrará una descripción más acabada y perfecta, observaciones más delicadas, puntos de vista más nuevos? Muchas veces al leer esa bellísima producción he creído ver el mar Egeo, sereno, azul, puro como el cielo de Grecia; sus olas quebrándose mansamente contra la faja de oro de la orilla, la campiña risueña, cubierta de mariposas y de abejas libando aquella miel que gustaban los dioses, y en medio de aquel risueño espectáculo de la vida que late en todos los seres, Safo, con los ojos errando en los espacios, los labios contraídos, trémulas sus manos, rompiendo las cuerdas de su lira, la desesperación rebosando en el pecho, y desde el alto y aislado peñasco buscando con anhelo en el mar la muerte, para apagar en las espumosas ondas el fuego de amor en que arde su corazón. Y después, volviendo los ojos á nuestra España, he visto animada de nuevo por el ingenio poético la hermosa figura de Santa Teresa, de rodillas al pie de los altares, embebida en su pensamiento, apasionada de Dios, que resplandece en su alma como el sol en los puros horizontes, perdida en delirio de amor infinito, en una oración amorosa; con su corazón trabajado por todas las grandes pasiones, que á manera de puro incienso se levantan de la tierra y en azulada nube se pierden en el cielo, y con su pensamiento, animado siempre con ideas infinitas, el fuego amoroso de su abrasado espíritu.

Pocas veces hemos visto con más verdad realizado el poder que Dios decretó al génio, de volver á la vida los seres arrebatados á la muerte. Este trabajo, que llamó profundamente la atención pública, se distingue por una sagacidad tal, que desde luego se ha de ver que los ojos de una mujer de talento, á manera de un microscópio, descubren hasta los más pequeños átomos del sentimiento, hasta los más desvanecidos matices del alma de una mujer. Por eso decíamos en uno de nuestros anteriores artículos, que el génio del hombre podrá estudiar y conocer la profundidad del pensamiento y los abismos del espíritu humano; pero el corazón es un oráculo que sólo revela sus misterios á la mujer. Si alguna duda pudiera haber, léase el paralelo entre Safo y Santa Teresa.

Son también un modelo en su género las cartas, que describiendo un viaje, publicó *La Ilustración*. Sucede con estas bellísimas epístolas lo que sucede con las cartas de un viajero que escribió Jorge Sand. En ellas está impreso el corazón de la mujer. Delante de los monumentos del génio no recuerda la grandeza de los conquistadores, primera idea que asaltaría á un hombre, no; recuerda los torrentes de lágrimas y sangre que ha costado esa gloria, las infinitas madres que en los combates habrán perdido sus hijos, pedazos de su corazón. Cuando entra en las iglesias teatrales de Francia, recuerda el espíritu religioso de la patria, la poesía del culto español, la Virgen, que levantaba en los patrios campos, y que recibió amorosa las flores y los cantares que le ofrecía la inspirada poetisa.

Entre sus más acabados cuadros, donde más luce su ternura, es en la carta que describe una visita al gran Víctor Hugo. La paz del hogar doméstico se vé en esta producción escrita con admirable fidelidad. Carolina se olvida que está delante del génio para contemplar su familia con la ternura del corazón de mujer. Y cuando en aquel santuario, vé cruzar, con sublime presentimiento, el rayo de la desgracia. Y no se engañaba nuestra poetisa. Poco tiempo después, el gran poeta, desde extrañas playas, veía rota la tribuna, el pedestal de su gloria, y esclava su amada Francia; y vertía lágrimas de desesperación, que no podían secar las amadas auras de la patria. Estas epístolas son bellísimas, y es de sentir que no las hayamos visto concluidas. En el arte dramático tiene también Carolina algunas producciones. El demasiao lirismo de su imaginación daña el conjunto del drama. Sin embargo, el lirismo, que en otro tiempo fué blason de los poetas dramáticos, tiene en su contra hoy la prosa que, cual absoluta señora, domina en el teatro. Una literatura superficial, que



se precia de cultivar el sentimiento y apenas llega al corazón, ha querido cortar sus alas al genio, como si Shakespear, Calderon y Schiller dejasen de ser los dioses del teatro por haber dado libertad al lirismo más exaltado en magníficos y monumentales dramas.

Doña Carolina Coronado, en las escenas de sentimiento, arrancará siempre lágrimas á los ojos. Recuerdo una de estas composiciones, en que representa el gran Petrarca, que se queja en sonoliente con tan dulces palabras, que parecen á los suspiros que en los jardines de Valledusa consagra á su adorada Laura, ideal de su vida, alma de su alma.

En las composiciones poéticas, no sabemos qué elegir. El ánimo suspenso, no sabe qué flor escoger de esa preciosa corona. Carolina canta el amor de los amores, la Virgen de la pequeña ermita, la tempestad que cruza por los montes y que estrellan en las cumbres, por sus piés holladas, las olas de electricidad; canta la paloma que bebe en la fuente del valle, el arroyuelo que murmura entre las sonantes cañas, la zarza-roca que dá sus pétalos á las brisas, y si abandonando la naturaleza penetra en el espíritu, su palabra inspirada deja en el sentimiento estrella luminosa de fe y de esperanza. Débilmente he resumido los títulos que tiene á la consideración de su patria. Hoy alguna vez pulsa su lira para dormir á su hija. ¡Qué canto tan dulce! Ocupando hoy tan distinguido lugar en el Parnaso, sus admiradores no renunciamos á verla ceñir nuevos laureles á su frente.

EMILIO CASTELAR.

### EL CANTOR DEL AMOR, FRAUENLOB.

¡Salve, Maguncia, la de oro, fundada por Druso, santificada por Willigis (1) y eternizada por Guttenberg! El catálogo brillante de tus hijos célebres acaba de aumentarse con un nombre ilustre, gracias á las investigaciones del señor Alfredo Boerckel, que encontró en el archivo de la ciudad las noticias sacadas en el siglo pasado por el profesor Müller de documentos de los siglos XIV y XV, que, hallándose en la biblioteca (2) de la catedral, perecieron en 1793 en el incendio de ésta. Era hijo tuyo ¡oh Maguncia! el á quien consideraron hasta ahora cual hijo de Misnia, el incansable encomiador de la Virgen y de las mujeres, el famoso cantor del amor, Enrique, denominado Frauenlob (3), que en el sendero de lágrimas y espigas de la vida no tenía por estrella y ángel tutelar sino á la Virgen Purísima, llegando hasta el cielo sus canciones como aromas exhalados por las flores que matizan las regiones inmensas de la inmortalidad. Era hijo tuyo ¡oh Maguncia!, cabeza de oro del Imperio (4), el Rafael de los poetas de Alemania, el cuyo nombre repiten con aplausos las generaciones de las mujeres nobles, porque él las inmortalizaba llevándolas á las alturas celestiales de la Virgen y dándoles, como Rafael á sus Vírgenes, esa expresión casi divina, que habla á nuestro corazón con lengua de los cielos. Era hijo tuyo el que tenía ese *quid divinum* que derrama la mano del Hacedor sobre el alma del artista, y que le convierte en ángel sin alas capaz de comprender y reproducir todas las sublimidades de la gloria; y ese *quid divinum*, ese principio por el cual existe el artista, ese nervio que le anima, ese fluido que le mantiene, es el amor grande, inmenso, celestial; el amor que Dante llamaba Beatriz, el amor que Petrarca conoció con el nombre de Laura, el amor que animaba las cabezas encantadoras de las Vírgenes del de Urbino. Frauenlob se inmortalizó por las bellezas que le inspiraba la Virgen inmaculada, y la que vale mil veces más que todos las musas del Parnaso, la mujer piadosa y tierna, la mujer dulce y amante, la mujer buena y amada, á quien él enalteció llamándola corona de la creación, flor, gala y gloria de la humanidad, copia de la Madre de Dios, sello de pureza cristaliana y tranquila, arca llena del amor más entrañable, ramo lozano y florido, planta nobilísima en el vergel de amor plantado por el mismo Dios, plenitud de todas las virtudes, manantial de dulzura y de todas las bondades, fuente y origen de todas las alegrías y de todas las aspiraciones, amoroso iman, escudo firme, bálsamo y consuelo en todas amarguras, salvación del hombre que por ella ha de ser partícipe del cielo. Frauenlob cantó el matrimonio, llamándole una pareja virtuosa, que recibe las bendiciones de la Iglesia, viviendo identificada con Dios por su aspiración cristiana; un ornamento del trono del Altísimo, un diamante en el seno de la religión, la diadema de la naturaleza, siendo la perfección y la felicidad del matrimonio los dulces frutos, los niños, la cuna, ese nido de besos, ese espejo de sonrisas, ese manantial de infinitas ternuras.

(1) El gran arzobispo de Maguncia Willigis ocupó la silla arzobispal, desde 975 al 23 de Febrero de 1011.

(2) Cuantos tesoros del saber haya encerrado la preciosa biblioteca de Maguncia, podría suponerse al leer la inscripción que campeaba sobre la portada: «Hé aquí las siete glorias de Alemania: el coro de la Catedral de Colonia, el reloj de la de Strasburgo, el órgano de la de Ulm, las ferias de Francfort, las obras de arte de Nuremberg, los edificios de Angsburgo y la biblioteca de Maguncia.»

(3) Frauenlob quiere decir encomiador de la Virgen y de las mujeres.

(4) El italiano Anselmo llamaba á Maguncia *aurea caput regni*.

Nadie ha recibido, ni antes ni despues del delicado vate de Maguncia, homenajes iguales á los que las mujeres nobles de la ciudad de oro rindieron á su querido cantor Frauenlob, el ternísimo y más piadoso de los trovadores y el más valiente de los caballeros. Ellas, á quienes su lira había circundado con esplendor celestial; ellas, que en vida vertieron rosas sobre su senda cuando salió de la iglesia; ellas llevaban en sus hombros el cadáver de su cantor favorito á la catedral, y derramaban sobre su tumba, que se encuentra en el claustro del templo de Maguncia, rosas, mirtos, hiedras, pámpanos y vino, y las perlas de sus lágrimas abundantes, inundando los despojos del bardo un lago de aromas.

Al recordar tan extraordinarios honores, que esas divinas criaturas, esos ángeles de la vida, esas estrellas del Paraíso que se llaman mujeres, tributaron al que vertía en ellas todo su corazón y toda su alma, siento que yo esté tan lejos de nuestro Madrid amado, para visitar en el cementerio al que fué en vida objeto de mi veneración y cariño, y para depositar una flor sobre la tumba que encierra al finado tan modesto como ilustre, tan bondadoso como genial, al padre de los poetas, y segundo padre mio, al padre Hartzenbusch, cuya muerte llorarán siempre las Musas que le admiraron, Madrid que le vió nacer, florecer y morir, y Colonia, que vió salir á su padre para España, y que jamás vió al ilustre hijo, el decano de las letras españolas en el siglo presente, cuyos ojos cerró el sueño eterno el 2 de Agosto de 1880. Hartzenbusch, á quien veneraba España entera; Hartzenbusch, el admirador de Cervantes, habrá exclamado con el creador del Quijote cuando sintió desfallecer sus fuerzas: «Todo es bueno en la vida... hasta la muerte.» Yo, que le abrazaba todavía el año pasado en Madrid, tendré siempre una lágrima para llorar su pérdida y una bendición para honrar su memoria.

Pero olvidábase nuestro objeto dejando correr la pluma á su antojo.

El que cantaba las glorias de la mujer mientras duraba en él la ardiente llama de la vida, pero que él mismo parece que no conoció las dulzuras del matrimonio, ese templo de alegrías del paraíso terrenal; el que eligió por ideal á la Virgen, esa cándida flor que brotó del tronco de David, ese lirio de castidad, esa violeta de humildad, ese cielo de claridad, esa corona de bondades, y que lleno de pasión y de piedad cantaba á la vez á la Madre de Dios, á las Cruzadas y á las aventuras amorosas de los caballeros, siendo él propio un caballero modelo se llama *Henricus ad parum* ó *Enrique zur Meise* (no Enrique de Misnia, según hasta ahora creyeron por equivocación, cambiando su nombre Meise, que quiere decir *paro*, en Meissen, que es el nombre alemán de la ciudad de Misnia). Ostentan sus armas un paro.

Nació Enrique zur Meise, denominado Frauenlob, en Maguncia, en el año de 1270, del concejal Diether zur Meise y de la noble Brentza de Guldendrad. Recibió su educación en la ciudad de su nacimiento, en ese peregrino pedazo de cielo caído en la tierra, siendo las orillas del Rin la rosa en el huerto de Alemania. Recorrió el mundo como cantor y caballero. ¡Qué de veces celebraba triunfos en los torneos, siendo por doquier el centro brillante de las fiestas! Y en su patria fundó la primera escuela de *Meistersinger* (maestros cantores), en que se cultivaba el canto, tomando las otras escuelas de Alemania por modelo la de Maguncia, en que las canciones de Enrique Frauenlob y de Herman Damen, pareciéndose ora á la alondra que flota en el éter puro, ora al risueño que se siente atraído por la tierra, ora al águila que eleva su raudó vuelo hasta el sol, encantaban todos los corazones. La creación más hermosa de Frauenlob es su poema titulado *Das Hohelied* (el cántico de los cánticos).

La envidia cortó el hilo de su existencia: el dulce cantor fué envenenado en Maguncia en 1318 por el italiano Servacio, rival vencido por él en el canto. La lápida sepulcral de Frauenlob, que se rompió en 1744, fué reemplazada en 1842 por un monumento que labró el célebre Schwanthaler, y que se encuentra en el claustro de la catedral de Maguncia.

Me asocio con toda mi alma á la idea del señor Boerckel de que las mujeres y todos los amantes de la poesía y del canto deberían contribuir á que se erija una estatua al genio inmortal del príncipe de los trovadores del Rin, al cantor que, celebrando como el que más á las mujeres, decía: «Juro que no hay nada en el mundo que alivie tanto las desgracias del hombre como una mujer que ama.»

Cambian las formas; hoy nos parecen confusos y refinados algunos cantos de Frauenlob; pero lo que no morirá nunca es su espíritu, que se despliega brillante, y que, eternamente joven, penetra en todos los corazones.

JUAN FASTENRAHT.

Colonia 2 de Diciembre de 1880.

### DEL COMERCIO

Y DE LA INDUSTRIA PESQUERA EN LA COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA.

#### I

Importancia del comercio del Sudan y su relación con Santa Cruz de Mar Pequeña.

Todo el mundo sabe que el Sudan, y compren-

demos con este nombre el Africa central, es un país inmenso, tan grande casi como Europa, con una población de más de 40 millones de habitantes y de una riqueza incalculable por la variedad de sus producciones naturales: allí la caña de azúcar, que en otros países forma la base de una gran producción, es el pasto de los elefantes, los jabalíes y los búfalos; el oro en polvo alterna con los *cauris* (1), pequeñas conchas que se encuentran en el Mediterráneo y mar de las Indias, para servir de moneda corriente en las transacciones comerciales; abunda el ganado de todas clases y constituye una parte interesante de su comercio las pieles de búfalo, la cera amarilla, la pimienta negra, el almizcle, la asa-fétida, las hojas de Sen, las plumas de avestruz y las maderas tan requeridas en Europa como el ébano y el sándalo.

El aceite de palma es allí una gran riqueza, pues solamente los ingleses exportan más de 276.000 bocois cada año por los puertos de Calabar-nuevo y Bonny, en el golfo de Guinea, dando en cambio barras de hierro, collares de ámbar del Báltico, perlas falsas, botellas, pólvora, municiones, algodones, paños, etc.

Por las factorías francesas del Senegal se exportan anualmente más de 30 millones de kilogramos de goma arábiga, que los franceses reciben en cambio de guineas, ó sean telas de algodón y otros objetos de quincalla.

Allí el marfil es tan abundante y tanta la exportación que se hace desde muy antiguo por la parte de la costa comprendida entre el Cabo Palmas y el de Tres Puntas, que los portugueses, primeros colonizadores, la llamaron *Costa dos dentes*, y hoy es conocida con el nombre de Costa del marfil.

Además de las grandes exportaciones que ya hemos visto se hacen por la dilatada costa que media entre el Senegal y el Golfo de Guinea, no es ménos importante el movimiento comercial que se viene realizando por tierra. Diariamente salen expediciones de inmensas caravanas en todos sentidos, lo mismo hacia el Cairo, siguiendo el antiguo camino de la Meca para dar salida á los productos en el Alto Egipto y Mar Rojo, como hacia los puertos del Mediterráneo y del Atlántico, despues de satisfacer las exigencias del Comercio en las Regencias de Trípoli y Túnez, Colonia Francesa de la Argelia y últimamente en el Imperio de Marruecos.

Algunas de las caravanas que hacen el comercio hacia el Nord-Este de Africa parten de Kano, en donde se concentra el comercio más importante del Sudan oriental, y hacen escala en Katsena, situados ambos pueblos en los Estados de Haussa, cerca de los rios Komaduc y Sokoto, tributario el uno del gran lago Ghad y el otro del famoso Níger en el reino de Gando. Atraviesan luego por Tasawa y Agades en los límites de las *lluvias tropicales del Desierto* de Sahara; siguen por el reino del gran oasis de Air, en donde se cosecha en grande las hojas de Sen, y continúan por Ghat y Ghadamis con dirección á los puertos de Trípoli y Túnez.

El retorno de estas caravanas se hace con productos europeos, cuyas mercancías tienen que pasar por diferentes manos, llegando, por consiguiente, á su destino considerablemente recargadas. Un fardo, por ejemplo, preparado en Túnez, es preciso que un comerciante tunecino lo envíe á Cabes, último oasis meridional de aquel pequeño Estado, y allí lo compran los comerciantes de Ghadamis para llevarlo á este último punto, en donde pasa á otros traficantes, y mezclados con los envíos de Argel, Trípoli y Egipto, se trasporta en la gran caravana de Ghat, punto de descanso en donde tiene lugar el cambio de los productos europeos por los del Sudan. Desde Ghat, la expedición ya va directamente al Sudan oriental ó País de los Negros, bajo la custodia de los Tuareks, pasando por Air, Agades, Sokoto y Kano, término de la expedición.

Sin embargo de tan grande distancia como hay que recorrer y de tantas manos por que tienen que pasar las mercancías, el movimiento comercial es importante y aun resulta una ganancia líquida de mucha consideración.

La expedición científica de Ghadamis que hicieron los franceses en 1862, nos proporciona los datos oficiales necesarios para convencernos de esta verdad. Según los informes recogidos por la misma comisión en la aduana de Trípoli, el movimiento comercial de importación y exportación del Sudan, verificado solo por dicha aduana en los meses desde Setiembre de 1861 á Octubre de 1862, es el siguiente:

Importación.	Francos.
50.000 piezas de Malti (colonia blanca) valuada á ocho francos pieza...	400.000
500 » de Amburguin á 17,80.	8.600
10.000 » de otras cotonias á 36..	36.000
25 fardos de 12 piezas de hilo llamado Londrin.....	28.000
10 » de tela Thibet.....	20.000
Objetos de vidrio.....	240.000
600 resmas de papel.....	14.000
20.000 kilogramos de sedas de colores....	120.000
5.300 metros de raso.....	120.000
20.000 panes de azúcar á 0,500 kilos....	12.000

(1) 250 valen una peseta 25 céntimos.



Agujas.....	8.000
Pequeños espejos.....	10.000
Sables de dos filos.....	24.000
Varios objetos.....	5.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.016.600</b>

*Exportacion.*

Dientes de elefantes.....	600.000
Plumas y despojos de avestruces.....	220.000
Cera amarilla.....	20.000
Piel curtida.....	36.000
Hojas de sen.....	5.000
Polvos de oro.....	600.000
Piel ó despojos de fieras.....	2.000
Bekhor.....	3.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.486.000</b>

Las utilidades líquidas que produce una operacion comercial por la línea de Trípoli, Ghadamis, Ghat, Agade, y Kano, segun los datos suministrados por El-Hadj-Amed-Mecrouren, representan un interés de 36 por 100 del capital, como se puede ver por la siguiente demostracion:

	Mahabouhs.
Se compra en Trípoli una carga de cotonias que contienen 50 piezas, á razon de 3 1/2 mahabouhs (1) la pieza.....	175
Gastos de embalaje.....	3
Trasporte de Trípoli á Ghadamis.....	6
Idem de Ghadamis á Ghat.....	7 1/2
<b>Coste de la mercancia en Ghat,...</b>	<b>191 1/2</b>

	Cauris.
Gastos de trasporte desde Ghat á Kano.....	54.000
Derechos del sultan de Agades.....	10.000
Idem de Tasawa.....	3.000
Id. del jefe de Katsena.....	3.000
Id. de introduccion en Kano.....	100
<b>TOTAL.....</b>	<b>70.100</b>

En Kano las 50 piezas de cotonia valen 15.000 cauris cada una y las 50 importan.....	750.000
Rebajando los gastos.....	70.100
<b>Queda un producto neto de cauril.</b>	<b>679.900</b>

	Cauris.
Con este capital el comerciante compra en el Sudan 280 libras de marfil de buena calidad á 225.000 cauris el cantar (2).....	630.000
Trasporte de Kano á Ghat.....	35.000
Gastos de embalaje.....	3.000
Derechos del sultan.....	5.000

Las 280 libras tienen de coste en Ghat.....	675.000
---	---------

Próximamente la misma cantidad que se realizó con la venta de las 50 piezas de cotonia.

	Mahabouhs.
Al llegar á Trípoli el marfil se vende á 100 mahabouh cada 100 libras.....	280
Trasporte de Ghat á Trípoli.....	13 1/2
Derechos de aduanas.....	5 1/2
<b>Producto neto en Trípoli.....</b>	<b>261</b>
Valor de la mercancia comprada en Trípoli para realizar esta operacion.....	191 1/2
<b>Beneficio.....</b>	<b>91 1/2</b>

Como se vé, la operacion comercial realizada por esta línea ofrece un grande estímulo; pero son muchísimo más importantes las utilidades haciendo las expediciones por el occidente del desierto con direccion á Timbóktú. Por eso, las caravanas que de Oriente y del Norte se reúnen en Ghadamis, á no tener un objeto determinado, en lugar de dirigirse á Kano toman la direccion de aquel punto, buscando el mercado central de Goleah por medio de la tribu santa de los Scheriffs ó de la tribu guerrera de los Schambahs. Despues se esparcen en los oasis interiores atravesando el Desierto hasta llegar á Timbóktú con escolta de los poderosos Taureks.

Veamos el resultado de la misma operacion hecha por esta línea:

(1) Moneda de oro que vale 20 pesetas.  
(2) Tres cantars constituyen una carga de camello.

Se compra en Trípoli una carga de 70 piezas de Malti á razon de 2 mahabouhs pieza.....	140
Gastos de embalaje.....	3
Trasporte de Trípoli á Ghadamis.....	6
De Ghadamis á Touat (Ain-Salah).....	10
De Ain-Salah á Timbóktú.....	45
Derechos á los Touareks Hoggar.....	5
Id. á las kabilas nómadas.....	10

Coste en Timbóktú.....	219
La pieza se vende en este punto á 1 1/2 milkals y el importe de las 70 reducido á mahabouhs.....	315

<b>Beneficio.....</b>	<b>96</b>
-----------------------	-----------

Es decir, 45,7 por 100 del capital; 9,7 por 100 más que en la expedicion por el Oriente en direccion á Kano, y esto sin contar con la ganancia que se obtendria retornando el cargamento con plumas, polvos de oro, etc.

Así como Kano es el punto de comercio más importante del Sudan oriental ó Nigrícia, Timbóktú es el gran centro comercial del desierto de Sahara y una inmensa parte de todo el Sudan.

Timbóktú situado en la parte Norte del Sudan occidental hácia el centro del Desierto, tan distante de casi todos los puntos de la costa occidental de Africa desde el Senegal hasta los territorios independientes del Guad-Num y Sus, como de los límites de la parte Sur del Tezzan y de los Oasis meridionales de Marruecos, puede atender, sin diferencias sensibles de distancia, lo mismo á los grandes mercados del vasto territorio del Sudan, que á los de Agades, Ghat, Ghadamis, Goleah, Oasis de Touat y Taflete en el Desierto, como de la costa al Sur del Atlas, que hace frente á nuestro Archipiélago Canario; Timbóktú, casi besando las márgenes del Níger, que unas veces parece rio, otras se estiende y dilata como el mar en su inmenso trayecto de cerca de 600 leguas cruzando numerosos países y un sinnúmero de pueblos importantes de Guinea Alta y la Nigrícia, desde los montes de Kong, en que tiene su nacimiento, hasta desembarcar en el fondo del Golfo de Guinea por la costa de Bennisse, parece destinado providencialmente por la naturaleza para ser el gran centro comercial de todo el Norte de Africa.

Y en efecto, Timbóktú es ya un gran depósito á donde acuden todas las producciones de una gran parte de la Senagambia, de Guinea Alta y del Sudan oriental ó Nigrícia, por medio de las comunicaciones fluviales que ofrece el Níger y sus afluentes los rios Sokoto, Magarron y Benuue. Allí los comerciantes ó mercaderes de todos aquellos países hacen los cambios de sus frutos por los productos europeos, como sederías, algodón, paños, quincallas, azofar, papel, perfumes, etc., y algunos otros frutos que importa de Marruecos; allí se preparan las grandes caravanas en varias direcciones para dar salida á los productos del país, caravanas inmensas, algunas de las cuales, un autor tan respetable como César Cantú, hace subir á la enorme cifra de 20.000 hombres y doble número de camellos.

Timbóktú, pues, es el punto luminoso hácia donde se dirigen las miradas del mundo comercial.

Hoy su comercio de Timbóktú se esparce en diferentes direcciones, porque todos los puertos de exportacion están igualmente distantes y no se nota una gran diferencia en las utilidades de una á otra expedicion. ¿Pero sucederia lo mismo el dia en que se abriera un puerto franco al Sur del Atlas, en Santa Cruz de Mar Pequeña, por ejemplo? Desde aquel instante, las expediciones ganarian un 33 por 100 cuando ménos, en los gastos de traslacion desde Timbóktú al puerto, y la supresion de los derechos enormes que hoy se cobran en las Aduanas, produciria otra ventaja que decididamente llevaria al nuevo puerto todo, absolutamente todo (el movimiento comercial de Timbóktú que ya hemos visto ha de ser, con el tiempo, el mayor mercado de toda Africa.

La gran arteria comercial de Timbóktú se dirige hoy por Taflete, Metrópoli de la tribu de los Scheriffs, al encuentro de los comerciantes de Fez, así como por los mercados de Guad-Num y Tazerualt, se ponen en comunicacion con los comerciantes de Marruecos, quienes á su vez, se encargan de trasladar las mercancías, atravesando costosa y penosamente el Atlas, al único punto habilitado en la costa occidental de Africa, que la política del Gobierno marroquí ha situado en Mogador.

Los traficantes del gran centro comercial de Taflete están acostumbrados á aprovecharse sólo del rico comercio de las caravanas del Desierto, y á tener en sus manos el monopolio de las gomas, del marfil, de las plumas de avestruz, de las joyas de Jinníe y del oro del Sudan.

Abierto al mercado del mundo el puerto de Santa Cruz de Mar Pequeña, muy en breve seria más importante que Mogador y que todos los puertos comerciales del norte de Africa.

¿Debe España contribuir á esta grande obra de civilizacion y de progreso?

Si lo quiere, deje á un lado meticulosas consideraciones mal correspondidas, y con el tratado de paz de 1860 en una mano y la espada de la justicia en la otra, abra una puerta en Africa frente á las islas Canarias en Santa Cruz de Mar Pequeña ó en Santa Cruz de Agadir, que por ella, aunque parezca otra cosa, bien pronto descubriremos los grandes horizontes de un porvenir no lejano.

II

Importancia política de Santa Cruz de Mar Pequeña.

Bien sabemos, que una posesion nuestra en Santa Cruz de Mar Pequeña, arrancando del tratado de paz con Marruecos de 1860, no podrá nunca tener la importancia comercial que le hemos atribuido, mientras nuestras relaciones con aquel país nos obliguen á reconocer la soberanía del Sultan en los territorios de Sus y Guad-Nun: ¿pero es de presumir siquiera que estas relaciones continúen inalterables eternamente? ¿Puede España estar satisfecha de la buena fé y de la lealtad del Gobierno marroquí en su conducta relativamente al cumplimiento del art. 8.º de dicho tratado, con arreglo al que ha debido entregar hace veinte años un territorio en aquel punto para el establecimiento de una factoría industrial? ¿Puede esperarse confiadamente que el Gobierno de Marruecos haga la entrega de dicho territorio sin nuevas é interminables dilaciones? ¿Aprobará el Gobierno marroquí el emplazamiento de Santa Cruz de Mar Pequeña en la desembocadura del rio Ifni, segun lo han convenido los representantes de ambos Estados? ¿Continuará alegando el Emperador de Marruecos que no tiene autoridad sobre las kabilas que dominan aquel país, despues que éstas han manifestado su conformidad en un documento solemne? Posible nos parece que si el Gobierno español no se reviste de la firmeza de carácter y de la energía que es menester, continuará indefinidamente este estado de cosas, sin que llegue jamás la ocasion de que tenga puntual cumplimiento el tratado de Wad-Ras. Posible es, que despues de mucho tiempo perdido con inútiles é innecesarias negociaciones diplomáticas, en que llevamos la desventaja de la sinceridad, de la lealtad y de la honradez, se convenza el Gobierno español de que nada puede darnos el Emperador de Marruecos en Sus y Guad-Nun, de que falta premeditadamente al cumplimiento de los tratados, y de que nada tenemos que temer como nacion, ni para nada nos hace falta su amistad.

¿Por que tanta consideracion y miramientos con un Gobierno décrepito sin otra fuerza que la astucia ni otra diplomacia que el eterno mañana? ¿No estaríamos suficientemente justificados ante el mundo político si rompieramos el tratado de paz que á nada conduce ni de nada nos sirve, para poder utilizar libre y desembarazadamente la amistad y buenas relaciones con los jefes independientes del Sultan que dominan exclusivamente sin interrupcion ni protestas armadas en los fértiles territorios de Sus y Guad-Nun?

¿Qué consecuencias desagradables podria tener para nosotros esta política enérgica, de fines nobles y levantados, por más que contrariara los menudos intereses de una nacion que está en abierta lucha con los principios eternos de progreso en el órden moral y material de los pueblos?

El estado político social-administrativo de ese país, ¿puede inspirar al Gobierno español la consideracion y el respeto que le dispensa? ¿Su continua y creciente descomposicion no debe preocuparnos lo bastante para pensar seriamente en la eventualidad es del porvenir?

Un país en que el Gobierno no ejerce verdadera autoridad, porque á fuerza de querer una centralizacion exagerada, cae ridículamente en el extremo opuesto de una descentralizacion que casi es la negacion del estado; un país en que la propiedad, lo mismo que la vida de los súbditos, está pendiente de la voluntad caprichosa del hombre hasta donde alcanza la fuerza bruta sin la garantía de la ley; un país en que la desmoralizacion de las costumbres ha llegado á los últimos límites sin ningun freno moral ni la represion física necesaria; un país en que apenas se conoce lo que son servicios públicos, sin caminos, correos, policía urbana, ni seguridad individual; un país en que no hay justicia ni equidad en el reparto de los impuestos ni de las cargas públicas, donde los unos son señores y esclavos los otros; un país en que nadie se cuida de la cosa pública, teniendo en un verdadero estado de abandono, lo mismo las minas, riquísimas en oro y plata y otros metales preciosos, que la agricultura, la industria y el comercio, con una administracion abandonada y egoista que no se cuida más que de aumentar indefinidamente los ya famosos tesoros de Mequinez; un país de esta manera constituido á las puertas de la culta Europa, no puede resistir mucho tiempo sin caer bajo el peso de su propia desgracia, por ser incompatible con el espíritu y la tendencia moral y política de las sociedades modernas.

El imperio de Marruecos está llamado, pues, á sufrir un grande estremecimiento político-social.

Para cuando este caso llegue, las naciones de Europa hace algun tiempo que se están preparando: sólo España parece indiferente á estas eventualidades del porvenir, cuando tiene al Norte de ese imperio puertos tan importantes como Ceuta, Melilla, Peñon de Velez de la Gomera é Islas Chafarinas; al Occidente, hácia el Sur del mismo imperio, el puerto de Santa Cruz de Mar Pequeña, y enfrente de centinela avanzada, esas que parecen las últimas estribaciones del Atlas y constituyen el archipiélago Canario en un lugar apartado de la madre patria, sin otra vecindad que el continente africano, herméticamente cerrado á todo contacto, á toda relacion comercial.

El dia que tenga lugar aquel estremecimiento político-social, ¿qué vá á hacer España? ¿Verá con impasible indiferencia cómo los ingleses, franceses



y alemanes se reparten el imperio? ¿Cuál es su pensamiento para este caso probable? ¿Pretenderá ensanchar las demarcaciones de los presidios del Norte de África? ¿Intentará adquirir nuevos territorios por esa misma parte, en cabo de Aguas, por ejemplo, cuya idea hemos visto iniciar con más talento que fortuna? Lamentable error sería por parte del Gobierno español abrigar semejante quimera. Nuestro interés y nuestro puesto, si hemos de tener alguno en la grande obra de la civilización del Africa, no están seguramente al Norte, sino al Sur del Atlas, en donde verdaderamente han de tener lugar los grandes acontecimientos que se preparan para llegar á la futura regeneración moral y política, agrícola, industrial y comercial de la parte Norte del gran continente africano.

Al Sur del Atlas hay un territorio formando un trapecio que lo limita al Occidente el mar Atlántico con una costa de 180 millas y uno de los puertos, quizá el mejor de toda la costa occidental de Africa; al Norte, el famoso Atlas casi inaccesible para un caso de invasión, y al Oriente y Sur por el río Draah, límite natural del desierto de Sahara. Este país lo constituyen los territorios de Sus y Guad-Nun al Occidente, y Guzela y territorio del Draah al Oriente. País montañoso en unas partes formando caprichosos y riquísimos valles; llano en otras, y cruzado de ríos por do quier; rico en producciones de todas clases, y de excelente temperatura y clima sano; perfectamente poblado de gentes valerosas y aguerridas. Este país, pues, por todas estas consideraciones está llamado á constituirse en un Estado grande y poderoso, luego que tenga lugar, cualquier estremecimiento político en el Imperio, á poco que le ayude moralmente con su espíritu civilizador una nación cualquiera.

España tiene escrito en el gran libro este destino: le corresponde por la historia, que recuerda á cada paso que se dé en la costa, los restos de una fortaleza ó de un monumento levantado allí por nuestros hermanos en los siglos xv y xvi; le corresponde porque tiene más que nación alguna el afecto y las simpatías de aquellas kabilas guerreras é independientes, y le corresponde, en fin, por que son unos mismos los intereses y uno mismo el enemigo, que es la política egoísta del emperador de Marruecos.

Si llega un día, que sí llegará, á proclamarse la independencia de este Estado, y constituyeran aquellos habitantes un Gobierno con principios ajustados á la moral, que abra las puertas de aquel país al progreso y á la civilización moderna, ¿podría España dejar de reconocer la independencia y autonomía del nuevo Estado?

No sólo sería de su deber reconocer el hecho, sino dirigir los primeros pasos de aquel Gobierno naciente, sacando las mayores ventajas posibles para los intereses materiales, morales y políticos del mundo civilizado.

Mucho podría contribuir á estos fines de inmenso porvenir la posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, si aquellos agobiados habitantes encerrados en un círculo de hierro por la intolerancia del Gobierno de Marruecos, vieran que nosotros iniciáramos desde los primeros momentos una política de atracción y de facultades en favor de aquel pensamiento tan grande como generoso, y en lugar de construir un fuerte en aquel sitio como quieren algunos, con mejores deseos que conocimiento del asunto, procuráramos por todos los medios establecer comunicaciones amistosas y frecuentes con aquellas kabilas, que poco á poco irían ofreciendo ellas mismas verdaderas garantías, como las han ofrecido antes de ahora, lo mismo los jefes del territorio del Sus que de Guad-Num. Agentes hábiles y conocedores del país con recursos y medios proporcionales á su delicada misión; auxilios eficaces para defenderse de la tiranía de aquella administración, surtiendo sus mercados con los productos europeos necesarios á la vida; seguridades de nuestra amistad y buenas relaciones en todas las eventualidades del porvenir; hé aquí lo que nos abriría por completo el corazón de aquel país tan trabajado por la desgracia. Y si la posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, puede facilitar un fin tan noble y levantado, ¿habrá quien ponga en duda su grandísima importancia política?

Pero en tanto no llegan estos tiempos, por todos los españoles deseados, mientras el tratado de paz de 1860 sea un compromiso para nosotros á la vez que un papel inútil para el Gobierno marroquí, seguramente no podremos inspirar la misma confianza á aquellos jefes de kabilas que ven siempre una amenaza en el imperio; pero no por eso habrá de ser perdido el tiempo si nuestros agentes en Santa Cruz de Mar Pequeña comprendiendo la importancia de su misión, preparan los ánimos favorablemente á nuestros fines para el caso probable de un rompimiento de relaciones con el imperio, y entre tanto procuran auxiliar con sus conocimientos y sus recursos los primeros comerciantes, que de seguro los habrá, para conseguir que las kabilas vayan á hacer el comercio fuera de los límites morales del imperio y á proporcionarse allí los recursos que no pudiéramos llevarle en los primeros tiempos por el puerto de Santa Cruz de Mar Pequeña; hasta que por la fuerza de los acontecimientos, ya que no sea por virtud de nuestra iniciativa, se abra aquel puerto á los fines civilizadores que está llamado á realizar.

JOAQUÍN BAEZA.

## PENSAMIENTOS COGIDOS AL VUELO.

Ante todo, no me habéis tan ciegamente de la libertad humana, porque me vais á hacer creer que la virtud es una tiranía.

Yo sería el ser más libre que pisa la tierra si me pudiera rebelar contra mi propia conciencia, obstinada en encadenarme al yugo de mis deberes.

Nada hay en el mundo que me mortifique tanto como el recuerdo de tu inconstancia. Pues bien, yo no sé pensar más que en ese recuerdo que tan cruelmente me mortifica.

Ahora bien; ¿por qué queréis hacerme creer que mi pensamiento es libre?

¡Libertad! Hé ahí un deseo continuo que acabará por indisponernos con nuestras obligaciones, y por malquistarnos con nosotros mismos.

Enseñanza libre quiere decir que todo puede enseñarse.

He aquí el profesorado:

Los enfermos enseñan la lengua.

Los pobres enseñan los codos.

Los perros enseñan los dientes.

Cualquiera enseña los puños.

¡Quién no enseña la oreja!..

En el lenguaje vulgar, que es el sentido comun del lenguaje, la palabra libre suena lo mismo aplicada á una mujer que á un hombre.

En ambos casos quiere decir lo mismo.

La filantropía es el recurso de que se vale el egoísmo, que es humano, para huir de la claridad, que es divina.

Es la tierra volviéndole la espalda al cielo.

Me inclino á creer que eso que llamamos publicidad es una ficción de nuestras costumbres, porque no consiste precisamente en lo que se habla á voces, sino más bien en lo que se dice al oído.

Todo lo sabemos, es verdad, pero lo sabemos en secreto.

Hay una especie de instrucción privada fuera de las Academias, de los Institutos y de las Universidades, que constituye un estudio muy importante para los que pretenden tener al dedillo los elementos de la historia contemporánea.

Cada descubrimiento de esta ciencia auxiliar que se va formando por sí misma, se trasmite de individuo á individuo, de casa en casa, de familia en familia, de círculo en círculo, con el mayor secreto.

Murmuración se llama esta ciencia.

Ella todo lo averigua, todo lo explica, todo lo sabe y todo lo dice.

Constituye una especie de comercio mútuo, íntimo, cambio recíproco y continuo de cuentos, fábulas, historias... que se establece en toda reunión amena de seres humanos.

Murmurar es una de las cosas vergonzosas que todos hacemos.

La murmuración se parece al humo.

¿En qué?

En que se disipa pronto y en que ennegrece todo lo que toca.

A la vez se parece á la lima sorda en que corta sin ruido, y á la gota de agua en que rompe la piedra.

Véase que disparate: murmurar es sacar á relucir las oscuridades de las vidas ajenas.

Dice la Gula:

«¡Dios mío! ¿Por qué las perdices escabechadas no han de ser tan grandes como los ayestruces?»

Dice la Avaricia:

«Si todo fuese mío, aún seguiría codiciando lo ajeno.»

Dice la Pereza:

«Mañana.»

Dice la Envidia:

«Lo que más deseo, es lo que más aborrezco.»

Dice la Soberbia:

«Yo.»

Un billete de Banco no es más que una pregunta absurda.

Prestadle atención y vereis que dice:

«¿Dónde está el dinero que yo llevo?»

Tres cosas alemanas, ante las que me detengo siempre que pienso en ellas:

La cerveza, que no me gusta.

La filosofía, que me mareo.

Y la música, que no la entiendo.

La velocidad de la locomotora, la rapidez del telégrafo, la precipitación de los sucesos... todo nos dice que vamos á escapar.

¿Quién nos persigue?

Parecemos criminales descubiertos que huimos de la justicia de nuestra propia vida.

La ambición es la pasión humana que tiene más necesidades.

Para bañarse necesita el Océano.

Para navegar necesitaria todas las aguas del diluvio.

En su mesa hay que servir elefantes en salsa y ballenas en conserva.

A falta de estos alimentos devora pueblos y engulle naciones enteras.

La economía ó es una necesidad antigua ó una ciencia moderna.

Como necesidad, aconseja el ahorro, y como ciencia aconseja el lujo.

Y véase de qué manera un hombre puede ser á la vez dos cosas enteramente opuestas.

Una, si es económico.

Otra, si es economista.

He visto amanecer algunas veces y hé aquí lo que he visto:

Algo de ese interés inquieto con que una mujer arregla sus cabellos, compone la sonrisa, dulcifica las miradas y pregunta á los espejos, cuando el reloj incansable interpone los últimos segundos entre el hombre que viene y ella que espera:

Algo del asombro con que Adán debió ver por primera vez entre las frondosidades del Paraíso los delicados contornos de Eva:

Algo del desorden de vestidos y joyas, de adornos y colores, de cintas y lazos, que aparece en el cuarto de una actriz pronta á salir á la escena:

Algo del movimiento de palabras y de sílabas en que debe hervir la cabeza de un poeta en los misteriosos instantes en que toma forma luminosa su pensamiento:

Algo del resplandor indefinible que brilla en los ojos en el punto mismo en que van á romper en llorar.

Algo en fin del relámpago que ilumina los semblantes más tristes en el momento en que la boca va á sonreír.

Después... después no he visto nada, porque ya era de día.

Los árboles tienen copas y los pájaros anidan en las copas de los árboles.

Los sombreros tienen copas y los hombres meten las cabezas en las copas de los sombreros.

Véase por qué las cabezas de los hombres suelen irse á pájaros.

El frío es la ausencia del calor.

La oscuridad es la ausencia de la luz.

La muerte es la ausencia de la vida.

De la misma manera el error es la ausencia de la verdad.

Por eso la verdad es el calor, la luz, la vida.

Por eso el error es el frío, la oscuridad, la muerte.

El espectáculo de las buenas acciones es el ejemplo.

El espectáculo de las acciones vergonzosas es el escándalo.

J. SELGAS.

## Á LA MEMORIA DE D. JOSÉ MARUGAN.

*Integer vili scelerisque purus...*  
HORACIO.

¿Por qué hemos de conmemorar solamente á los que han hecho ruido en el mundo y hemos de olvidar á los que silenciosamente le hicieron beneficios? ¿Por qué tanto incienso á los soberbios y tanto desdén á los humildes? ¿Por qué eternizar la memoria de los grandes talentos y relegar al olvido la de los grandes caracteres? ¿Acaso por que á los unos les mima la fortuna ciega y á los otros otros persigue la implacable adversidad! Entonen los que quieran himnos de alabanza á los que se ilustran por la palabra, por el pincel ó por la pluma: yo ensalzaré á los que enseñan con su conducta y se consagran á hacer el bien con sus obras. Levanten sus admiradores estatuas y mausoleos á los que á fuego y sangre sojuzgaron los pueblos y los deslumbraron con el brillo aterrador de sus espadas: yo pondré hoy una piedra miliar sobre la oscura tumba de un hombre modesto que, en la fortuna como en la desgracia, en la vida pública como en la privada, hizo bien al país con sus actos y le aleccionó con su ejemplo.

Era D. Juan Marugan uno de aquellos fervorosos creyentes en la libertad y en sus virtudes, que allá por la época de nuestra regeneración política se propusieron devolver al pueblo español sus perdidas libertades y sus antiguas glorias, poniéndolas al abrigo de lamentables equivocaciones y de las felonías de sus implacables enemigos: pléyade luminosa de esforzados patriotas que consagraron á aquel intento sus vidas, sus nombres, sus fortunas, su reposo, sacrificando en aras de tan noble propósito cuanto hay que sacrificar en el mundo. Amigo y admirador de Mendizábal, Marugan le auxilió modestamente en el poder y le acompañó fielmente en su caída. Sabiendo vivir con muy poco y honrándose con el tra-



bajo no le arredaban las cesantías; y obrero infatigable, allí estaba siempre donde hubiera que mover ó remover una piedra, donde hubiera que quitar un obstáculo ó que poner un puntal para ir levantando el costoso edificio de las públicas libertades.

Los sucesos del año 40 le llevaron á la jefatura política de la provincia de Salamanca, donde demostró con hechos de imperecedero recuerdo lo que valen y lo que pueden el amor al bien público, la fé en los principios, la entereza de carácter, la rectitud del juicio, la justicia en los acuerdos y la perseverancia en la persecucion de nobles y bellos ideales y propósitos.

Gran programa de ellos para los jefes políticos de provincia era la célebre Instrucción del no ménos célebre ministro, D. Francisco Javier de Burgos. Pero bien sabido es lo que han hecho de aquel programa casi todos los Gobiernos y casi todos los gobernadores civiles; reducir todos aquellos ideales á uno solo, el de conservarse en el poder: teoría conservadora de pura, aunque no clara estirpe, y siempre de actualidad en nuestro país. Ministro hubo del ramo, y por cierto de lo más notable en el gremio, que al recibir á fin de año, de un bisono y cándido gobernador de provincia la Memoria que es de cajón en otros países, en la cual se relacionan los elementos y las necesidades de todos géneros que tiene el departamento ó la provincia, los medios de fomentar los intereses morales y materiales de la misma y de reformar los vicios, abusos y corruptelas de que adolecer pueda la administracion pública en sus varios centros y esferas, contestó al celoso funcionario: «no se moleste usted en escribir idilios: ocúpese y preocúpese solamente de lo que le tengo recomendado.» Y la recomendacion es hoy harto conocida, aunque más no sea que por sus efectos, es ya como de ritual en el gremio conservador: «que los Ayuntamientos y la Diputacion provincial estén á devocion de Vd.; y los senadores y diputados á la del Gobierno.» Hé ahí en lo que se encierran la ley y los profetas, es decir, todo el secreto y toda la virtud del gobernar para los políticos españoles de «la suprema inteligencia». Las desastrosas consecuencias que tal sistema ha producido y produce, nállalas la historia en sus más negras páginas, y pesan sobre el país con pesadumbre desoladora é insuportable. Las camarillas egoistas y exigentes, el caquicismo avasallador, procaz y vengativo, la arbitrariedad convertida en ley y el favoritismo en principio, la impunidad alentando á los malvados y la opresion haciendo enmudecer á los hombres de bien, la corrupcion y la gangrena penetrando por todos los poros en el cuerpo social, y por coronamiento el desorden más espantoso y las irregularidades más escandalosas; apoderándose de la administracion pública en todas las esferas... hé ahí las fatales é ineludibles consecuencias del sistema.

Porque los entre nosotros llamados *hombres de la suprema inteligencia* importaron aquí lo que mal aprendieron en Francia, durante su emigracion, pero desecharon por incómodo lo que allí servia de correctivo al sistema de centralizacion, y de antídoto á reglas y procedimientos administrativos dictados por la desconfianza. Olvidaron ó no acertaron á ver que allí se vigila la administracion, y que los prefectos recorren los departamentos, estudian sus necesidades y los medios de satisfacerlas, y escriben sustanciosas Memorias, que los ministros no sólo aceptan y examinan, sino que reclaman y premian, cuando lo merecen. Así es que allí son caso anormal y raro las *irregularidades y las concusiones*, y se purgan en el presidio y en la cárcel las defraudaciones y las estafas, aun cuando sea un banquero opulento el que las cometa. Allí hay administracion, y se construyen caminos y carreteras, y se echan puentes sobre los rios, y se abren canales de riego, y hay seguridad en la ciudad y en los campos, y proteccion para el trabajo y estímulos para la industria, y no se prodiga el favor, ni se hace tráfico de la justicia.

Contra aquel funesto sistema, contra el bastardo afrancesamiento de aquellos gobernantes protestó enérgicamente la nacion en Setiembre de 1840, y brilló para la España liberal un rayo de luz. La provincia de Salamanca tuvo la dicha de ser regida durante tres años por un liberal doceañista, por un español de pura raza, severo y sóbrio para consigo mismo, indulgente y generoso para con los demás, que hacia del deber una religion y del cargo que desempeñaba un sacerdocio: ese era D. José Marugan.

Penetrado de su importante mision, conocedor de lo precioso que es el tiempo para los partidos reformistas, ardiente partidario del progreso, y ganoso de afianzar la libertad conquistada, asentándola en sólidos é incontrastables cimientos, dos cosas embargaron su atencion, luego que visitó el país, y á ellas consagró con especial ahinco sus esfuerzos, sus vigilias, sus medios de accion y la entereza de su carácter; dotar á la provincia de escuelas y de maestros, y abrir caminos y vías de comunicacion. ¡Qué de dificultades y de obstáculos no tuvo que superar para llevar á ejecucion sus excelentes propósitos! Aquí luchaba con la penuria del Tesoro público y con el olvido en que la direccion de Obras públicas tenia á la desheredada provincia; allí con la estrechez de miras y los egoismos impeditivos de los que debieran prestarle auxilio eficaz; en unas partes con los intereses de campanario, en otras con la escasez de recursos, y en todas con la rutina y los malos hábitos, con la apatía de los pueblos y su resistencia á toda innovacion que les obligue á hacer un sacrificio ó á desterrar una mala costumbre.

De todo y de todos triunfaron la perseverancia, la entereza y la profunda conviccion del Sr. Marugan. Y á principios de 1843 no habia un solo pueblo cabeza de Ayuntamiento, de los 390 que cuenta aquella provincia, que no tuviera un edificio, por lo ménos, destinado á Escuela, ni habia poblacion de alguna importancia que no tuviera maestro superior, otro elemental y otro de párvulos. Y cuenta, que hasta entonces eran escasos los pueblos que para local de escuela tuvieran otra cosa que el átrio de la Iglesia, ó el oscuro portalon de la casa-municipal, que á la vez servia de cárcel; y pocas más las poblaciones en que hubiera otro maestro más que el sacristan y fiel de fechos á la vez.

Por aquel mismo año se terminaba el trozo de la carretera general de Vigo á Madrid, que enlaza á Zamora con Salamanca, y se inauguraban por el celoso jefe político las

obras del trozo de prolongacion hasta los confines de la provincia de Avila. Y al propio tiempo hacia estudiar carreteras provinciales y caminos vecinales, y proyectaba la creacion en la capital de una Escuela de Artes y Oficios, y daba pávulo y alientos á la ya existente de Nobles y Bellas Artes, denominada de San Eloy.

De la integridad y pureza del hombre público, más alto que los elogios, hablará el siguiente rasgo, de cuya veracidad irrecusable deponen hechos posteriores. Hablaba un dia ante uno de sus subalternos, antiguo funcionario, de los apacibles gozos de la vida del campo, y elogiaba una de las alquerías que, con otras fincas del Estado, estaban anunciadas en subasta para uno de los próximos dias.

—¿Por qué no la compra Vd.,—le dijo el subalterno,— aun cuando más no fuera que para hacerse una bonita renta y tener asegurado el porvenir?

—Por la sencillísima razon de que no tengo dinero para pagarla,—le contestó ingenuamente el jefe.

—¿Cómo que no tiene Vd. dinero?—repúsole el funcionario:—para pagar dos ó más plazos de la finca, lo tiene usted en su mano: el resto bastan á pagarla las rentas mismas de la alquería.

—Vd. debe ser prestidigitador ó nigromántico, y será capaz de hacer que me encuentre con esos dineros en mis bolsillos sin saber yo cómo ni de dónde han venido,—dijo sonriendo se el Sr. Marugan.

—Nada de eso, señor, nada de eso soy; pero cuente usted con el dinero como si lo tuviera en su bolsillo. Y no soy yo quien ha de hacer el milagro: es Vd. mismo.

—Si de milagros se trata, advierto á usted que no soy taumaturgo, y que no miro de buen ojo á los milagrosos.

—No, señor jefe, no se trata de milagros; sino de que usted disponga de unos fondos que nadie reclama y que hace ya años duermen en poder de Don F., depositario que fué de cierta tributacion especial, y ya extinguida.

—¿Y por quién me ha tomado usted á mí para creer que puedo apoderarme de lo que no me pertenece?

—Pero ¡señor!... cuando alguien reclame esos fondos, entonces pueden reintegrarse.

—No hablemos de eso. Usted ha faltado á su deber no poniendo antes en conocimiento mio ó de la Administracion ese hecho. Ahora yo me encargo de hacer que esta los reclame para que ingresen en Tesorería. Hemos acabado,—dijo el jefe levantándose y enseñando la puerta al subalterno.

Inútil es decir que la alquería se remató y que D. José Marugan no fué el comprador, ni trató siquiera de serlo.

Pocos meses despues los sucesos del 43 le dejaban otra vez cesante; y acometido de una parálisis, para cuya curacion se hicieron necesarios los baños termales de Ledesma, tuvo que acudir en su auxilio la amistad, advertida de la penuria en que habia quedado el ex-jefe político por el celo bienhechor de una heroica salmantina, doña Vicenta Baquero de Dominguez, verdadero paño de lágrimas, por aquellos y anteriores tiempos, depositaria de las culitas y de las alegrías, de los dolores y de las esperanzas de la maltratada familia liberal. Hemos querido decir aquí el nombre de aquella respetable y respetada señora, hermana política del malogrado Garrastazu, que en 1830 murió peleando como un bravo al lado del valiente Chapalangarra en el fracasado movimiento de Mina. Honra es aquella señora de las nobles salmantinas y nuevo timbre de aquella ciudad, que los tiene muy gloriosos en ese orden.

Pero lo que más caracteriza y lo que más enaltece al señor Marugan, es el haber aceptado con agradecimiento y desempeñado sin rubor un cargo modestísimo que le ofreció por entonces la empresa constructora de la carretera general, cuyas obras habia él inaugurado solemnemente como primera autoridad de la provincia. También fué la señora antes nombrada la que facilitó el modesto destino y la que se encargó de proponérselo al ex-jefe político. Y en este sentido, no carece de interés para estos apuntes biográficos el siguiente diálogo entre la señora y el caballero:

—Restablecido, como tenemos el gusto de ver ya á usted, perdóneme el amigo D. José si soy indiscreta y me atrevo á preguntarle qué piensa hacer, díjole un dia que la visitaba.

—A cumplir venia cabalmente con el deber de decirsele á Vd. antes que á ninguna otra persona: irme á Madrid, por más que no desconozca los inconvenientes que eso tiene hoy para mí, y por más que me sea dolorosísimo abandonar este país, al que me unen tantas afecciones, y separarme de amigos tan cariñosos y de liberales tan consecuentes y tan probados.

—Paréceme, Sr. D. José, que el proyecto de Vd. no guarda gran armonía con los sentimientos de que se dice poseido; pero aparte de eso, permítame que le diga que ese proyecto es un gran desatino en las actuales circunstancias. ¿Qué vá Vd. hoy á buscar á Madrid? La cárcel ó el destierro, forzoso que sufran ya la mayor parte de sus antiguos amigos y de sus protectores.

—Señora... todo lo veo y todo lo he pensado. Aunque soy madrileño. Madrid no tiene hoy para mí más que dolores y peligros, mientras que aquí tengo tranquilidad y amigos como se hallan pocos y en pocas partes. Pero no necesito decirsele á Vd., que ya me conoce: yo no puedo ni quiero ser parásito en parte alguna. ¡Cómo habria de serlo aquí! Si mi genial no me lo prohibiese, mi honor y mi delicadeza me lo vedarian. Tengo ineludible necesidad de dejar á ustedes, y no tengo otro punto donde guarecerme en el dia más que en Madrid. Allí encontraré, mal que bien, ocupacion y medios honrosos de subsistencia.

—¿Y si encuentra usted aquí desde luego esa ocupacion y esos medios honrosos de subsistencia?...

—Los aceptaria con júbilo, señora; y no ciertamente por evitar riesgos y eventualidades á que usted sabe estoy habituado y que no me arredran seguramente; sino por no separarme de amigos que me son tan queridos y de un país al que tengo tantos motivos para conocer y para apreciar en todo lo que es y lo que vale.

—Debo advertir á usted que la ocupacion es modestísima, aunque la retribucion no lo sea tanto; y que los que me la han ofrecido, aunque amigos míos y de usted, recelan que usted no quiera aceptarla.

—Pues no me conocen, señora; y usted lo sabe mejor que ellos. El pan que se gana honradamente con el trabajo no puede humillar á nadie. ¿Cómo habria de humillarme á mí... á mí, hijo del pueblo y del trabajo, apóstol de sus virtudes y propagador de sus beneficios? Yo; que detesto con mis cinco sentidos á los que han infiltrado en la sangre y los huesos del pueblo español, laborioso y honrado de suyo, esos humos de petulante y necio desdén al trabajo, esa hidalguía contrahecha que se hace consistir en la vagancia y el vicio, y esa piedad no ménos contrahecha y antievangelica que santifica la cuestacion y la haraganeria... ¡habia yo de imitar á los frailes mendicantes ó á los estúpidos hidalguillos de aldeal No, no es el trabajo el que demigra y envilece, es la ociosidad; y de mí sé decir que, aun cuando fuese manual y mecánico el que se me deparase, lo aceptara hasta con orgullo y no creo que me ha de deshonrar.

—Acaba usted de hacerme ganar una comida que se dará aquí el próximo domingo, y para la cual queda usted invitado. Allí sabrá todo lo concerniente á su nuevo destino.

Pues bien; á ese mismo hombre, indomable ante la adversidad, incorruptible ante los seductores halagos de la fortuna, terminadas que fueron las obras de aquella carretera y con ellas el cargo de inspector y pagador de las mismas, le vieron las abruptas y solitarias márgenes del *Cuerpo de Hombre*, cerca ya de su entrada en el *Alagon*, convertido en un plantador americano. Las sencillas y buenas gentes de aquella casi ignorada comarca le miraron allí con asombro primero y despues con júbilo, dirigiendo desmontes, roturaciones y plantaciones, haciendo siembras, abriendo caminos, echando puentes y atajeas y dando ejemplo á los agricultores y á los pueblos de lo que pueden el trabajo y la inteligencia auxiliando á la naturaleza. Era aquello un matorral desierto, solamente visitado alguna vez por los cazadores de jabalíes; él lo convirtió en un pequeño vergel. Vinieron despues los sucesos del 54; y aquellos mismos pueblos y la provincia entera dieron una relevante prueba de que saben apreciar las virtudes, premiar el mérito y recompensar los buenos ejemplos que se les dan y los servicios que se les prestan, cuando pueden obrar con libertad y manifestar sin presiones de ningún género sus nobles y generosos sentimientos. La provincia de Salamanca eligió seis diputados para las Cortes Constituyentes, y entre los seis fué uno D. José Maruga... Y aceptó el cargo, y renunció á su reposicion y á su carrera y demostró su ferviente amor á la libertad y su consecuencia política, haciendo parte, en aquellas memorables Cortes, del grupo democrático de imperecedero recuerdo, germen potente, tronco robustísimo del que, andando el tiempo, fué árbol frondoso cuyos preciosos y no bien apreciados frutos ostenta aún lozanos y con gloria la Constitucion de 1869.

Volvió la reaccion, y volvió nuestro Marugan, como otro Cincinato, á su modestísimo rústico albergue y á sus interrumpidas faenas campestres. Y en ellas le sorprendió la muerte, cuando asomaba por el horizonte la alborada de un nuevo dia, de un sol más radiante y más vivificador que el que reanimó su espíritu y despertó sus bríos en Julio del 54.

La provincia de Salamanca no le ha olvidado. Pero es bueno, y tal vez oportuno, recordar al país quiénes fueron y de dónde vinieron aquellos pocos, pero esforzadísimos varones, aquellos modestos ciudadanos, pero grandes caracteres que le han dado nobles ejemplos que imitar y provechosas enseñanzas que aprovechar. Páguense tributo al mérito, pero ríndase homenaje á la virtud.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

## LAS COMPANIAS DE FERRO-CARRILES

ANTE LA OPINION PÚBLICA.

### Artículo III.

Ya hemos explorado algo en los dos artículos anteriores la causa del mal que señalamos contra las Compañías de ferro-carriles. Tarifas de 3 céntimos 25 y 6 céntimos 50, les dan á éstas poco interés, pocos beneficios, no engendran primas ni forman alzas y sólo sirven, segun ellas, para arruinarlas.

Exploremos más, reconozcamos y abramos bien la herida; así determinaremos aun mejor la causa del daño y podremos marcar el remedio. Los antecedentes, datos, y noticias estadísticas que tenemos recogidos en más de veinticinco años, de Compañías extranjeras y nacionales, ya de sus cuentas generales dadas anualmente, ya de sus periódicos, gacetas, boletines y diarios, ya de los que nos mandan, particularmente, ingenieros conocidos nuestros de uno y otro continente, nos permiten dar en este periódico un resultado general de la explotacion de las vías férreas, sin molestar á los lectores de LA AMÉRICA con innumerables números, cálculos y cuentas, que creemos estarán mejor en un libro que en un artículo. Conocemos ya el enigma y secreto de la explotacion de los ferro-carriles; su fuerza con relacion á otros medios de locomocion, y su inferioridad tambien.

Cuatro elementos fundamentales constituyen todo transporte, el motor, el vehículo, la superficie de traccion, y el servicio humano que exigen los dos primeros.

Para el transporte por carreteras y caminos, obtenemos; con 8 céntimos para el primero, 0c. 2 para el segundo; un céntimo para el tercero, y 9 céntimos para el servicio del conductor ó trabajo humano, con los gastos de carga y descarga, una suma total de 18 céntimos 2 por término medio, cuya carestía se debe á la insuficiencia de la fuerza motriz y del trabajo humano.

Para la navegacion, obtenemos, con céntimos 1,463 para el motor; 0,295 para el vehículo; 0,377 para la superficie de traccion; 0,936 para el trabajo humano, un total de céntimos 3,071: aquí vemos que la capacidad portátil del vehículo flotante, es, así como la superficie de traccion, poco importante.



En ferro-carriles, el precio á que sale el transporte de las mercancías, abstracción hecha del capital empleado en la vía; pero comprendiendo la amortización del material de tracción y la depreciación de la vía, es por tonelada y kilómetro, céntimos 5,725, poniendo para el motor, céntimos 2,052; para el vehículo 0c. 830; para la vía 0c. 903; y 1c., 940 para el trabajo humano: aquí la falta está en que el vehículo tiene una masa exagerada, y sus gastos se han cuadruplicado en la vía férrea con respecto á los gastos por el mismo concepto en transportes por tierra y agua: por esto las Compañías se han visto obligadas á doblar y cuadruplicar, para un peso inútil, la fuerza motriz, la fuerza de resistencia de la vía, el trabajo humano, y el material móvil: y así se ve, que el ferro-carril necesita para transportar menos de medio millón de toneladas, un material de 20 millones de reales, y que la navegación lo hace con 3.600.000 reales; que para transportar algo más de un millón de toneladas necesita emplear un material que vale más de 100 millones de reales, y los canales con un material de 40 millones se arreglan muy bien; que los ferro-carriles emplean un hombre para cada 12 toneladas, y la navegación emplea uno por cada 40 toneladas.

Las cuatro categorías de gastos mencionados más arriba, ó sean el consumo material que lleva consigo respectivamente la producción de la fuerza motriz, la conservación, reparación y renuevo de los aparatos y vehículos, la construcción de la vía y la subsistencia del personal, representan exclusivamente el peso muerto, aun cuando el aparato motor sea el hombre, que es el alma del transporte; y los comerciantes, industriales, y los empresarios de transportes nos enseñan que lo que cuesta en toda producción de utilidad después de la subsistencia y reparación del cuerpo humano, es la materia empleada, ó sea el peso muerto, añadiéndonos que si la empresa está gravada con grandes gastos, si tiene cargas considerables, ó está sometida á condiciones onerosas, no sirve, no es útil; tal es el espectáculo que nos ofrece la humanidad, que no puede producir sino consumiendo, destruyendo ó transformando, como el espíritu devora la materia, como la espada usa la funda en que se mete; así no puede haber peso muerto sin su correspondiente peso útil y vice-versa; y si producir es moverse, el transporte en la teoría y práctica es anterior á todas las industrias, y la ley del transporte no nos queda duda que ocupa un rango superior á la ley de la división del trabajo. Resulta, pues, que después de descubierto el vapor, y reemplazado el caballo por la locomotora, y el adoquin por el rail, han imaginado los señores de los Consejos de las Compañías de ferro-carriles, aumentar el peso de los vehículos hasta el punto de triplicar y cuadruplicar en esta parte del material la proporción del peso muerto, y por tanto aumentar un 50 por 100 la totalidad de los gastos, y no nos queda más remedio que repetir lo que ya hemos querido significar tantas veces, que si bien es verdad que el agente mercantil denominado ferro-carril es un bello instrumento de locomoción, también lo es que la perfección de este transporte está en razón inversa del peso muerto y directa del peso útil; pues si el peso de los wagones fuese tres veces menos que el de las mercancías, toda esta porción del material móvil podría disminuirse de 75 á 80 por 100 y costaría cada tren de compra y conservación otro tanto menos, llevando una cantidad proporcionalmente mayor de peso útil, reduciría á más de la mitad el número de trenes, y el trabajo de las locomotivas, así como el desgaste de los carriles; y por último, sería una verdad, que con un material menos pesado que mover, y un personal menos numeroso que dirigir, los gastos generales de material y personal de tracción, el movimiento y servicio comercial, la conservación y vigilancia de la vía, la administración central y la dirección se reducirían notablemente.

Los Consejos de las Compañías, compuestos de notabilidades financieras, administrativas y propietarias, parece que no han comprendido nunca cosas como esas, tan sencillas, que están al alcance del más pequeño empresario, y como si tuvieran que revender cada vez más vapor, tienden á exagerar el material y á aumentar sus gastos, puesto que no se nos podrá negar que exageran el número y peso de carruajes, el peso de los wagones, trucks, plataformas, etc., el poder de las locomotoras, la fuerza de los rails motivada por la exageración de las enormes masas circulantes, el número de los trenes, la velocidad misma, los accidentes anuales de los viajes, el personal, etc., malgastando sus intereses, empujando una bella invención y desconociendo los principios más triviales de la economía política, el derecho de los viajeros, de los accionistas y las necesidades del comercio: ¿y todo por qué? Por complacerse en desarrollar el vicio capital de la explotación de los ferro-carriles, alimentado y creado por ellas, consistente en la enormidad del peso muerto. El enigma, el secreto en la explotación de los ferro-carriles, es, pues, reducción del peso muerto y aumento del peso útil. Los que nos lean dirán que se les figura que para establecer una virtud tan trivial y antigua he molestado al público demasiado; sin embargo, no podemos impedir de hacer observar que, si parece esa verdad una ironía de la razón para el mundo que ante todo busca baratura y gruesos dividendos, es desconocida por los empresarios á cada instante para perjudicarnos á to-

dos, y debemos refrescar su sentido común para que no cometan tonterías.

¿En qué consiste el mérito y poder de los ferro-carriles?

En la mayor horizontalidad del perfil longitudinal ó superficie de tracción, en la sustitución del metal, hierro ó acero, á la piedra, y en el empleo del caballo-vapor al caballo ordinario; luego, obtener la mayor velocidad útil con el mayor peso útil y el menor peso muerto, es el problema que todo empresario de transportes de ferro-carriles por carreteras ó por agua tiene que tener presente á cada instante.

Para los viajeros se comprende que la velocidad no tiene más límites que la potencia del vehículo y el precio que la fortuna de cada uno puede pagar, pues el hombre, cuanto más pronto llegue al término de su viaje, mejor para él; todo el tiempo que esté en camino y que emplee en cambiar de lugar, es tiempo perdido para él; y así 50 kilómetros por hora no es mucho para un viajero. Veamos cómo figuraríamos el peso del vehículo.

Si una diligencia con carga completa, marchando por una carretera ordinaria macadamizada, con una velocidad de 10 kilómetros, comprendiendo las estaciones de parada, nos ofrece la proporción de 2.200 kilogramos de peso muerto por 2 800 de peso útil, lo que nos dá una relación de 11 á 14 entre ambos; con una velocidad de 50 kilómetros sobre rails, la casi horizontalidad de la vía y el pulimento de la corona del carril, compensando la rapidez de la carrera, nada ni nadie puede impedir el conservar, en cuanto á los pesos, las proporciones anteriores, y aun el llegar á la proporción de 1 á 1, dando á un convoy de viajeros con éstos, los equipajes, mercancías, caballos, etc., un peso de 25 á 30 000 kilogramos, abstracción hecha de la locomotiva y su tender, cuyo peso y fuerza deberían fijarse proporcionalmente.

Las mercancías obedecen á otro principio: no se mueven si no las llama el consumo, y hasta entonces pueden permanecer en depósito esperando su uso ó sea su transformación: todo el tiempo que pasa entre su producción y su consumo, el cual puede variar desde un día á un año y más, es disponible en realidad para el comercio, que lo que quiere es precio bajo en el transporte, seguridad, regularidad y exactitud, en lo cual nadie puede servirle mejor que el ferro-carril. Con una velocidad por hora de 10 kilómetros en la marcha para trenes que salgan de noche solamente, el trayecto se efectuaría con la mayor regularidad, y podría hacerse en todo tiempo de Madrid á Irún, Cádiz, Barcelona y Vigo en seis ó siete días por término medio, que es todo lo que necesitan la inmensa mayoría de las mercancías, pues toda velocidad superior á 100 ó 120 kilómetros por día y 700 por semana para mercancías, es letra muerta, y el comercio en estas preferirá, por 2 céntimos menos, y aun por 1 por tonelada y kilómetro, la vía de agua á la de hierro, aunque ésta le transporte más de prisa aquellas, pero más caro que la navegable; y buena prueba de ello es que en todos los países donde hay esos dos sistemas de locomoción próximas, la vía de agua transporta 4, 5 y 6 veces más número de toneladas de mercancías que la de hierro, con lo cual encontramos muy natural que los señores comerciantes, negociantes, comisionistas y traficantes no se dejen seducir en pagar más caro los transportes de la hulla, minerales, piedras, yeso, etc., por la bella cara de la locomotora y la de los señores consejeros de las Compañías, cuyo espíritu anti-económico y retrógrado queda probado.

Hay línea en la Europa central de 700 kilómetros, en que para la gran velocidad sólo, parten 13 trenes que recorren la línea en toda su longitud en 24 horas, lo cual hace un número de trenes transportados á un kilómetro exageradísimo de 3.417,533, cuyo número produce 71 viajeros para cada tren y 8.000 kilómetros para el peso útil, mientras que el peso muerto de carruajes, wagones furgones, etc., es de 44.000: es decir, ¡85 por 100 sobre la totalidad del convoy! En opinión de no pocos hombres entendidos no debía haber más que dos categorías de trenes, el ordinario y el acelerado, y abandonar toda esa nomenclatura de expres, especiales, ordinarios, mixtos, de placer, etc; con tres salidas de día y una de noche y otras tantas llegadas, que recorran el trayecto completo en 24 horas; que son 8 trenes diarios, aun cuando la línea tenga secciones más ricas unas que otras, dificultades de empalmes, casos imprevistos, por más extensa que sea aquella, compensando así por las desigualdades de tráfico la distribución de los trenes; pues la experiencia de los más versados en la industria de los transportes aseguran que con un servicio semejante aun en líneas de 700 kilómetros se hallarían satisfechos todos los intereses, y aún las exigencias más rechazables á primera vista; porque si con 13 trenes diarios no hay ni ha habido en esas largas arterias y de poderosos resortes, de varias naciones, para cada tren medio de 183 plazas, nada más que 71 viajeros, quedando así 112 vacías, puede asegurarse que con 8 trenes para 183 plazas habría 100 viajeros y 83 huecos, pues siempre sucederá que los viajeros serán los que dejen al ferro-carril, no éste á los viajeros; y buena prueba de ello es que los señores consejeros, administradores, presidentes, directores, y secretarios de Compañías, organizan en verano espontáneamente trenes de placer, con lo que dejan ver al público inteligente que van en busca de viajeros, y que no les espanta una gran afluencia,

sino que la miran con gusto y fruición, no explicándonos aún por qué esos señores empresarios no establecen el servicio cotidiano bajo los mismos principios de economía en la explotación que en los de placer.

Ya hemos dicho varias veces que el precio á que sale el transporte en la navegación por ríos con un cargamento para el barco de 500 viajeros, es de 0,33 por viajero y kilómetro, y para ferro-carriles en un tren de placer de 0,06; pues á nosotros se nos antoja que para que el público gane no poco, las Compañías tengan mayores rendimientos y uno y otras se aprovechen de la inmensa latitud que ofrece para la baratura el ferro-carril, es preciso que modificando el sistema de carruajes que emplean hoy las Compañías reduzcan ese precio á 0,32 en vez de ser 0,06; es decir, 1,50 menos, casi, lo cual, vista la rapidez del transporte, dejaría atrás la vía navegable, y esto sin tomar los trenes de placer como una regla, sino como una excepción, aunque no admitimos que la producción del tráfico necesite una circulación cotidiana de la población establecida cerca de la línea, provocando esa con numerosos trenes y salidas frecuentes, ofreciendo al público grandes facilidades para que se mueva y viaje; tanto más dicen los partidarios de esta teoría, cuanto que el transporte de un tren no cuesta de tracción ó arrastre por kilómetro nada más que francos 0,97 ó sean una peseta, y que ese mismo tren produce 5 francos 78 ó sean 5 pesetas y 73 céntimos de peseta, ¡pero qué! ¿les parece á las Compañías que construida una vía, colocados los rails, en pie el personal y material, ¿no cuesta usarla con tanta frecuencia? ¿y que algunos kilogramos de hulla más ó menos no influyen en el resultado final y anual? Pues opinamos nosotros que los Empresarios de estas vías pierden más que ganan así como el público, empujando, forzando avaramente al consumo, tanto más cuanto que nos hablan las estadísticas de ferro-carriles que no son los que más viajan los hijos del trabajo y de los negocios, sino la holgazanería del rico y del indigente; y á fuerza de buscar el tráfico, pierden las Compañías de vista el lado más noble de su institución, que es disciplinar la humanidad, crear en los diversos países por una circulación moderada la higiene económica, la vida normal; y como todo error en este mundo engendra un déficit, lo que ellas creen ganar por esa sobreexcitación á viajar que quieren imprimir al público, lo pierden por la exageración de sus gastos, debiendo convenirse que con ocho trenes diarios en las dos direcciones en lugar de 13 por término medio que hemos dicho existen en las grandes arterias férreas de la Europa central, las Compañías no tendrían un viajero de menos, y en cambio ahorrarían ocho trenes  $\times$  710 kilómetros p. ex. si la línea tiene esa longitud = 6.390 trenes kilométricos cotidianos, y anuales = 2.332.350, que restados de 3.417.533 dan una diferencia de 1.085.183 que expresa la economía que se obtendría sobre la circulación anual; y como los gastos de tracción y material son de francos 0,976 por kilómetro recorrido, sólo de este concepto hay ya que restar del gasto del servicio sin contar la conservación y vigilancia de la vía, la explotación propiamente dicha, y la administración central 1.085.183  $\times$  francos 0,976 = 1.059.138 francos y 60 céntimos de franco. ¿Y creen las Compañías que el exceso del tráfico obtenido por el exceso en el número de trenes, les valdría una suma igual? No lo creemos por nuestra parte, y aun cuando así fuese, las Compañías no harían más que cambiar su dinero, lo cual dá por beneficio cero, segun deben saber MM. Pereire, Rotschild, Campo, Donon, Girond, Larios, etc. etc.

La causa de la enorme desproporción entre el número de plazas ofrecidas al público en un tren, que por término medio lleva cinco carruajes y contiene 183 asientos, y el número de plazas pedidas y tomadas por aquél, es sin duda ninguna las categorías especiales que se han hecho de los carruajes de un ferro-carril, puesto que los viajeros de primera no pueden admitirse en los compartimentos de segunda y tercera, ni los de estas clases en los de primera, fundando así los trenes especiales, express, mixtos, etc.; es decir, trenes para el pueblo, para la clase media, para los mendigos, para los príncipes, para los bufones y para los banqueros; porque suponen los ricos que la plebe no tiene tanta prisa de llegar como el banquero ó como el aristócrata, y que su tiempo vale poco; que una velocidad de 30 kilómetros es muy suficiente para aquellos, mientras que la aristocracia necesita 60 kilómetros, pagando el pobre más caro que el rico su sitio, á pesar de que parece así como que al primero se le admite por caridad en los ferro-carriles; habiendo tratado los poderosos al principio en Inglaterra de separar lo que ellos llaman la canalla de los ferro-carriles y dárselos á los lores y ricos para su uso exclusivo; sólo que como esta medida atacaba el bolsillo de los inconscientes consejeros por los ingresos escasos que produciría, se renunció á ella.

¿No vemos las diligencias aún reunir los viajeros de todas calidades en el cupé, la rotunda, el interior, berlina, imperial, etc., sin que por esto haya peligrado el orden social? Pues, ¿por qué las Compañías de ferro-carriles no han introducido el mismo principio económico, ya que esas vías nivelan tantas cosas? No deben pararse aquellas, habiendo empezado ya en hacer carruajes que contienen á la vez plazas de primera y segunda: hay que seguir la corriente para darse gusto á sí mismas y á los accionistas, rechazando la into-



lerancia de casta, producto de un régimen feudal y teológico, al cual comprendemos que no se quiere disgustar por ser un elemento de tráfico, no despreciable, aunque es mayor el de la pobreza como dicen los ricos, que hasta hace poco estaba esta en los wagones de tercera encerrada como las sardinas en las banastas, aglomerada como puercos en un muladar, y expuesta en ellos á las inclemencias del cielo y de la tierra y á todas las iniquidades de los señores consejeros, que van desapareciendo ya á fuerza de predicarles.

Hoy el pueblo está mejor instalado en carruajes cerrados en algunas líneas españolas, llevando en las ventanillas una cortinilla sucia y mugrienta, que debería reemplazarse con una persiana ó cosa parecida; en otras van cristales, pero en el extranjero los mismos carruajes son aún más cómodos, más limpios, no se escatima el aceite de los faroles de noche, como lo verifican aquí la mayor parte de las Compañías; tienen más cuidado de que el público esté mejor servido, pues no se ven puertas ni ventanillas con grietas y hendiduras por donde se cuele el aire, como sucede en la mayoría de los carruajes de tercera y segunda de las Compañías españolas; los empleados son corteses allí y atentos con el público, lo que aquí no sucede; y hoy se vé ya, más allá y aún acá de los Pirineos, que no pocos y aun ricos que antes iban á las segundas, ahora se meten en las terceras sin temor de ensuciarse con el contacto de las pieles rojas, y aunque esto les desagrade á las Compañías, no deben resistir estas el movimiento de hacer carruajes que contengan primeras, segundas y terceras, pues así no se verán expuestas con este vehículo uniforme á hacer circular un carruaje de 30 plazas para un solo viajero de primera que exige por su dinero, con la tarifa en la mano, que se le dé la plaza que pide, aunque cueste al servicio cuatro veces más gastos.

Un carruaje de dos pisos, el segundo para 30 plazas de tercera con tres compartimientos; en el primero uno de ocho plazas para las primeras, dos de 10 para las segundas, separados los compartimientos de los dos pisos unos de otros por espacios vacíos para colocar los equipajes y mercancías, con una capacidad de unos 10 metros cúbicos total, al cual se le podría aún colocar un piso tercero con una distribución análoga; con dos cupés en el segundo piso uno delante y otro detrás, de cinco plazas, y los dos compartimientos del medio de 10 plazas, el cual tenga seis metros y 70 centímetros de largo, con carga completa que pese cerca de 6.000 kilogramos, que siendo mixto, contenga primeras, segundas y terceras para 58 ó 60 personas y un peso útil de 7.350 kilogramos, resolvería el problema que hemos planteado. ¿Cuáles serán los efectos en cuanto al gasto del servicio de esta innovacion? Veámoslos.

El número de viajeros por cada tren medio hemos dicho que es 100; luego dos carruajes de 58 plazas bastarían para trasportar esas 116 plazas, y el exceso de la oferta al pedido serían 16 plazas, que vamos á aumentar á 45, suponiendo que se necesiten 2, 5 carruajes en vez de dos. El número de carruajes trasportados á un kilómetro ha sido para 3.417.533 trenes, y á razon de cinco carruajes 662 por tren, de..... 19.353.249 Ese mismo número se reduce para 2.332.350, á razon de 2, 5 por tren á..... 6.030.875 Diferencia en menos ó sea un 68,55 por 100..... 13.272.374

Luego si el trabajo de los carruajes disminuye por el nuevo sistema de 68,55 por 100, el material empleado en ese trabajo es 68,55 por 100 veces demasiado grande; por consiguiente, el de reemplazo en reparacion y construccion 68,55 por 100 tambien demasiado grande, y debe reducirse otro tanto el número de carruajes empleados por las Compañías, ó por lo menos una cantidad proporcional, lo cual, para 655 carruajes que hay por término medio en una línea de 700 kilómetros, hay que rebajar 448, que á 8.000 francos representan una economía de 3.584.000 sobre el material circulante; cuya economía á un interés de 4 por 100 para los accionistas, es de 143.360 francos, á la que se debe añadir algo para la amortizacion que se produce por la depreciacion del material de la que no se hace mencion ninguna en las cuentas de las Compañías de ferro-carriles, cuya omision es bien grave é increíble en los fastos de la industria, y que sólo se les ha ocurrido á los reyes de la feudalidad mercantil denominados grandes administradores de las Empresas férreas; pues con esa omision nos descubrian algo parecido al movimiento perpétuo, en razon á que á tanto equivaldria decir que un instrumento del trabajo no se deteriora usándolo, y que por lo mismo no hay necesidad, en la contabilidad de aquellas, de destinarle un fondo de reserva, cuando hasta un carretero sabe que un buey á los 15 años de trabajo no sirve para el tiro; que un carromato, que una diligencia, que un coche que dura 12 ó 15 años bien cuidado, no es poco; que es costumbre en la navegacion contar con un 8 por 100 para la depreciacion del buque, barco, etc., que aun en Inglaterra se cuenta habitualmente para gastos del capital empleado con una suma de 23 á 25 por 100 del mismo, comprendiendo á la vez el interés, la amortizacion, el seguro y conservacion, y en otros países hasta el 36 por 100; pero vamos, hoy ya hay algunas Compañías que saben que un wagon dura doce años, y que un carruaje y una máquina que dura otro tanto ha dado no poca utilidad á su amo, porque al cabo de esos

12 años, la suma de las reparaciones y tiempo perdido es igual al precio de compra y hay que abandonarlas en los talleres, pues las locomotoras, sobre todo, padecen varias enfermedades que las envejecen pronto, aumentando los accidentes con la vejez, las reparaciones y el tiempo perdido, habiéndose notado que al principio de la explotacion de una vía férrea cuando el material es nuevo, el servicio exige un 13 menos de locomotoras necesarias para la explotacion y aun menos de los demás vehículos, siendo esos primeros años los buenos, pues despues no extrañarán los lectores de LA AMÉRICA que les digamos que la conservacion de locomotoras, y sus tenders sube hasta francos 0,50 por kilómetro recorrido y aún en algunas líneas belgas ha habido años que ha ascendido á 1 franco y 25 céntimos, que vienen á ser 6 reales por kilómetro recorrido por ellas.

Harán bien, pues, las Compañías para no engañar más al público y sobre todo á sus accionistas, en fijar en sus cuentas un 7 por 100 para depreciacion de su material, resultando de aquí que á la suma anterior de 143.360 francos para representar los intereses del capital dedicado á carruajes y vehículos, hay que agregar una segunda de 250.830 francos para su depreciacion, lo que hace 394.240 francos.

Despues de la amortizacion, viene la conservacion, reparacion, lubricacion de locomotivas, tenders, wagones, carruajes, que todas tres ó cuatro ascienden por tren medio kilométrico á 0,50 céntimos de franco, y la de los dos primeros es á la de los segundos como 23 á 13; luego podemos contar sobre 50 céntimos, con 34 céntimos para máquinas y tenders, y con 16 para wagones y carruajes, ó sea un 32 por 100, y sobre la suma general de aquellos gastos de 2.883.5120 francos 40 céntimos, la parte correspondiente á estos dos últimos será de 924.323 francos 93 céntimos, cuya suma debe repartirse entre los dos servicios de la grande y de la pequeña velocidad, en la proporcion del número de kilómetros recorridos por cada uno de ellos, ó sea 3.417.533 á 2.370.193 ó 59 á 41 por 100; mas, como quiera que la relacion de los valores ó precios de los carruajes, wagones y furgones es de 67.000 francos, en los trenes de gran velocidad, y de 87.000 francos el de los wagones que forman los trenes de la pequeña, y como la relacion de estos dos números es de 41 á 59 por 100, precisamente inversa del que ha dado la comparacion del trayecto anterior, esto nos autoriza á mirar la condicion como igual entre los dos servicios, y á dividir por partes iguales la suma de los gastos de conservacion, reparacion, etc., y por tanto á señalar 462.161 fr. 99 cént. para la grande velocidad, y otro tanto para la pequeña. Siendo la disminucion sobre el trayecto de 32 por 100, tenemos que deducir sobre 237.914,83 el 32 por 100, que son: 76.132,76, y la diferencia 161.782,12, expresará la economía buscada, y la suma de las economías que se pueden realizar sobre los carruajes de viajeros, es de

Interés y amortizacion del capital á 4+7 por 100=11 por 100=.....	394.240,00
Conservacion, lubricacion y reparaciones diarias.....	161.782,12
TOTAL.....	556.022,12

El número de furgones de equipajes y mercancías que entran en la composicion de cada tren medio, puede ser de 2,37, ó 179 en total, en una línea como la que tomamos por modelo para estos cálculos, de más de 500 kilómetros de todas las de Europa; y el número de kilómetros recorridos, 8.114,883; los 179 furgones, á razon de 6.000 francos, hacen un capital de 1.074.000 francos, cuyo interés, y amortizacion á 11 por 100, dá 118.140,00.

Mas la conservacion, reparacion, etc., 531 fr. 06X179=.....	95.059,74
Forman un total de gastos para los furgones.....	213.189,74

La tolerancia en equipajes es de 30 kilóg. en la generalidad de las líneas, por viajero; el excedente sobre equipajes, puede llegar á 18.480,365 kilogramos, ó 4 kilogramos 6 por viajero: debemos cargar, pues, á la cuenta del furgon, 1,035 kilogramos, y á la de mercancías 2,586 kilogramos, que hacen 3,621. Creemos que podrian suprimirse los furgones, haciendo esos carruajes con tres clases, con unos espacios vacíos que cubiquen unos 11 metros, como hemos dicho, entonces la economía en furgones es de 213.189,74 menos el 22 por 100=30.419,12 que dá una resta de 172.770,36.

Supongamos ahora que el número de locomotoras sea de 254; no andaremos lejos de la verdad si decimos que las tres quintas partes de ellas se ocupan en la grande velocidad, ó sean 152; quitemos de este número el 32 por 100, y obtendremos 48 locomotoras que á 6.000 francos cada una, hacen 2.880.000 francos: el interés de este capital, á 4 por 100 al año, es 115.200 francos; la amortizacion, á razon del 7 por 100, 201.600, y la suma 316.800 francos, representará la economía que se puede obtener en el número de las máquinas. Además, 48 máquinas, que cada una cuesta de conservar por término medio 7.963 fr. 65, producen 339.295 francos 20 cént., y deduciendo de él el 32 por 100 ya comprendido en la cuenta de reduccion de trenes, resulta que el total de gastos de conservacion de las 48 locomotoras que tenemos que contar aquí, es de 251.120 francos y 74 céntimos.

Consideramos en estas cuentas el peso de las máquinas, como la expresion de su fuerza. Para

un tren medio de ocho vehículos 822, que pese 44.000 kilogramos, y lleve un peso útil de 800 kilogramos, en total, 52.000 con el peso muerto y útil, se emplean locomotivas que pesan, por lo menos, 20.000 kilogramos sin carga, las cuales pueden arrastrar un peso de 160.000 kilogramos; siendo 98.000 kilogramos la diferencia entre la fuerza empleada y el resultado obtenido. Con el carruaje de 58 plazas, esa diferencia será mayor; pues en lugar de 52.000, tendríamos 32.000 kilogramos y la relacion de la fuerza producida al efecto obtenido, seria como 5, 3 á 1.

Las locomotivas que se usan hoy son demasiado poderosas para el servicio que pueden prestar en una línea como la que hemos escogido de 900 kilómetros, su construccion y planos no están aun bien acabados de estudiar y su empleo es demasiado abusivo.

El tráfico, por más que hagan los empresarios, no puede estar creciendo siempre, pues está en relacion con el trabajo del país, con la poblacion y su riqueza; y cuando la circulacion y la manía de viajar llegue á su apogeo, lo cual tal vez no esté muy lejos, y los ferro-carriles con su instalacion hayan creado nuevos hábitos y costumbres, es muy posible que el tráfico decrezca para ir sufriendo luego lentamente como le pasa á la poblacion.

Sin embargo, aun cuando admitiéramos que el número de viajeros por tren kilométrico fuese el doble, lo que en nuestra opinion no sucederá antes que las actuales máquinas en uso hoy, en el mundo, hayan desaparecido, siempre resultará que la diferencia entre la fuerza de estas máquinas y el resultado obtenido será excesivo, puesto que la relacion de estos dos términos no bajará de 1,63 á 1 ó 62,5 por 100, resultado perverso por emplear en toda accion más fuerza que la necesaria, que es lo que hoy sucede con el régimen oneroso y anti-económico del abuso de tantas y tan poderosas máquinas, cuya fuerza, peso y precio, podria reducirse á una mitad menos. Deduciendo, pues, 30.000 francos de cada locomotiva que cuesta 60.000, porque en las condiciones normales del servicio que hoy se ejecuta, las máquinas actuales son cuatro veces demasiado fuertes, y con otras de una fuerza la mitad menos y que cuesten tambien la mitad, se puede hacer el servicio por muchos años aun, tendremos una economía de capital en las máquinas para el servicio de la grande velocidad de  $104 \times 30.000 = 3.120.000$  francos, cuyo interés y amortizacion al 1 por 100, dá un número de 343.200 francos. La conservacion, reparacion, sigue á la economía del capital, y producirá tambien con una reduccion de la mitad sobre el peso, ó sea  $\frac{7.693 \text{ francos } 65}{2} = 3.807,45$ , ó sea para 104 máquinas que suministraran un trayecto kilométrico anual de 2.332.350 en lugar de 3.417.533, un total de economía tambien de 269.262,87.

P. CALVO Y MARTIN.

BIBLIOGRAFÍA.

LAS ISLAS FILIPINAS.—Un tomo ilustrado con un mapa. 10 reales en todas las librerías.

Acabamos de leer la preciosa obra que, bajo dicho título, ha dado á luz recientemente D. Francisco Cañamaque, acerca de cuyo libro no podemos menos de llamar la atencion de nuestros lectores.

Desde hace poco tiempo vemos con singular placer que una buena parte de las personas que en España se consagran al cultivo de los estudios serios, va dirigiéndose á exponer y popularizar todo cuanto se refiere á aquellas importantísimas posesiones, resto valioso de nuestro antiguo poder colonial. La guerra civil que durante tan largo período de años ha ardido en Cuba; el grande interés que van adquiriendo en Europa todas las cuestiones que se relacionan con el extremo Oriente de Asia, y señaladamente con la China y el Japon, hacen que los espíritus observadores de nuestra patria, llenos de prevision, se dediquen con ahinco á dar á conocer al público, á descubrirle porque así puede decirse, las islas Filipinas, ya considerando en este dilatado territorio no más que los elementos de riqueza que contiene y de los cuales, si hay buen Gobierno, podemos obtener amplias indemnizaciones, ya teniendo en cuenta la inclinacion declarada de algunos Gobiernos europeos á extender su influjo político y mercantil en Asia, que tan cerca se halla de las citadas posesiones, las cuales tanto y para mal nuestro pueden resentirse de la proximidad de émulos poderosos.

No han merecido las islas Filipinas que los escritores españoles se ocuparan de ellas como se ocuparon y se ocupan de nuestras antiguas colonias americanas. Esto hace que los libros referentes á aquellas sean muy escasos en comparacion, y, por lo tanto, que los que se dedican á estudiarlas contrai-gan mérito más grande y digno de todo aplauso á causa del mayor trabajo que la empresa supone.

El Sr. Cañamaque tiene una competencia indudable para tratar de estos asuntos. No satisfecho con haber allegado en una constante y bien meditada lectura, noticias muy interesantes relativas á aquellas islas, ha tenido la ventaja de haber podido depurar todos esos conocimientos en el crisol de la práctica, residiendo en aquellas islas de tal manera y con tal carácter, que ha podido profundizar bien el estado social y administrativo de las mismas, y adquirir extensos conocimientos acerca del modo actual de gobernarlas y de las reformas que conviene introducir.

Realmente el libro de que ahora nos ocupamos forma un todo, segun nuestro humilde concepto, con los otros dos titulados *Recuerdos de Filipinas* publicados hace tres años por el mismo autor y que el público acogió perfectamente.



El de que nos ocupamos, si vale nuestra opinion, está muy bien entendido. En él no se ha limitado el Sr. Cañamaque á hacer un estudio social de los habitantes de las islas Filipinas, sino que queriendo traer al tesoro comun de noticias tocantes á aquellas posesiones la experiencia que tiene adquirida en asuntos administrativos, ha intercalado, entre los varios temas de que el libro trata, una exposicion concienzudamente hecha de las reformas que conviene plantear en la administracion del archipiélago, y una monografia geográfico-estadística de la provincia de Zambales. Esto no es más que reunir antecedentes para que pueda valerse de ellos con el tiempo el historiador y estadista que acometa el improbable trabajo de escribir la historia general de aquellas posesiones; trabajo vastísimo que requiere materiales escogidos y de antemano dispuestos por hombres laboriosos é inteligentes; la obra del Sr. Cañamaque es digna de todo aprecio por esta circunstancia y porque en la manera de exponer los hechos no tiene nada de vulgar y puede ser consultada con mucho fruto.

En el prólogo de ella pide dispensa el Sr. Cañamaque por una primorosa novelita que titula *Candelario*.

Por nuestra parte se la damos muy completa, y no solamente se la damos, sino que, además, le aplaudimos el medio de que se ha valido para explicar el carácter verdaderamente extraño de los indios de Filipinas. El Sr. Cañamaque podia seguramente haber escrito una sabia disertacion etnográfico-fisiológica para dilucidar, en cuanto fuera posible, en cuanto lo permite el adelanto de los estudios biológicos, el por qué de la manera de ser de aquellos indios, la razon de la manera de conducirse en los casos de la vida; y lo podia haber hecho investigando además de qué modo ha podido influir en las condiciones de existencia de aquellos habitantes la civilizacion española; mas todo esto hubiera formado un trabajo eminentemente científico, sí, pero frio, de poca animacion y que á algunos lectores no les hubiera enseñado nada, porque nada hubieran comprendido, necesitándose como se necesitan, para entender de estas materias, antecedentes y estudios que no todos poseen. El recurso de que se ha valido el Sr. Cañamaque ha obviado todas estas dificultades. Mejor se comprende el carácter del indio por la figura que ha creado para describirlo, que de otra manera. La mayoría de las personas que necesitan tener conocimientos acerca del carácter de aquellos habitantes, no buscan datos científicos, sino descripciones llenas de vida que les enseñen lo que son hoy dia los indios filipinos para saber cómo deben conducirse respecto de ellos. La novela ó cuadro de costumbres á que aludimos reviste esta forma; pero realmente es un cuadro de costumbres muy importante y digno de más consideracion que la correspondiente á una obra de puro recreo.

En cuanto al estilo de la obra, el Sr. Cañamaque, que tan justa fama goza de buen prosista, ha procedido como Mr. Thiers aconsejaba á los escritores didácticos que procedieran: adoptando un estilo tan llano, tan fácil, y al mismo tiempo tan puro, que pudiera compararse á esos hermosos cristales que fabrica la industria moderna, que, á fuerza de ser transparentes y claros parece que no hay cristal á pesar de la consistencia que tienen. Es digno del empleado por el autor en su renombrado libro *Los oradores de 1869*.

La obra vá enriquecida con un mapa de la provincia de Zambales, perfectamente hecho por el distinguido geógrafo Sr. D. Martin Ferreiro.

LUIS BARTHE.

—El notable artículo que con el epigrafe *Doña Carolina Coronado* publicamos en otro lugar, está tomado de los *Ensayos literarios*, del Sr. Castelar, obra que ha dado á luz el editor Sr. San Martin, y que sigue vendiéndose á dos pesetas en las principales librerías de Madrid y provincias.

## SALOMÉ.

(Pequeña tragedia vulgar.)

(Conclusion.)

SEGUNDA PARTE.

### I

Han pasado seis meses.  
Las ilusiones con que Salomé habia salido del Hospicio se habian modificado.

Desde el primer momento en que, como era necesario por su rango, se la presentó en la corte, habia obtenido un éxito completo.

Todos sus iguales, todos los conocimientos del difunto duque de Cumbre Azul, se habian apresurado á visitarla.

Durante los primeros dias no habia tenido tiempo más que para recibir visitas, acompañada de la madre María, que aún no habia dejado su hábito de hermana de la caridad.

No habia podido volver al hospicio.  
Pero habia enviado á Margotín.

Después, henchido ya el guardarropas de la joven duquesa, se vió obligada á presentarse en la corte, á devolver visitas, y tampoco pudo ir al Hospicio por no presentarse en él ataviada de una manera espléndida, con la cual no era más hermosa.

Por el contrario, el pobre, el sencillo traje reglamentario habia hecho realzar más su hermosura.

La madre María, para ser el aya, la tutora, por decirlo así, de Salomé, habia salido, autorizándola las leyes, de la órden de San Vicente de Paul, pero sin dejar de ser religiosa.

No usaba ya, por consecuencia, el hábito, pero su sencillo y severo traje negro hacia las veces de tal.

Pasados los primeros dias apremiantes de presentaciones y pagos de visitas, Salomé, sencillísimamente vestida, volvió al Hospicio.

Al encontrarse bajo su techo se sintió como protegida, como consolada de la ansiedad inexplicable y mortal que la dominaba.

Sintió la misma delicia que se siente cuando, después de una larga ausencia, se vuelve á la patria.

### II

Salomé se sentia perturbada.

Meñabunda por naturaleza, por temperamento, ella se habia estudiado inconscientemente á sí misma, poniendo en relacion su actividad con la actividad externa que á ella iba, determinando los fenómenos de su doble actividad, si es que doble puede llamarse, de su sér físico y moral.

Todo esto, lo repetimos, sin que ella tuviese conciencia ni intencion de este trabajo, de una manera fatal, como por resultado inevitable de la constitucion de su sér y de su actividad relativa.

Desde su orfandad á su adolescencia habia tenido un sentimiento fijo: el de la nostalgia de la familia; después otro sentimiento habia venido á acentuar, á complementar el primero: el sentimiento misterioso y purísimo del primer amor, por una razon de simpatía.

Ya lo hemos dicho.

Luis habia sido el agente que habia transformado en mujer á la niña.

¡Pero son tan vagos, tan ideales los amores que sin comprenderlos sienten las vírgenes en el misterio de su alma!

Eva no se ha revelado aún.

El ángel sueña al ángel.

Aún no está Satanás en escena.

### III

Salomé, renunciando á Luis por caridad hácia Margarita, habia apurado un doloroso sacrificio, en que el sentimiento sensual no habia tenido absolutamente parte.

Habia sido esencialmente el sacrificio del alma.

El aniquilamiento de una ilusion.

### IV

Pero sobrevinieron los acontecimientos que hemos relatado, y á consecuencia de ello Salomé conoció al señor conde de los Chaparrales.

Ya hemos dicho que este caballero tenia todas las apariencias de un hombre de mundo corrido y no de los de mejor especie.

Olia á pícaro desde una legua.

Pero estaba educado.

Era necesario mucho mundo y una gran costumbre de juzgar de las cosas para conocer en él la moneda falsa.

Es necesario para esto una gran percepcion de infinitas pequeñas delicadezas.

Nuestro tiempo es perfectamente de *double*, si se nos permite la palabra.

Se confunde en el con mucha facilidad lo verdadero con lo falso.

### V

La mirada asombrada, candente, sensual, que Salomé habia visto en los ojos del conde cuando le miró por primera vez, la habia hecho sentir un dolor desconocido.

La habia atraído contra su voluntad, como la mirada magnética de la serpiente atrae al pajarillo.

La hizo sentir una impresion de todo punto nueva para ella, y al mismo tiempo una repulsion en que habia mucho de un horror instintivo.

Sea como quiera, Salomé no habia podido olvidar aquella mirada de su tutor, que se habia repetido y habia vuelto á repetirse sucesivamente más extensa, más avara, y que la habia hecho daño en el alma, como si dijéramos, mal de ojo.

### VI

Por su calidad de tutor, el conde habia seguido viendo todos los dias y por largos espacios á Salomé.

Apuraba cuantas esquisitas galanterías, cuantos delicados cuidados pueden prodigarse á una mujer.

Sin tener necesidad de fingirlo, delante de ella aparecia dominado, como absorbido, como devorado por un hambre de amor, de voluptuosidad, de alma.

Se le sentia sufrir.

Salomé se contaminaba.

Tenia siempre en un escondido recuerdo, ante los ojos de su alma, más que ante los de su cuerpo, dilatada, ansiosa avara, mal reprimida, elocuente, incitante la mirada infinita del amor.

Una mirada que atrayéndola la atormentaba, que absorbiéndola la espantaba, que en vez de dilatar su alma la comprimía; delicia amargada, lucha dolorosa de una manera insostenible por una repulsion cuya potencia era igual á la de la atraccion.

La niña era ya mujer.

El ángel habia salido del Paraíso.

En él se habia dejado todos sus inefables sueños, para sentir, ensangrentándose la planta, todas las asperezas del camino de la vida.

Ella, que habia hecho un doloroso sacrificio, tales eran sus sentimientos de entonces, para ceder á Luis á Margarita, lo casó con ella sin sacrificio alguno.

Se habia operado ya en Salomé la transformacion.

Dotó espléndidamente á Margarita, la asignó una pension con la que ella y la familia de su marido podian vivir, no solo con comodidad, sino con lujo, y Luis dejó de ser escribiente del Hospicio.

Se dedicó á las artes á que era muy aficionado.

Tenia vocacion de pintor y sus puntas y ribetes de poeta.

### VII

De la misma manera que el sentimiento que Luis la habia inspirado se habia ido borrando, el Hospicio iba palideciendo para Salomé.

Sin embargo, como era buena y tenia en sí ingénito el sentimiento de la caridad, no dejaba, como vulgarmente se dice, la ida por la venida.

Pero sin sentir ya el consuelo que la habia causado en

los principios de su cambio de fortuna, sus visitas á aquella casa donde tanto habia vivido en la soledad de su alma.

### VIII

Andrés, así se llamaba el conde de los Chaparrales, redoblaba espontáneamente, sin premeditacion, por amor, por apasionamiento, su trabajo, ó mejor dicho, su accion de seducion por Salomé, que sufría un verdadero infierno: á medida que crecia la fuerza de su tendencia hácia Andrés, acrecia la repulsion que de la manera más natural del mundo la causaba aquel hombre.

Salomé era una naturaleza exuberante, virgen, poderosa, y el espiritualismo partía en ella sus fuerzas con el sensualismo.

De modo que Andrés, que era un buen mozo, con grandes ojos, elocuentes, insinuantes, ardientes, avros, deslumbrados, por tanta hermosura, multiplicada para él por el deseo, sublevaba, revolvia, hacia fermentar el sentimiento de Salomé; y por otra parte la elevacion de su alma, su sentimiento poético, su fuerte pureza, ingénita, en una palabra, su esencia de ángel, luchaba con aquella poderosa morbosidad de la materia y mantenía en lucha el amor con el horror, en una de las más complejas y extrañas situaciones en que ha podido sentirse una mujer.

### IX

La tendencia de Salomé á la misantropía se iba acentuando. La fatalidad iba tomando parte en su situacion.

Luis no habia podido resignarse.

En los primeros momentos de su luna de miel con Margarita, se habia creído feliz.

Después habia comparado.

No habia comparacion posible entre Margarita y Salomé. Luis dió en unos amores desesperados, horribles, tanto más horribles, cuanto su satisfaccion era imposible.

Los celos labraron á Luis.

Tenia experiencia y comprendió que en Andrés habia una larga historia.

Una historia de mal género.

Tales cosas podia entrañar aquella historia, que desencantaran á Salomé.

Luis se habia apercebido de que Salomé amaba á Andrés.

### X

Es muy fácil averiguar la historia de un hombre, y tanto más si ocupa, como Andrés, una posicion por todos conceptos ventajosa.

La envidia se encarga de manifestarlo.

Los primeros pasos que Luis dió en sus investigaciones le llenaron de una innoble alegría.

Se habia encontrado con un pícaro al uso.

Con uno de estos que, salidos de una cloaca, se imponen y brillan por todas partes, olvidados de lo que han sido, y hacen olvidar su historia ó por lo ménos transigir con ella á los que en situaciones de todo punto innobles y aún infames los han conocido.

De investigacion en investigacion, Luis habia llegado á poseer de una manera completa el expediente de Andrés.

Sus celos saborearon una delectacion feroz.

Luis no se detuvo un momento á considerar cuánto dolor podia causar en el alma de Salomé, á quien lo debía todo, todo, su posicion, la salud de su madre, el porvenir de su hermano.

Los celos son infames.

### XI

Habia pasado un año desde el día de la restauracion de Salomé en el rango y la fortuna que por su familia la correspondian.

La situacion de Salomé respecto á Andrés no podia ser más desesperada.

Su amor y su horror á Andrés habian llegado á la exasperacion; la fuerza de voluntad resistia.

—Lo que yo siento por él,—decía para sí Salomé,—es una pasion indigna; un enamoramiento que me irrita; una fascinacion... mi alma le rechaza... este hombre es un infame que me enamora... que está enamorado de mí... no, no, no será... no será porque yo no quiero que sea.

El ángel luchaba con la mujer.

La incalculable fuerza de voluntad de Salomé habia encubierto para todo el mundo, aún para la madre María, la situacion de sentimiento en que se encontraba respecto á Andrés.

Le trataba con facilidad, con afecto, pero nada más.

A pesar de su larga experiencia, como la delicadeza de la percepcion no era una cualidad del señor conde de los Chaparrales, engañado por la reserva de Salomé, la creia de todo punto indiferente para él.

Pero no vió tampoco que prefiriera á nadie, á pesar de que Salomé era muy pretendida.

Llegó un punto al fin en que no pudiendo sufrir ya más, el conde, que era soltero, solicitó formalmente á Salomé.

—Esto me affige,—le dijo ella.

—¿Y por qué?—exclamó anhelante Andrés.

—Porque como debo á la solicitud de usted mi fortuna, le voy á parecer ingrata.

El conde dejó ver una expresion de agonía que llegó hasta las entrañas de Salomé.

Pero al mismo tiempo sintió como si unas horribles garras la hubiesen arrancado de su alma aquel sér divino que la habia llenado.

Una repulsion incomprensible pero invencible.

—Ni usted sería feliz conmigo, ni yo con usted,—le dijo:—lo siento, pero imposible, de todo punto imposible. Ni usted, ni ninguno.

Dijo de tal manera Salomé estas palabras, que el conde, desconcertado, se levantó sin responderla, y se fué.

Apenas habia desaparecido, cuando Salomé rompió á llorar.



—¿Por qué, Dios mío,—exclamó,—por qué le amo de tal manera, y por qué de tal manera me es repugnante?—¿Cómo puede comprenderse esto? ¡Oh! ¡sí! es un hombre vulgar, un miserable... su alma impura y sórdida se revela en su mirada, en su palabra, en todo; hay en él para mí un ángel maldito, un demonio horrible... ¡ah! ¡no! ¡no! ¡nunca! la muerte primero.

Pero Salomé luchaba ya cansada.

## XII

Algunas noches despues, Salomé gemía desvelada. El insistente recuerdo de Andrés era ya horrible para ella.

El espíritu se había revelado al fin á su espíritu.

—El alma y el cuerpo,—había dicho:—no, el cuerpo morirá pero no envilecerá al alma, que no será la esclava vergonzosa de un miserable.

Salomé había encontrado el fin instintivamente la razón de su situación: en ella, la materia y el espíritu, ó mejor dicho, lo relativo y lo absoluto, lo finito y lo infinito, las condiciones de la vida orgánica y la conciencia, estaban en una lucha horrible; predominaba lo infinito, pero lo finito sucumbía: el sér formado por aquellos dos principios se sentía caer en un abismo horrible.

Sintió, como otras tantas veces, en momentos de vacilación y de agonía, la necesidad de la oración.

Se echó del lecho, metió sus pequeños piés, que parecían de alabastro, en unas preciosas pantuflas, y se dirigió al reclinatorio que había en el rico gabinete á donde correspondía el dormitorio.

Nada más bello, nada más vaporoso, nada más ideal, que Salomé, con su blanca bata de dormir y sus opulentos cabellos rubios que caían sobre su espalda encerrados en una redilla, á la luz tenue de la lámpara de noche.

Elevó su alma á Dios.

Sintió engrandecido su espíritu.

Alzó la frente pálida, miró al magnífico crucifijo de marfil que sobre el reclinatorio bajo un dosel rojo estaba, y sintiéndose engrandecida y fortalecida, sonrió de una manera inefable.

En aquel momento se sintió asida por la cintura.

Tras el primer momento de espasmo, de pavor inconcebible, se rehizo, se contrajo, se agitó como una serpiente tocada de improviso, se desasó y corrió á un aposento inmediato donde dormía la madre María.

—¡Madre! ¡madre!—exclamó abrazándose á la religiosa, —¡ampárame!

La madre María estaba inerte, aletargada.

Salomé dió un grito horrible y se desmayó.

## XIII

El misterio de aquella noche, suprema para Salomé, quedó envuelto en sí mismo.

Salomé apareció al día siguiente como siempre.

Era necesario ver mucho para apercibir lo terriblemente terrible que ardía en el fondo infinito de su mirada.

La madre María se quejaba de dolor de cabeza, de sequedad de las fúuces, de haber dormido demasiado profundamente.

La doncella de confianza de Salomé, á pretexto de una grosería del mayordomo, se había despedido.

Tanto la madre María como Salomé almorzaron muy poco.

Sobre el almuerzo llegó una carta de Andrés.

Participaba á Salomé que un negocio importantísimo le llamaba á Inglaterra, que no le daba ni aún tiempo para despedirse y que no sabía cuánto duraría su ausencia.

## XIV

Desde aquel día el espíritu misantrópico de Salomé se determinó más y más.

Una expresión glacial dió á su bello semblante no sabemos qué de fatal con un estilo de todo punto estatuario.

Un suave desarrollo que no perjudicaba á la pureza de los contornos se determinaba más y más.

Iba apareciendo la matrona, pero quedaban en ella la frescura, la tersura, la morbidez, la densidad, la vida de la juventud y esto de una manera poderosísima.

Singularmente sus ojos tenían un brillo, una profundidad, una concentración y una fuerza de vida más espiritual que material, que los hacía irresistibles.

Su sonrisa para Margotín, para la madre María, para las madres, los empleados y las niñas del Hospicio, para todos aquellos á quienes amaba ó estimaba, cuando los saludaba, era triste y vaga.

—Yo no comprendo esto:—decía el director;—¿qué es lo que necesitas, Salomé, para ser feliz?

—Esta chica no es de este mundo,—respondía el capellan.

## XXV

Desde aquella noche funesta, la madre María no había vuelto á echar luz.

La atormentaba una extraordinaria excitación nerviosa, con cuya causa no daban los médicos.

De día en día las facultades intelectuales de la madre María se iban entorpeciendo.

Se notaba en ella una marcada depresión del sentimiento.

Al mes había sobrevenido una especie de idiotismo.

Poco despues sobrevino un accidente epilético.

Sucesivamente, estos accidentes tuvieron lugar con más frecuencia y más intensidad.

Al fin, y ántes de que pasaran dos meses, despues de aquella noche, sobrevinieron la congestión y el derrame.

La pobre madre María se quedó muerta en los brazos de Salomé.

—¡Oh, Señor, Señor!—exclamó Salomé.—¡Tú que lo sabes todo! ¡haznos justicia! ¡vénganos!

## XVI

Y siguió contestando de una manera natural, como si ninguna injuria, como si ningún odio, como si ningún amor terrible se alentase en su alma para el conde á las cartas que de éste venían de Inglaterra.

El insistía en la pretensión de su enlace con Salomé.

A una de ellas, algún tiempo despues de la partida del conde, Salomé había contestado:

—Puede ser: esperemos.

Alentado el conde con esta esperanza, insistía y sus cartas rebotaban pasión.

Al fin, un mes despues de la muerte de la madre María, Salomé contestó á una desesperada carta del conde que amenazaba con acabar con la muerte su sufrimiento:

—«Dios lo quiere: la fatalidad es más poderosa que mi voluntad; venga usted.»

## XVII

Un mes despues se celebraban con gran pompa los desposorios del conde de los Chaparrales con la duquesa de Cumbre Azul.

Todos habían reparado y extrañado la expresión sombría, terrible, siniestra que durante la ceremonia había aparecido en el bello semblante de Salomé.

Por su parte, el conde había aparecido confuso, como aterrado; su mirada tenía mucho de la vaguedad de la locura.

Miraba á Salomé con ansia y espanto.

## XVIII

Aquella mañana, antes de la celebración del matrimonio, cuando aún todavía era tiempo, Luis se deslizó junto á la puerta de escape del dormitorio de Salomé.

Luis y Margotín vivían con ella.

Luis introdujo por debajo de la puerta un pliego cerrado. Luego dió en la puerta un gran golpe y escapó.

Salomé, á consecuencia del golpe, fué á la puerta de escape: vió el pliego, le recogió y le abrió.

Vió que decía:

«HISTORIA DEL PRESIDARIO ANDRÉS DEL PÁRAMO, HOGAR DE LOS CHAPARRALES.

Un hijo del vicio y de la infamia, criado entre canalla, puede ser aprendiz de memorialista.

Más tarde, ya crecidillo, espolique de ladrones.

Puede ser introducido como escribiente en la curia.

Puede llegar á ser oficial de escribano.

Puede verse envuelto en un feo negocio de testamentaria, y sentenciado á dos años de presidio.

Puede despues vivir de la más innoble de las hampas y hacer méritos para que lo juzguen muy útil para el cuerpo secreto de protección y seguridad pública.

Puede llegar á ser inspector.

Siendo inspector, puede matar de un tiro en la cabeza y sin responsabilidad alguna á un pobre obrero, causando por consecuencia la muerte por congestión de su mujer, y la orfandad de una desdichada niña de seis años, para la cual se abren las puertas del Hospicio.»

## XIX

El semblante de Salomé tomó una expresión espantosa, indescribible, de todo punto superior á cuanto se pudiera decir: el odio, la muerte, la desesperación, la venganza; cuantas pasiones infernales pueden atormentar al corazón humano; cuantas explosiones del sentimiento pueden llevar la vida á los límites de la muerte; cuantos sacudimientos galvánicos pueden agitar de una manera monstruosa el organismo humano, todo esto y aún más que no podemos explicar, se reveló en el sér de Salomé.

Durante algunos segundos fué para ella como si arrebatada de la vida común hubiera caído en un caos: se habían desarrollado en ella fuerzas formidables, había sentido ideas, cuyos términos eran de todo punto extraños; había vivido en otro universo formidable, lleno por un espíritu de fuego; había resistido una agonía sin nombre.

Cuando aquella espantosa tormenta de su alma pasó, quedó helada, sudorosa, extremecida, con los ojos sin luz, amargada, como si todo su cuerpo hubiera sido paladar, y hubiese estado sumergido en un extracero, en una concentración de hiel.

Cuando al fin recobró por completo sus facultades sensitivas, cuando la percepción, la reflexión, la razón, el análisis, brotaron para ella del caos, alzó al cielo los ojos llenos de lágrimas, supremos de dolor, de resignación y de fortaleza, y exclamó trasfigurada en una belleza inconcebible:

—¡Dios! ¡Dios! ¿Y para qué me has traído á esta vida, para qué, si la fatalidad había de ser tan implacable conmigo? ¡Pero esa es tu ley misteriosa! ¡que se cumpla en mí! ¡yo, mientras tenga un soplo de vida y un destello de razón, cumpliré con mi deber por terrible que sea!

Salomé se quejaba amargamente como Job, lloraba como él; pero reconocía como él á Dios, no blasfemaba y se sometía á la voluntad terrible y misteriosa.

## XX

Se había doblegado y se deshacía en lágrimas.

Sin embargo, por un misterio, por un fenómeno inexplicable del sentimiento, se sentía inmensamente engrandecida por la inmensidad de su desgracia.

## XXI

Despues de haber soportado una de estas conmociones en que todas las fuerzas supremas se hacen sentir de una manera infinita en un sér débil y transitorio, cuando la explosión no ha producido la destrucción, se puede ya soportar todo.

Salomé continuó su lectura.

## XXII

«Estos miserables, estos lobos humanos, no tienen el sentimiento de la conciencia.

Destruyen por instinto y se olvidan de lo que han destruido.

El señor conde de los Chaparrales no se acuerda de aquel pobre obrero asesinado por él.

Ha encontrado el padre de la huérfana á quien las leyes de la sucesión han aportado la herencia de Cumbre Azul, pero en la partida de defunción no decía que había muerto de un tiro en la frente, disparado por el inspector de policía Andrés del Páramo.

El no sabe que una brutalidad suya causó el desamparo de la que le ama y está pronta á ser su esposa.»

## XXIII

—¡Tan infame el uno como el otro!—exclamó Salomé que había adivinado en el autor del manuscrito á Luis: ¡y

yo! ¡yo... me he sacrificado por los dos!... no... no... por mi deber!... ¡el deber! ¿y qué es el deber?... ¡no causar la desgracia de nadie si se puede evitar por el propio sacrificio! ¡antes mi hermana! ¡ahora mi hijo!

Y Salomé volvió á llorar de nuevo con todo su desconuelo y á buscar fuerzas en su fé en Dios.

Continuó la lectura.

Sus lágrimas caían como una lluvia sobre el papel. Sobre aquel papel infame.

## XXIV

«Un inspector que presta buenos servicios puede hacer carrera.

Llegar á los altos puestos del oficio; ser hombre político; representante del pueblo por la voluntad del pueblo, y por sus altos servicios á la patria; ser ennoblecido, titulado, en fin, ser el señor conde de los Chaparrales, ser muy considerado, muy respetado, y casarse, con la hija del desdichado á quien asesinó restaurada por él en sus títulos y fortuna.

Cásate, pues, con él.

Pero adjuntos van todos los comprobantes.

Su partida de bautismo.

Su sentencia de presidio.

Su licencia.

Su nombramiento de inspector.

El expediente que se formó por la muerte de tu padre, del cual fué absuelto.

Sus demás títulos hasta la real carta creándole conde de los Chaparrales.

Cásate, cástate con él; pero antes tómate tiempo, compulsas esos documentos, y si despues de compulsarlos con él te casas, serás tan miserable y tan infame como él.

Tendrás sobre tu cabeza y sobre la de tus hijos la sangre de tus padres.»

## XXV

Salomé volvió á doblar estos papeles, y los guardó en un *secretaire*.

Luego llamó á sus doncellas.

Era necesario hacer su toilette de desposada.

El *trousseau* estaba dispuesto.

Había sobrevenido la madrina, que era una excelentísima.

Todos notaron que Salomé estaba contraída, pálida, ojorosa, con señales de insomnio.

Pero esto nada tenía de extraño.

Casi todas, en igual situación, se conmueven poderosamente.

## XXVI

Cuando Salomé escribió á Andrés que volviese, le había impuesto la condición de que no la vería hasta el momento de la ceremonia.

Cuando se vieron un momento antes de la ceremonia, el conde apareció radiante de alegría.

Ella impasible y reservada.

Sin embargo, Andrés se heló de espanto.

Despues de la ceremonia hubo un almuerzo.

Acabado el almuerzo, los desposados debían partir para pasar la luna de miel en el extranjero.

Cuando Salomé cambió el traje de desposada por otro elegantísimo de viaje, tomó del *secretaire* los papeles y los guardó.

Apenas despedidos por todos sus amigos, estuvieron los en el coche-salon del tren, Salomé sacó los papeles y los dió en silencio á Andrés.

Este devoró su contenido con una ansiedad á cada momento más creciente.

Al fin dió un grito y cayó de rodillas á los piés de Salomé.

—¡Perdon!—la dijo exhalando en aquella palabra toda su alma espantada.

—Yo soy inocente,—dijo Salomé con una voz opaca en que vibraba algo infinitamente terrible;—inocente es la criatura que por tu infamia aliento ya en mis entrañas. ¡Yo me debo toda á ella! ¡Yo no la puedo robar su legitimidad, su nombre!

—¡Perdon!—repitió Andrés.

—Tú sabes que yo no puedo perdonarte,—dijo Salomé:—no hay miserable en el que, cuando le toca la mano de Dios no se despierte terrible su conciencia; perdónate tú á tí mismo si puedes.

Andrés dió un grito espantoso y cayó accidentado.

Aun no había partido el tren.

Fué trasladado á su casa.

## XXVII

Se le salvó á duras penas.

Pero quedó en un estado de idiotismo.

Algún tiempo despues, á pretexto de que tal vez la variación de aires restablecería al señor conde, los médicos prescribieron un viaje.

Partieron.

Un año despues se recibió la noticia de que el duque de Cumbre Azul había muerto, pero teniendo tiempo para conocer un fruto de su unión con Salomé.

Todo se había arreglado á espaldas de la sociedad.

Salomé nada había hecho.

Se había acostumbrado á la fatalidad.

## XXVIII

Salomé se consagró á su hijo, que ignoró siempre la historia de su madre.

Cuando cumplió los veinte años, Salomé renunció en él sus títulos y su fortuna, y profesó en la órden de San Vicente de Paul.

Llegó al fin á ser feliz por la paz de su alma y por el ejercicio de la caridad.

—¡Oh!—decía algunas veces:—¡la Providencia de Dios es la justicia eterna! Yo he resistido la prueba: el castigo ha caído tremendo sobre el culpable. ¡Dios ha vengado á mis pobres padres! Mi vida, entre el Hospicio y el hospital, ha sido un sueño terrible, al despertar del cual, pura y sin remordimientos, me he encontrado con el amor de los amores: ¡mi hijo!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
Paris, 10, Rue St. Georges  
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.**  
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

**CASA GENERAL DE TRASPORTES**  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.ª**  
MADRID.—ALCALÁ, 28.  
**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMP.ª.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.  
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden también billetes directos vía de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**CÁPSULAS y GRAGEAS**  
De Bromuro de Alcanfor  
**del Doctor CLIN**  
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.  
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Ama, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histérico, Convulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.  
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

**GRAGEAS, ELIXIR y JARABE**  
DE  
**Hierro del Dr Rabuteau**  
Laureado del Instituto de Francia.  
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginosos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre á consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.  
Las GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.  
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas están debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.  
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.  
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.  
ACOMPaña A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.  
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.  
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Safford, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars.

**CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS**  
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.  
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.  
DEBEN TOMARSE DE 9 á 12 CÁPSULAS AL DÍA.  
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.  
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stiboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

**BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE**  
sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.  
Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vomitos, Diarrea).  
Exijase la firma  
Farm.ª 22, calle de la Bruyère, *Wolff*  
PARIS

**CONSTRUCCION de SIERRAS y UTILES**  
PARA TRABAJAR LA MADERA  
MEDALLA DE ORO.—EXPOSICION 1878  
16 Medallas de Oro, plata y bronce en las Exposiciones Universales  
1.º Premio: Medalla de Progreso en la Exposicion de Viena 1873  
Medalla en la Exposicion de Filadelfia de 1876  
Medalla de Oro, Exposicion internacional, Arnhem (Holanda) 1879  
**F. ARBEY**  
INGENIERO CONSTRUCTOR, 41, Cours de Vincennes (cerca de la plaza del Trono), PARIS.  
Se recibirá el ALBUM (156 figuras en lengua española, dirigiendo el pedido á M. ARBEY, y añadiendo 3 fr. en sellos de todos los países. Los PRECIOS CORRIENTES se enviarán franco.

BANCO DE ESPAÑA.  
Nota de los Bonos del Tesoro, emision 1.º Abril 1879, que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de los Bonos que deben ser amortizados.	Numeracion de los Bonos que deben ser amortizados.	Numeracion de los Bonos que deben ser amortizados.
50	Del 4901 al 5000	4127
186	18501 600	4155
192	19101 200	4211
730	72901 73000	4214
936	93501 600	4227
1043	104201 300	4280
1102	110101 200	4343
1138	113701 800	4406
1199	119801 900	4453
1295	129401 500	4454
1316	131501 600	4810
1356	135501 600	4822
1490	148901 149000	4861
1496	149501 600	5072
1592	159101 200	5195
1646	164501 600	5165
1654	165361 400	5181
1660	165901 166000	5212
1716	171501 600	5300
1723	172201 300	5346
1743	174201 300	5356
2070	206901 207000	5550
2105	210401 500	5577
2193	219201 300	5579
2251	225001 100	5707
2285	228401 500	5866
2307	230601 700	5973
2309	230801 900	5984
2516	251501 600	6204
2539	253801 900	6285
2613	261201 300	6365
2683	268201 300	6370
2754	275301 400	6429
2894	289301 400	6433
2936	293501 600	6489
2952	295101 200	6593
3018	301701 800	6658
3026	302501 600	6659
3097	309601 700	6744
3289	328801 900	6870
3400	339901 340000	7007
3403	340201 300	7077
3410	340901 341000	7110
3443	344201 300	7124
3532	353101 200	7356
3539	353801 900	7378
3667	366601 700	7565
3751	375001 100	

Madrid 10 de Diciembre de 1880.—V.ª B.ª—Por el gobernador, Se- cades.—El vice-secretario, J. Morales.

BANCO DE CASTILLA.

Con presencia de la realizacion de Bonos del Tesoro y de pagarés de compradores de bienes nacionales, que forman la doble garantía de los billetes hipotecarios emitidos por este Banco, la Administracion del mismo ha acordado celebrar el 12.º sorteo de amortizacion de dichos billetes.

Este sorteo será de once decenas por cada millar para los billetes de la serie española, y para los señalados con la letra A de la inglesa, y de once unidades por cada centena de los de la serie inglesa, marcados con las letras B y C.

El sorteo tendrá lugar en las oficinas de este Banco el jueves 30 del corriente á las doce de la mañana en acto público y ante notario, y se realizará poniendo 48 bolas en un globo con los números 1 al 100, menos las 52 extraidas en los sorteos ya celebrados, cuyos números representan las 48 decenas no amortizadas de cada millar para los billetes de la serie española y para los de la letra A de la inglesa, y las 48 unidades no amortizadas en las 10 centenas de todos los millares para los billetes letra B y C de la serie inglesa.

Extraidas del globo once bolas, sus números fijarán los de las 11 decenas de todos los millares de la serie española y de los marcados con la letra A de la inglesa, que han de ser amortizados, y los 11 billetes que en todas las centenas de los señalados con las letras B y C de la serie inglesa, han de serlo asimismo.

El Banco publicará los números de las bolas sorteadas, y pagará desde el día 2 de Enero próximo los billetes que resulten amortizados, á la vez que el interés de 1 y 1/2 por 100 correspondiente al trimestre que vencerá en fin de este mes, á cuyo efecto todos los billetes deberán ser presentados con el cupon núm. 20, vencido en 1.º de Abril de 1881.

Siendo ya de muy poca importancia los billetes hipotecarios de este Banco, correspondientes á la serie española que quedarán en circulacion despues del referido sorteo, la administracion ha acordado declararlos amortizados, pagando sin distincion en las cajas de este Banco desde el día 2 de Enero próximo el capital de todos los billetes hipotecarios de dicha serie española, comprendidos ó no en el sorteo de 30 del actual, y á la vez pagará á los presentadores el interés del trimestre que termina en fin de este mes, ó sea 1 y 1/2 por 100; de suerte que recibirán 507.50 pesetas por cada billete de 500 pesetas.

Los billetes que no fueran presentados dejarán de devengar interés desde 1.º de Enero de 1881, y sea cualquiera la fecha en que sus tenedores lo presentaren al cobro, sólo tendrán derecho á percibir por cada uno las expresadas 507.50 pesetas.—Madrid 15 de Diciembre de 1880.—Por acuerdo de la Administracion.—El secretario, J. Girona y Canaletta.

FABRICA DE CAJAS DE TODAS CLASES DE RAFAEL COMPAÑ 6, Fuencarral, 6.

LA AMERICA Año XXI Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre. En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª CAOS, 1.



# ÍNDICE

## POR MATERIAS Y AUTORES.

POLITICA		Núms.	Págs.
LA ABOLICION de la esclavitud en las Antillas inglesas (don Rafael M. de Labra).		1	3
UNA EXPOSICION abolicionista (don P. Ruiz Albistur).		2	12
FUENTES del derecho americano (don I. Carrillo y O'Farril).		3	5
EL IMPERIO ruso (don Fernando Velarde).		3	10
I.		5	5
II.		4	4
EL NIHILISMO ruso y el socialismo (don Manuel de la Revilla).		4	4
REPUBLICAS hispano-americanas (Varios americanos).		4	11
ESTUDIO sobre biología social (don Tomas Rodriguez Pinilla).		5	4
I.		6	11
II.		7	5
III.		8	8
IV.		9	7
V.		10	9
VI.		11	5
VII.		13	6
VIII.		14	7
IX.		15	8
X.		16	4
XI.		5	8
EL ESPIRITU humano (don Eusebio Asquerino).		6	3
LA CRISIS contemporánea en la gente latina (don Francisco M. Tubino).		6	3
TEORIA orgánica del Estado (don Joaquin Arnau e Ibañez).		6	4
EL ESPIRITU moderno (don Eusebio Asquerino).		6	6
LA REPUBLICA mejicana (Varios americanos).		6	8
EL BIEN es la unidad (don Eusebio Asquerino).		7	4
MANIFIESTO del partido democrático progresista.		7	9
EJERCITOS permanentes (don Manuel Prieto y Prieto).		8	5
I.		9	3
II.		10	5
GLADSTONE (don Eusebio Asquerino).		11	3
I.		11	5
II.		11	3
LA REPUBLICA dominicana (don Temistocles A. Ravelo).		11	5
LOS INTERESES españoles en Marruecos (don R. Fernandez Neda).		12	5
LA CUESTION de Grecia (don Eusebio Asquerino).		12	7
I.		13	10
II.		13	10
ESPAÑA y sus colonias (don Manuel Becerra).		13	2
I.		14	2
II.		15	5
III.		16	2
IV.		17	2
V.		18	2
VI.		19	2
VII.		20	3
VIII.		21	1
IX.		22	5
X.		23	8
XI.		24	2
XII.		13	8
NUESTRA mision en América (don Pedro Arnó).		14	4
FRANCIA (don Eusebio Asquerino).		17	2
DEBEN reunirse las Cortes (don Bernardo Portuondo).		18	4
FISIOLOGIA de la democracia (don Eusebio Asquerino).		18	4
I.		19	8
II.		18	7
REFORMAS en Filipinas (don Francisco Canamaque).		19	5
I.		21	6
II.		22	7
INFLUENCIA moral de la Francia (don Eusebio Asquerino).		22	10
FRANCIA (don Eusebio Asquerino).		23	3
EL PROVINCIALISMO (don Pedro Arnó).		23	3
BULGAROS y nihilistas (don Emilio Castelar).		23	10
LOS ESTADOS Unidos (don Eusebio Asquerino).		23	10
<b>ADMINISTRACION.</b>			
EL TRABAJO en Cuba (don Bernardo Portuondo).		1	10
I.		2	6
II.		4	3
III.		7	3
IV.		9	5
V.		12	3
VI.		15	1
VII.		24	5
VIII.		24	5
COBDEN en España (don Gabriel Rodriguez).		2	7
CUBA y el libre-cambio (A).		5	12
EL BANCO Hipotecario (don J. M. Alonso de Beraza).		11	2
I.		12	4
II.		15	4
LA PROPIEDAD territorial (don Francisco Pi y Margall).		17	6
LA CRISIS económica y la reaccion proteccionista en Europa (don Gumersindo Azcárate).		20	2
LA CRISIS económica y la reaccion proteccionista en Europa (don Gumersindo Azcárate).		21	10
LA CRISIS económica y la reaccion proteccionista en Europa (don Gumersindo Azcárate).		24	11
III.		20	5
IV.		21	3
EL BANCO Hipotecario (don J. M. Alonso de Beraza).		22	2
LA BOLSA (don J. M. Alonso de Beraza).		22	2
EL MEETING libre-cambista (don J. M. Alonso de Beraza).		23	5
SOBRE el concepto de la economía política (don Gabriel Rodriguez).		23	5
<b>HISTORIA</b>			
LOS BUFONES en Inglaterra (don Nemesio Fernandez Cuesta).		1	12
I.		2	11
II.		3	11
III.		3	7
EL VALLÉS (don Victor Balaguer).		4	12
LOS BUFONES en Francia (don Nemesio Fernandez Cuesta).		7	10
I.		7	8
II.		10	2
EL PROCESO de Galileo (Luigi Ferri).		10	2
EL HOMBRE terciario (don José R. Montalvo).		11	9
LOS BUFONES en las cortes de Rusia y Escandinavia (don Nemesio Fernandez Cuesta).		12	11
COINCIDENCIAS entre Camoens y Cervantes (don Luis Vidart).		13	7
LA OPOSICION en Roma papal (don F. Moja y Bolívar).		14	6
RESTOS de antiguas grandezas (don Fernando Soldevilla).		16	11
EL ULTIMO rey de la dinastia austriaca y su primer ministerio (don Eugenio Sellés).		16	11
LA ESCLAVITUD de los negros (don Justo Zaragoza).		16	12
I.		17	10
II.		18	12
III.		19	11
IV.		20	11
V.		21	12
VI.		22	12
VII.		17	11
RONCESVALLES (don A. del Val).		23	7
LOS FRAILES (don Nemesio Fernandez Cuesta).		23	13
EL ARZOBISPO de Colonia, Courado de Hoehstaden (don Juan Fastenrath).		24	4
UNA mártir del fanatismo (don Eusebio Asquerino).		24	8
EL CANTOR del amor, Frauenlob (don Juan Fastenrath).		24	8
<b>INDUSTRIA Y COMERCIO</b>			
LOS AGENTES de la civilizacion (don Francisco M. Tubino).		1	5
LA EXPLORACION del Africa (don Pedro Arno).		8	4
UN PEDAZO de papel (don R. T. Muñoz de Luna).		22	4
DEL COMERCIO y de la industria en la costa occidental de Africa (don Joaquin Baeza).		23	6
I.		24	8
II.		24	8
<b>FILOSOFIA Y LEGISLACION</b>			
EL SUICIDIO (don Vicente Romero y Giron).		1	6
I.		2	3
II.		5	11
III.		10	4
IV.		1	7
EL REINO humano (doctor Luis Montañés).		2	10
LA PSICOLOGIA en sus relaciones con la fisiología (don Enrique José Varona).		3	4
EL DIVORCIO (don Eusebio Asquerino).		5	3
LA PENA de muerte (don Manuel Prieto y Prieto).		14	9
APUNTES filosóficos (don Prudencio Sañudo).		15	6
LA PSICOLOGIA y los fisiólogos (don Esteban Borrero Becerra).		15	6
EL LAZO indisoluble (don José Navarrete).		15	13
I.		16	11
II.		17	3
NECESIDAD de fijar la idea de justicia (don Nicolás Salmerón).		17	3
EL MATERIALISMO moderno (don Tomas Rodriguez Pinilla).		18	5
I.		18	5
II.		19	9
<b>NECROLOGIA</b>			
AYALA (don Manuel de la Revilla).		1	9
DON FERNANDO Velarde (don Prudencio Sañudo).		10	11
DON ANGEL Fernandez de los Rios (don Tomas Rodriguez Pinilla).		12	10
A LA MEMORIA de D José Marugan (don Tomas Rodriguez Pinilla).		24	10
<b>CIENCIAS Y ARTES</b>			
LAS MÁQUINAS solares (don José Echegaray).		3	3
TEORIA celular (don José Varela Zequeira).		4	7
RECUERDO artístico de Roma (don F. Moja y Bolívar).		5	6
EL CALOR (don Eduardo Echegaray).		7	6
DEL CUERPO humano como máquina (don José Echegaray).		9	6
I.		10	7
II.		13	5
CREACION de colonias militares en la isla de Cuba (don José María Velasco).		20	5
EL ESTILO (don Francisco de P. Muñoz).		20	5
DE LA pintura española contemporánea (don Manuel Cañete).		20	6
SAN JUAN de los Reyes (don Emilio Castelar).		22	6
<b>ENSEÑANZA</b>			
LAS CONFERENCIAS (don Manuel Prieto y Prieto).		2	4
LOS DESCUBRIMIENTOS pergamenicos (don Juan Fastenrath).		2	9
NOTAS y apuntes de un viaje por el Pirineo y la Turena (don Antonio María Fabié).		3	7
I.		6	7
II.		7	7
III.		13	4
IV.		14	11
V.		16	8
VI.		19	7
VII.		21	9
VIII.		23	12
IX.		4	6
LA CULPA primitiva (don Eusebio Asquerino).		10	11
DISCURSO leído ante la Academia Española (don Emilio Castelar).		11	11
I.		11	11
II.		13	11
III.		14	14
IV.		15	11
V.		15	11
VI.		15	11
LA ENSEÑANZA primaria (don Eusebio Asquerino).		15	3
I.		16	9
II.		17	4
III.		15	11
LA CIUDAD de Buenos-Aires (don Pedro Arnó).		17	5
DE PARIS a Spa (Camilo Flaamarion).		18	11
RAREZAS naturales (don Manuel Prieto y Prieto).		19	3
LIJERAS reflexiones sobre América (don Manuel Uribe Angel).		23	11
SUPERIORIDAD de los colegios bien organizados y bien regidos (el marqués de Valmar).		23	11
<b>BIOGRAFIA.</b>			
MONTESQUIEU (don Eusebio Asquerino).		8	3
ROUSSEAU (don Eusebio Asquerino).		9	4
DOÑA CAROLINA Coronado (don Emilio Castelar).		24	6
<b>CRITICA LITERARIA.</b>			
PRÓLOGO a las poesías de don Mariano Catalina (don Manuel Cañete).		3	8
EL POETA y crítico Rodolfo de Gottschal, (don Juan Fastenrath).		5	9
UN PRÓLOGO de un libro inédito (don Luis Vidart).		8	6
LOS MINNEFANGER (don Juan Fastenrath).		9	9
LAS ARMAS en Madrid (don Manuel Regidor).		9	9
LOS JUEGOS florales en Valencia (don Victoria Balaguer).		16	6
I.		17	9
II.		20	9
DE LA NOVELA contemporánea en España (don Antonio M. Duimovich).		21	7
I.		21	4
II.		22	8
BIBLIOGRAFIA (don Eusebio Asquerino).		21	4
DON DIEGO Saavedra Fajardo (don Fernando Corradi).		21	4
I.		21	4
II.		22	8
PRÓLOGO a una novela (don Francisco Canamaque).		21	11
BIBLIOGRAFIA (don Luis Barthe).		24	13



NOVELAS Y ARTÍCULOS RECREATIVOS.		
UNA visita á Santiago del Arrabal (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	1	11
DOLORES (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	1	13
I.	2	14
II.	3	12
III.	4	13
IV.	5	12
V.	6	3
VI.	7	12
VII.	8	12
VIII.	9	13
IX.	10	13
X.	11	12
XI.	12	12
XII.	13	13
XIII.		
EL REY que rabió (don José Selgas).		
I.	2	8
II.	2	8
EL CRISTO de la luz, tradicion toledana. (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	4	9
LA MADRE de los pájaros (don Rafael Fernandez de Neda).	5	10
EL PALACIO encantado, tradicion toledana. (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	6	10
PUNTOS de vista (don José Selgas).		
I.	8	6
II.	11	6
LAS JUSTICIAS del Rey Santo (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	9	9
LA CASA de las siete cabezas (don José Anchorena).	10	8
LA CUEVA de Hércules (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	11	7
LA VENGANZA del judío (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	12	8
LA PEÑA del Moro (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	14	12
EL REY y el barbero (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	15	9
EL CRISTO de la Misericordia (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	16	13
UNA GRANDE hazaña por un deseo pequeño (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	17	7
DON DIEGO de la Salve (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	17	12
HERNAN Perez del Pulgar, historia que parece cuento (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	18	8
GALIANA (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	18	13
LA PENITENCIA de Acuña (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	19	10
RETUERTA (don Manuel Fernandez y Gonzalez).		
I.	20	12
II.	21	13

LA PATI (don Adolfo Calzado).	22	13
SALOMÉ (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	22	13
I.	23	13
II.	24	14
III.	24	14
PENSAMIENTOS cogidos al vuelo (don José Selgas).	24	10
POESÍA		
A GRAU (don Fernando Velarde).	1	13
TIERRA firme (don Marcos Zapata).	3	15
LA AUSENCIA (Marqués de Va'mar).	3	15
PICARO siglo (don Mariano Ramiro).	3	15
CARTAS cantan (don José Selgas).	3	15
LAS CASAS blancas (don Eusebio Blasco).	3	15
FRAGMENTO de una leyenda inédita (don Manuel del Palacio).	3	15
LA ALBORADA (don Plácido Langle).	5	15
UNO VIENE y otro va (don José Selgas).	5	15
LA VERDAD (don Mariano Ramiro).	5	15
EPIGRAMAS (don Antonio Ros de Olano).	5	15
A JOSE Fernandez Bremon (don Eusebio Blasco).	5	15
A CALDERON de la Barca (don Marcos Zapata).	5	15
EPIGRAMAS (don Eugenio de Olavarría).	5	15
LA METEMPSICOSIS eterna (don Fernando Velarde).	7	15
EPIGRAMAS (don Antonio Ros de Olano).	7	15
EPIGRAMAS (don Ricardo Sepúlveda).	7	15
EN EL ALBUM de un médico (don Rafael F. de Neda).	7	15
LA AMISTAD (el Marqués de Heredia).	7	15
PREEXISTENCIA (don Francisco Sellén).	7	15
A A. (don Constantino Gil).	7	15
A UNA Memoria (don Fernando Corradi).	8	15
MIS CANTOS (don José Joaquín de Palma).	8	15
CANTARES (don Plácido Langle).	8	15
A MI HIJA (el marqués de Heredia).	8	15
UN FERRO-CARRIL (don Mariano Ramiro).	8	15
MONÓLOGO de un drama inédito (don Marcos Zapata).	8	15
EN EL campo (don José Puig Perez).	8	15
LA BATALLA de Alcazar-Quivir (don Marcos Zapata).	10	13
LA CATARATA y el ruiseñor (don Manuel Reina).	11	15
A LUCAS (don Eusebio Blasco).	11	15
CABALLERO y Trovador (don Valentin Gomez).	11	15
BODAS fecundas (don E. Segovia Rocaberty).	11	15
EN UN album (don José E. Triay).	11	15
A MI AMIGO D. Procopio (don M. R.).	12	12
LAS pirámides de Egipto (don José Alcalá Galiano).	13	15
LA JOVEN de los ojos negros (don Manuel Reina).	13	15
SONETOS (don Félix Maria Hidalgo).	13	15

LA VEJEZ (don Eusebio Blasco).	13	15
A LESBIA (don Gaspar Nuñez de Arce).	15	15
LÁGRIMAS (don E. Rodriguez Pinilla).	15	15
NO LO SE (don José Selgas).	15	15
LA METEMPSICOSIS eterna (don Fernando Velarde).	15	15
EL AMOR de los amores (don Marcos Zapata).	15	15
LUCHA eterna (don José Varela Zequeira).	12	15
AIRE, sombra, polvo, humo (don José Selgas).	17	14
TIPOS de argolla y maruga: ¡Ay qué dolor! Epigrama (don Mariano Ramiro).	17	15
A CONSUELO (don Manuel Fernandez y Gonzalez).	19	15
A UN poeta (don Plácido Langle).	19	15
UN CUENTO (don José Selgas).	19	15
HEROES de Sakespeare (don Manuel Reina).	19	15
DEJIMAS (don Leopoldo Cano).	19	15
SONETOS (don Pedro Maria Barrera).	19	15
EPIGRAMAS (don Ricardo Sepúlveda).	19	15
EL BAILE (don Mariano Ramiro).	19	15
BUEN NEGOCIO (don José Selgas).	20	15
A LA Luna (don Plácido Langle).	20	15
COLON y los Pinzones (don Eduardo Asquerino).	20	15
UNA de tantas (don Francisco Flores Garcia).	20	15
LAS BELLAS Artes: Andalucía (don Manuel Reina).	20	15
CUENTO de viejas (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	20	15
EN UN album (don Antonio Ros de Olano).	22	15
SONETO (don Adelardo Lopez de Ayala).	22	15
EL FESTIN de los héroes (don Pedro Madraza).	22	15
UNA COPLA popular (don Manuel Reina).	22	15
FLORES y espinas (don José Selgas).	22	15
A JULIAN Romea (don Marcos Zapata).	22	15
A LA HIJA de Ratazzi (don Eduardo Asquerino).	22	15
RECUERDOS (don Eugenio de Olavarría y Huarte).	22	15
MADRUGA (don Mariano Ramiro).	22	15
TUS OJOS (don Plácido Langle).	22	15
IMITACIONES de Ariosto (El conde de Cheste).	23	13
MIRABEAU (don Manuel Reina).	23	13
ANTE una estatua (don Plácido Langle).	23	13

#### REVISTAS Y ARTÍCULOS DE ACTUALIDAD

DIEZ y nueve revistas europeas (don Emilio Castelar).  
 CUATRO revistas generales (don Miguel Moya).  
 (Estas revistas empiezan en la primera hoja de cada uno de los números de que consta este tomo).  
 VEINTE crónicas (don Miguel Moya).  
 MULTITUD de artículos de todas dimensiones y materias sobre asuntos y sucesos de inmediato interés (Varios autores).  
 (Estos artículos se encuentran diseminados por todo el cuerpo del tomo).



FIN DEL TOMO XXI

